

LA MÉDICA DE LAS MUJERES, VOLÚMEN I



EL SUEÑO DE AGNÓDICE



ROSAURA HERNÁNDEZ SOTO

EL SUEÑO DE AGNÓDICE

ROSAURA HERNÁNDEZ SOTO

Copyright@2019 ROSAURA HERNÁNDEZ SOTO

Todos los derechos reservados.

Este libro no puede ser reproducido, escaneado o distribuido en cualquier forma impresa o electrónica sin permiso de la autora, a excepción de citas breves en reseñas. Por favor, no participar o fomentar la piratería de materiales con copyright en violación de los derechos del autor. El único personaje real en el que la autora se ha inspirado para crear esta obra es Agnódice. El resto de los personajes e historias son propiedad de la autora y su apoyo y respeto es apreciado.

Agradecimientos

Gracias a mi marido por su apoyo incondicional, por persuadirme de que me volcara en cuerpo y alma, por sus elevados ánimos, su paciencia y por su enorme implicación en esta obra.

Gracias a mi hermana Mary por acompañarme desde el principio y ver en mí cosas que aún yo no veía. Por sus esmeradas correcciones, por su apoyo, sus palabras amables, su generosidad a la hora de expresar su opinión acerca de cada capítulo leído del borrador, y por hacer que creyera en mí.

Gracias a Lucy, la lectora más voraz que conozco, por sus opiniones explosivas, sus motivadores mensajes de madrugada y por venir desde tan lejos en busca de los manuscritos.

Gracias a Judith por sus palabras generosas tras leer el primer capítulo del borrador. Fueron muy importantes para mí entonces.

Gracias a mi hermana Mónica por ser un ejemplo claro de valentía a la hora de lanzarse al mundo de la auto publicación, y por demostrarme que la escritura puede ser uno de los mejores modos de volcar la infinita creatividad que heredamos de nuestros ancestros. Y también por ayudarme en la engorrosa tarea de edición.

Gracias a todos los amigos, familiares y conocidos que, una vez conocida la noticia de la publicación de esta novela, me expresaron su apoyo y su cariño.

Reservo el penúltimo lugar de esta lista a la persona que representa al lector ideal que toda escritora desearía tener: Christian, mi hijo. Gracias por haber sido tan transparente y emotivo, por tu manera de devorar cada capítulo y por haber dejado atrás tu desinterés por la lectura solo por hacerle el gusto a esta que escribe. Gracias por emocionarte y por emocionarme hasta el final. Si esta novela ha servido para hacer que entiendas el significado de la lectura y aprecies su valor, no hay duda de que ha merecido la pena.

Y, por supuesto, gracias a Agnódice y a todas las que, como ella, fueron las primeras en adentrarse por los caminos prohibidos para las mujeres, por

dejarse llevar por su honorable pasión, por su necesaria beligerancia, por servir de guías a las mujeres de hoy día y por inspirar a esta escritora con tan fascinantes vidas.

A mi familia

Las mujeres que se portan bien rara vez hacen historia.

Laurel Thatcher Ulrich

Prefacio

La oscuridad de la noche aún era predominante en el cielo de Atenas. Gracias a la luz de las antorchas que todavía permanecían encendidas pudimos distinguir la embarcación en la que cruzaríamos el Mediterráneo rumbo a Alejandría. Mis manos habían comenzado a temblar, así que traté de ocultarlas entrelazándolas sobre mi pecho. No era el momento de llamar la atención. Tenía ante mí la primera y última posibilidad de conseguir lo que más anhelaba en la vida, y no estaba dispuesta a dejarla escapar por ser incapaz de controlar mi nerviosismo. La tripulación había comenzado a cruzar la rampa y las mercancías ya casi habían sido embarcadas. En breve llegaría el momento en el que tendríamos que hacerlo nosotras. Miré a Kissa y vi que de su frente rezumaban algunas gotitas de sudor; al igual que yo, estaba intranquila. Cuando fue consciente de que la miraba con cierta inquietud, me devolvió una sonrisa poco convincente que fulminó el poco temple que me quedaba. Quería cogerla de la mano y echar a correr por donde habíamos venido. Tal vez eso fuera lo más prudente, sí; pero, por otro lado, el deseo peligroso de alcanzar el sueño de convertirme en médica era, por primera vez en mucho tiempo, más fuerte que ninguno de mis miedos.

—¡Eh, tú, ven aquí! —ordenó uno de los guardias del puerto.

Kissa y yo nos miramos: el momento había llegado.

—¿Para qué viajas a Egipto? Y ¿quién es ella?

—Soy Jano de Atenas y ella es Kissa, mi esclava. Viajamos a Alejandría por los negocios de mi tío, el buen Tersipo. Llevamos ahí la mercancía —dije, señalando las tres cajas de madera que tenía ante mí—. Toma, aquí está todo bien explicado.

El hombre cogió el papiro sellado que le ofrecía y, tras leerlo con detenimiento, ordenó a otro guardia que revisara la mercancía.

—Aquí dice que eres sobrino de Tersipo. No te pareces en nada a tu tío, ¿sabes?

—No he heredado sus hoyuelos ni tampoco los necesito para encargarme de sus negocios en el extranjero.

Me arrepentí enseguida de haber dicho eso, aunque al hombre pareció divertirse mi respuesta.

—Pues espero que tenga más suerte contigo que con la desvergonzada de su hija, muchacho —repuso, dándome un manotazo en la espalda.

Sentí unas ganas enormes de golpearle la gruesa cara con el puño, pero la mano anticipada de Kissa me detuvo.

—Podéis subir a bordo. Aquel oficial os acompañará hasta el que será vuestro habitáculo durante los próximos días. No es un lujo, pero se tarda más a nado. Espero que no mareéis.

El guardia giró sobre sus talones, y Kissa y yo suspiramos aliviadas, conscientes de que habíamos superado el primer escollo.

Un cuchitril diminuto y maloliente nos esperaba al fondo, bajo la cubierta de la embarcación. En una esquina colocamos el baúl que contenía nuestras escasas pertenencias y que ocupó la mitad de la estancia. Yo me senté encima y Kissa en el suelo, sobre su chitón extendido. A una orden del oficial la tripulación ocupó sus puestos y el barco inició su lento movimiento de salida. El cadencioso vaivén se tornó más brusco a medida que abandonábamos el fondeadero, por lo que tuve que asirme a la pared para no caer sobre mi niñera, que ya había comenzado con sus oraciones. Al mirar por el pequeño ventanuco que tenía a mi espalda, no pude reprimir el deseo de salir a despedirme del único lugar que había conocido en mi vida, aun a sabiendas de que desobedecía las órdenes del oficial. Así pues, dejé a Kissa murmurando frenéticamente y subí hasta la cubierta.

El albor, anaranjado y tibio, acarició mi rostro a modo de buenos días. Me coloqué atrás, agazapada, en lo que me pareció un lugar seguro de la vista de los hombres. Desde allí traté de imaginar lo que estarían haciendo mis seres queridos en ese mismo instante en el que yo veía como Atenas empequeñecía lentamente ante mis ojos. Sabía que no me echarían de menos, no tanto como yo a ellos, ya que en los últimos tiempos me había convertido en una vergüenza y una pesada carga para todos.

—Te dije que no salieras, te estás poniendo en peligro, muchacho. Ahora cogeremos velocidad, ¡baja inmediatamente! —gritó el oficial desde proa.

—No me pasará nada. Quiero despedirme de la ciudad, luego bajaré.

—¡Maldito necio sentimental! Sujétate al mástil antes de que eches a volar. Obedecí segundos antes de que una pesada vela, con un olivo bordado como insignia, se desplegara sobre mi cabeza. El impulso violento que provocó dejó al buque a mucha distancia del puerto. A lo lejos, bañaba por la cálida luz del amanecer, solo se distinguía con claridad la gigantesca figura de Atenea Promacos empuñando su escudo protector. Bajo su sombra dejaba todo cuanto había amado alguna vez, incluida la mujer que un día fui.

De este modo, y sin más certeza que mi férrea voluntad, supe que al cruzar el horizonte que se extendía ante mí solo tendría dos opciones: alcanzar mis sueños o ser destruida por ellos.

Tabla de contenido

BUENAS Y MALAS NOTICIAS

EL SUEÑO DE AGNÓDICE

LA VISTA DEL MÉDICO

LA CAJA DE PANDORA

EL REGALO

BAJO EL ÁRBOL

LA MALDICIÓN

FUEGO Y ARMAS

LA BODA

SEÑALES EN EL AIRE

PENÉLOPE

LA REVELACIÓN DE DELPHOS

LA DOTE

RAZONES PARA SER MÉDICA

EN EL LODO

LA VERDAD DE KISSA

LA TENSA ESPERA

TRANSFORMACIÓN

Las mujeres que se portan bien rara vez hacen historia.

Laurel Thatcher Ulrich

BUENAS Y MALAS NOTICIAS

Atenas
292 a. C.

Tumbada boca arriba sobre mi cama, repasaba las vetas de la madera del techo. A fuerza de no tener otra cosa mejor que hacer, había creído reconocer en sus caprichosas formas varios animales mitológicos, el Partenón, un carro (con mulas incluidas) y hasta dos caras sonrientes, semejantes a las de mis padres. Sin mayor entretenimiento que este que digo, habían transcurrido mis casi dos semanas de encierro por orden de mi padre.

Tan absorta estaba en aquella quietud, que el sonido de los nudillos de Kissa llamando a mi puerta fue suficiente para dejarme sentada del susto. Su voz sonó a través de la madera.

—Tu madre quiere hablar contigo.

Me dejé caer de nuevo antes de responder a mi niñera.

—Todavía me quedan dos días de castigo. Que venga ella aquí.

Kissa abrió un poco la puerta y asomó la cabeza por el hueco.

—No seas impertinente, Agnódice, hoy está de buen humor. Te espera en el gineceo. ¡Vamos, levántate y obedece!

Tras dedicar un largo minuto a desperezarme, salí al corredor y recorrí sus quince pies de largo disfrutando del mayor ejercicio físico que había realizado en mucho tiempo. Al final del todo, la puerta del gineceo estaba abierta. En el interior mi madre daba instrucciones a dos nuevas esclavas tejedoras acerca de la manera correcta de pesar la tela. Me alegré al ver que esta vez no era yo la destinataria de tan tediosas enseñanzas. Cuando se giró hacia mí, me pidió con las manos que aguardara. A mi alrededor todo parecía igual que dos semanas atrás, excepto las miradas y sonrisas compasivas que me dedicaban las esclavas que entraban y salían de allí.

Un angustioso presentimiento me puso alerta.

—Acompáñame a mi alcoba, tengo que contarte una cosa —dijo mi madre, saliendo al pasillo.

Hacia mucho tiempo, ella había rogado a mi padre que le permitiese tener su propia habitación independiente. Decía que el gineceo olía a tinta y a lana, y que le costaba conciliar el sueño allí. Cuando mi padre accedió a satisfacer sus deseos, se sintió la mujer más afortunada de toda Atenas.

Hasta aquel lugar pequeño y oscuro al que ella llamaba alcoba la seguí sin rechistar. Nada más entrar vi que sobre una mesita había una bandeja tapada, una jarra y una fuente con fruta fresca. El aroma empalagoso de la miel me advirtió de que mi madre se había tomado demasiadas molestias conmigo como para tratar un tema de poca importancia.

La alerta inicial dio paso a la inquietud.

Con un gesto perentorio de la mano me hizo sentar en una de sus butacas, y ella hizo lo mismo frente a mí. Destapó la bandeja, que contenía varias piezas de confitería, y me dijo que me sirviera a placer. Pese al aspecto apetitoso que mostraban aquellos manjares, no me sentí tentada a probarlos. Ella cogió la jarra de agua que acompañaba a los sólidos y, mientras nos servía un vaso a cada una, preguntó sin más rodeos:

—Agnódice, hija, ¿te ha venido ya el primer sangrado?

—No, madre, aún no —mentí.

—Entiendo. En cualquier caso, no creo que tarde mucho más. Boedromión^[1] está cerca y con su llegada cumplirás catorce años; aunque no hayas sangrado, debemos aumentar las exigencias de tu formación.

Engullí un par de uvas mientras asentía.

—Te preguntarás por qué, ¿no es cierto? Pues muy sencillo: tu padre ha iniciado conversaciones con un hombre para entregarte en matrimonio —resolvió—. No será inmediatamente, claro, tal vez dentro de dos años, cuando puedas concebir sin problemas. Has aprendido mucho en el telar, qué duda cabe, pero ahora nos dedicaremos a perfeccionarlo todo. La abuela y Kissa ya están al tanto. ¿Tienes alguna pregunta?

—¿Cómo es ese hombre? ¿Lo conozco?

Mi madre vaciló unos segundos, como si no fuese aquella la pregunta que esperara.

—La verdad es que no sé qué aspecto tiene, y no, no lo conoces. ¿Qué importancia tiene eso ahora? Te enterarás de todo a su debido tiempo. Mejor preocúpate de cómo serás tú cuando os unáis en sagrado matrimonio. Para

ponernos manos a la obra con eso, podrás reincorporarte hoy mismo a tus labores: tu padre ha permitido que te retire el castigo. Come algo, hija, estás pálida —dijo, acercándome la bandeja.

Me introduje un diminuto dulce en la boca, sin afán, y apuré mi vaso de agua hasta la última gota. No quería hablar, y tampoco tenía opción de hacerlo. Lo que mi madre me estaba pidiendo no aceptaba ninguna disensión por mi parte: eran órdenes expresas de mi padre y tan solo admitían una sumisa aceptación. Mi estómago recibió los alimentos con un rugido perfectamente audible, y una arcada me obligó a doblarme ligeramente sobre el regazo.

—Puesto que ya te defiendes bien con el tejido —prosiguió, ignorando mi evidente malestar—, creo que a partir de ahora podrás aprender a teñir la lana y a coser detalles con esmero. El día de mañana todo esto te servirá para enseñar a tus propias sirvientas en la casa de tu esposo. También comenzarás a maquillarte, solo un poco para empezar, hasta que aprendas a hacerlo con delicadeza y sepas valorar lo que te sienta mejor... Todo a su debido tiempo. Dime, ¿no te entusiasma, Agnódice?

Ensanchó una sonrisa arrebatadora y, aunque ni mi cara ni mi voz le ofrecieron una respuesta afirmativa, decidió continuar.

—El manejo del hogar no es cosa fácil, hija, debes saberlo; sin embargo, no hay mayor honor que dirigir la parte que te concierne con buen juicio y ver cómo el equilibrio reina a tu alrededor. Todas las mujeres de esta casa estaremos a tu lado para que, llegado el momento, puedas estar a la altura: tu esposo no encontrará una mujer más preparada y competente que tú en toda Atenas.

—Me duele el estómago, madre. ¿Puedo ir al baño?

—¿Cómo dices?... ¿El estómago? Y ¿te duele tanto como para no dejar que termine de hablar?

—No, discúlpame.

En realidad, sí me dolía, de hecho, me ardía como si estuviese en llamas. Pero, viendo lo emocionada que estaba mientras revelaba mi futuro, decidí no importunarla con mis quejas.

—Necesito saber que lo comprendes y que pondrás de tu parte para avanzar con presteza. ¿Lo harás, Agnódice?

Mientras hacía un esfuerzo por disimular mi creciente desesperación, le ofrecí el «sí» que ansiaba escuchar. A esas alturas no me cabía la menor duda de que mi padre había acelerado el proceso de mi matrimonio a causa de mi

pésimo comportamiento en las últimas semanas. Si creía que ya había recibido suficiente castigo con mi encierro, ahora tenía la certeza de que no.

Las náuseas se hicieron insoportables.

—Bien; entonces comenzaremos mañana con todo lo que te acabo de decir. Espero que no se me olvide nada... ¡Ah, sí! A partir de hoy, los días de Kissa como tu niñera deben terminar. Si lo deseas puede continuar como tu criada personal —señaló, levantándose de su asiento y dando por finalizada la conversación.

Así, de pie, se dedicó a escrutar me unos segundos, y entonces pareció reparar en mí por primera vez.

—Vaya, parece evidente que estás descompuesta. Tómate el día libre para que puedas reposar el estómago. Ya empezará mañana.

Dicho esto, se giró hacia la salida. Pero luego, como si acabara de recordar otro motivo para seguir torturándome, regresó a su asiento y dijo:

—Por cierto, tu padre quiere que sepas que si vuelve a descubrir que has salido de la casa sin su permiso hará que duermas en el gineceo hasta tu matrimonio, sin más privilegios que los de una esclava. Comprenderás que...

—¿Sin su permiso? —dije súbitamente irritada—. Si espero a que él me conceda su aprobación para salir de esta casa sola, moriré de vieja sin obtenerla. Además, no iba a hacer nada malo. Yo solo quería ver cómo era la biblioteca por dentro...

—¡Déjate de bibliotecas, Agnódice!; de bibliotecas, de teatros, de templos sagrados y de cualquier otro lugar que se te ocurra visitar por tu cuenta y riesgo sin contar con el permiso de tu padre. Y no olvides lo que te acabo de decir: es sumamente importante que sepas obedecer; te debes a tu padre, él es tu tutor, y dentro de poco lo será tu esposo. Tu disciplina es primordial y necesaria, y la consabida rebeldía que te domina debe quedar atrás para emprender tu vida adulta. ¿Me has comprendido?

A modo de respuesta, una arcada violenta terminó por dominarme. Vomité el escaso desayuno sobre su chitón, la alfombra nueva y la bandeja casi intacta.

Mi madre se llevó las manos a la cara. En su interior parecían batallar la compasión y la ira. Se levantó enérgicamente, salió al corredor y comenzó a llamar a gritos a las criadas, dejando claro cuál de las dos emociones había vencido.

Cuando salí tuve que apoyarme en la baranda de madera del corredor para no desfallecer. Unas gotas de sudor tibio recorrían mi espalda y mi frente, y

agradecí el airecillo fresco que descendía por la claraboya del patio en ese momento. Vi a Kissa acercarse con un par de toallas en la mano. Sus rostro dulce y amable me sonrió sin motivo. Ahuecó un brazo para que me sujetara, y bajamos hasta el baño a paso lento.

Una vez dentro de la bañera (y con el ánimo tan hundido como lo estaba mi cuerpo en ese momento), sucumbí a los cuidados de mi niñera. Las tenues llamas de las lámparas de aceite se reflejaban en el agua que cubría mi cuerpo. Me obligué a observarlas largo rato en un infructuoso intento por concentrarme en algo que no fuera mi angustia. Pero no funcionó.

Sería ridículo afirmar que no imaginaba que mi padre concertaría mi matrimonio más pronto que tarde. Tratando de lentificar ese momento inevitable, había estado ocultando durante seis meses la llegada de mi primer sangrado. Aquello me había costado lo inimaginable. Kissa tenía órdenes expresas de avisar a mi madre en cuanto tuviese conocimiento de mi primera menstruación, y mi niñera jamás desobedecía un mandato de su ama. De modo que yo misma había lavado mi ropa y mis sábanas durante ese tiempo; me había aseado sola con cualquier pretexto; y, cuando el malestar propio de esos días me sobrevenía, fingía un dolor de espalda o de vientre y recibía remedios que, sin ser del todo efectivos, me ayudaban a sobreponerme. Pero ya era inútil ocultarlo por más tiempo: mi padre había decidido adelantarse a los hechos y arreglar mi matrimonio sin esperar a la confirmación de mi madurez sexual.

Ni siquiera el agua tibia que resbalaba por mi espalda era capaz de relajar mis músculos, tensos como los marmóreos dioses.

Me puse de pie y pedí a mi niñera que me secara. Desde esa posición podía ver el reflejo de mi cuerpo en el agua dorada: los senos incipientes, que no estaban el año anterior, ahora se marcaban con descaro; las suaves curvas de mis caderas ya habían comenzado a destacar, y un ralo vello púbico (que pronto Kissa eliminaría del todo) cubría mi pubis. Todo eso evidenciaba que, a medida que declinaba mi infancia, y aun en contra de mi voluntad, la mujer que llevaba dentro luchaba por abrirse paso y ya no habría manera de detenerla.

Cuando Kissa hubo terminado de secarme, me agarró suavemente por los hombros y, mirándome a los ojos, dijo:

—No puedes ocultarlo más, Agnódice. La semana que viene le dirás a tu madre la verdad. Se desvela por tu salud y sospecha que puedas estar

mintiéndole.

—¿Desde cuándo lo sabes, Kissa?

—Desde el principio. Soy tu niñera, tu guardiana, tu sombra... La verdad es que no sé cómo creías que podrías ocultármelo. Ambas nos hemos expuesto a un castigo: tú por no ser sincera y yo por encubrirte. Pero no volverá a pasar. Te sincerarás con tu madre, ¿entendido?

—Sí, Kissa, lo haré —respondí, realmente avergonzada.

Pocos días después le revelé a mi madre mis misterios. La noticia fue recibida con alivio y alegría por parte de las mujeres de mi familia. A mí, sin embargo, comenzar la vida adulta y dejar atrás la comodidad de mi infancia no me parecía que fuera motivo de celebración.

Las semanas siguientes transcurrieron en una vorágine de tareas que apenas dejaban hueco para el descanso ni el disfrute. Aunque desde pequeña, y como cualquier niña ateniense, había realizado las labores que me encomendaban, el nivel de perfeccionismo que se me exigía últimamente me llevaba a la extenuación. De este modo, cuando el sol se escondía tras las colinas y mi cuerpo menudo caía en la cama, lo hacía en un estado de agotamiento tan grande que tardaba segundos en conciliar el sueño. Pero no solo las labores interminables y anodinas colmaban mis horas y mi paciencia por igual, sino también el encierro al que me sometían. Todo era fruto del intento de mis progenitores porque mi presencia pasase inadvertida a los varones de la ciudad, como si mi cuerpo se hubiese convertido en un tesoro que salvaguardar y mi casa en la fortaleza que lo separaba del resto la humanidad. Las mismas personas, las mismas voces y olores, la misma cotidianidad carente de emociones...

Día tras día me fui convirtiendo en una joven malhumorada y resentida, e inicié una lucha contra mi temperamento rebelde, ignorando, en mi decadente inocencia, que contaba con pocas posibilidades de vencer.

Una mañana mi madre me mandó llamar con Kissa. La encontré en el patio central, delante de la figura de la diosa Hera, protectora del hogar, cuando realizaba sus oraciones en silencio.

—¿Querías verme, madre?

—Sí —dijo mientras ponía unas semillas de trigo en el altar—. Voy a colocar las ofrendas en las estatuas de nuestros dioses y quiero que me acompañes. Creo que ya es hora de que aprendas a hacerlo tú.

Recorrimos juntas las puertas de las habitaciones inferiores, frente a las cuales había hecho colocar estatuillas de cada uno de los dioses principales de la ciudad. Con suma delicadeza colocó un puñado de semillas y acompañó el gesto con el quedo rumor de sus oraciones. Cada día muy temprano ella o mi abuela realizaban esa tarea; ahora, al parecer, me tocaba a mí emprender el soporífero ritual.

—Hasta que no hago esto no puedo empezar el día como es debido. Y a ti te pasará igual, ya lo verás. Ahora se respira el equilibrio en todo cuanto nos rodea. —Mientras decía esto, giraba sobre sí misma—. ¿No te parece, hija?

No sabía muy bien qué contestarle. Las ocasiones en las que se dirigía a mí eran para recordarme las veces en las que había dejado la lana mal teñida o el trigo a medio moler. No obstante, en esa ocasión me pareció que estaba de buen humor, y ese era motivo más que suficiente para darle la razón.

Una figura en movimiento hizo que mis ojos se desviaran hacia una de las esquinas del patio. Allí se encontraba mi abuela sentada en su sillón favorito y observándonos con los ojos entornados, cautelosos, como si tratara de estudiarnos en silencio.

—Bien —continuó mi madre—, ahora iremos a por una tablilla y me ayudarás a tomar nota de todos los productos que faltan en nuestra despensa. Sígueme.

Al volver a mirar hacia la esquina, mi abuela ya no estaba allí. Ahora se encontraba revisando las estatuas, medio encorvada sobre ellas, y de vez en cuando dejaba escapar una risita. Cuando terminó de hacer aquello, apuró el paso hacia nosotras.

—¿Cómo se tomarán los dioses el que no hayas sido igual de generosa con todos en el reparto de trigo, Aspasia?

Mi madre, ya dentro de la despensa, dijo:

—¿Por qué lo dices, madre?

—Dímelo tú, querida. ¿Hay algún motivo para que la cantidad de trigo que has puesto a la diosa Deméter sea mayor que la de los demás? ¿Una petición especial? ¿Un agradecimiento, tal vez?

Mi madre salió de la penumbra muy despacio y sin dejar de mirar a mi abuela, que la observaba con una sonrisa burlona.

—Anciana astuta, ¿cómo lo has sabido? ¡¿Cómo?!

—Oh, Aspasia, a tu madre no le ha pasado desapercibido el brillo que tienes en los ojos estas últimas semanas..., un brillo que ya he visto muchas veces antes, por cierto.

La sangre había afluido a las mejillas de mi madre y ahora parecía una niña avergonzada. Se llevó las manos al vientre.

—¿Qué pasa? ¿Podéis explicarme a qué os referís?

—Agnódice, creo que debemos felicitar a tu madre —respondió mi abuela—. La diosa de la fertilidad por fin ha accedido a sus súplicas. ¿Me equivoco, hija?

Finalmente, mi madre se retiró la máscara de timidez y nos mostró la sonrisa ancha que parecía reservar para un momento tan dichoso como aquel.

—Sí, es cierto, madre. ¡Casi me alegro de que te hayas dado cuenta! —dijo cogiéndola de las manos—. Te aseguro que ya no sabía cómo disimular la alegría que me invade desde que sé que estoy encinta sin tener que justificar su causa.

Las tres nos abrazamos riendo de puro contentas. Mi madre y yo recibimos sendos besos de mi abuela, y las sirvientas que cruzaban el patio en ese momento se iban deteniendo, perplejas, a contemplar la jubilosa escena. Mi madre, como si de un puñado de moscas se tratase, las atajó con la mano en el aire.

—Bien —dijo alisándose la tela del vestido—, ahora que ya lo sabéis, no me queda más remedio que comunicar esta espléndida noticia a todo el mundo. Realmente estaba esperando a que transcurriera algo más de tiempo. Como ya ha sucedido antes, no quería que la ilusión nos inundara para luego ver como se escurre sin remedio. Mas, si así lo han querido los dioses, ¡que así sea!

—¿Lo sabe ya tu esposo? —preguntó mi abuela.

—No, como os digo, no quería que se creara falsas esperanzas. Ya lo he visto sufrir antes y nada me dolería más en el mundo que decirle que he vuelto a perder otro hijo suyo.

—Entonces dejémonos de malos augurios. Hoy es un día para celebraciones. ¡Enhorabuena, querida! ¡Que los dioses te bendigan con un niño sano y hermoso!

Mi madre cruzó el patio con celeridad, como en una nube, olvidándose de las tareas que aún nos quedaban por hacer. Entonces, intrigada por su adivinación, me dirigí a mi abuela.

—¡Es sorprendente! ¿El brillo de los ojos puede revelar un embarazo? ¿En serio?

Dejó escapar una risa socarrona, y contestó:

—¡Qué va! ¿Acaso no te has fijado en el tamaño de sus pechos? ¡Como siga así tendremos que tejer un chitón el doble de grande solo para

envolverlos!

Esa misma noche mi madre comunicó la noticia a todos los miembros de la casa. Mi padre la recibió con tanta emoción como cabía esperar en un hombre que ponía todas sus esperanzas de futuro en el hijo varón que todavía no había llegado. La idea anticipada de que su esposa albergara a su heredero hizo que se agachara y le besase multitud de veces el vientre. Y no era para menos: mi madre había perdido tres hijos antes de nacer yo.

Según le había oído contar a sus amigas muchas veces, uno de ellos nació vivo, pero murió al poco tiempo por una extraña dolencia; más tarde perdió a otros dos antes de que su embarazo llegara a término. Por alguna razón desconocida, los dioses no la bendijeron con una criatura sana hasta mi nacimiento, cuando ella contaba con la edad de veinte años. Relataba con franca emoción cómo agradecía a mi padre su paciencia infinita y el que no la hubiese devuelto a su familia, como muchos hombres, viéndose en la impotencia de un matrimonio que no daba frutos, habrían hecho en su lugar. De alguna manera, la madeja de lana que colgaron sobre la puerta de la entrada el día de mi presentación en sociedad trajo a la paz a casa de mi padre durante un tiempo. Mi nacimiento había demostrado que mi madre era capaz de concebir y parir un hijo sano, aunque en este caso yo fuese tan solo una niña.

La alegría de esa esperada noticia nos acompañaría a todos durante esa noche y muchas noches más. Olvidando de pronto las penurias pasadas, mis padres ponían ahora la mirada en el fulgurante futuro que se les había negado hasta ese día

EL SUEÑO DE AGNÓDICE

Los meses pasaron muy rápido entonces. El médico de confianza de la familia había recomendado a mi madre reposar y descansar para evitar así que la criatura deseara nacer antes de tiempo, de modo que ahora se pasaba los días sentada, acariciando su abdomen y apretando el ceño ante cualquier movimiento que a ella le pareciera extraño. En las ocasiones en las que el bebé no se movía, se colocaba las manos en el bajo vientre y lo meneaba con energía hasta que la criatura se alteraba lo suficiente como para tranquilizarla a ella.

Ocupada en esto mi madre, ahora era mi abuela quien dedicaba más horas a mis enseñanzas en las tareas del hogar. Por suerte para mí, y aunque trataba de mostrarse tajante en las cuestiones que atañían a mi educación, solía ser menos rígida que su hija. Algunas veces encontraba espacio para el solaz entre tanto trabajo, y solía pedirme que fuese su pareja en el tabli^[2] o que la acompañase con la lira mientras ella entonaba viejos poemas de amor, algo que yo disfrutaba enormemente.

Una tarde de principios de *targelión*^[3], mi padre recibió un papiro que contribuyó a aumentar el regocijo familiar. Mi tío Eurípides informaba en él de que vendría a visitarnos desde Alejandría, como acostumbraba a hacer al menos una vez al año. Esa misma noche, mientras cenábamos, nos leyó el mensaje a todos.

—Es una noticia magnífica, Tersipo; hace mucho tiempo que no lo vemos y seguro que estará muy cambiado.

—¿Cambiado? —contestó con sorna—. Estará como siempre: viviendo la buena vida, ajeno a las normas y dictámenes de la sociedad de la que proviene. A veces, por su manera de comportarse, se me olvida que es tan ateniense como yo... Pero, en fin, así es mi hermano pequeño, el «gran médico».

En la mesa se hizo un tenso silencio que solo mi abuela se atrevió a romper.

—Tal vez trae consigo alguna buena noticia. Quién sabe... ¡a lo mejor ha encontrado por fin una buena mujer con la que desposarse!

Mi padre rompió a reír.

—Es más probable que cruce el Mediterráneo a pie a que aparezca aquí con una mujer cogida del brazo; te lo aseguro, Melitta —dijo.

Todavía reía cuando se llevó la copa a los labios. Tras saborear el vino, pareció reflexionar.

—No, no creo que mi hermano traiga noticias tan prometedoras. Pasará los días yendo y viniendo a casa de sus amistades y colegas médicos, y tan solo pisará esta casa para pernoctar, como acostumbra a hacer en todas visitas —conjeturó a la vez que levantaba la mano para que una de las esclavas le sirviera más vino.

—De todos modos —trató de suavizar mi madre—, tener un médico cerca, a poco más de un mes de dar a luz, es algo que me tranquiliza.

Mi padre apuró su copa y luego se apartó un poco de la mesa con las manos. Mirando con seriedad a mi madre, le dijo:

—¿Es que piensas mostrarte impúdica ante mi hermano, Aspasia?

—Sólo digo que, en el caso de dar a luz, sería mejor hacerlo con un hombre tan instruido como él. No hay muchos médicos que hayan estudiado en la Escuela de Medicina de Herófilo por aquí, y me sentiría más tranquila. ¿Tú no?

—¡Qué sabrás tú de ese carnicero de Herófilo! Solo sabes, sabéis —matizó, señalando con su índice nuestras caras—, lo que ese altanero os cuenta en su afán por vanagloriarse de su oficio. Mi hermano es un médico tan particular como cualquier otro de los que te encuentres por las fétidas callejuelas de esta ciudad mendigando por un óbolo a cambio de rodearse de muerte y enfermedad. ¡Menudo oficio!

A estas alturas de la cena, el vino y el tema de conversación ya habían conseguido encolerizarlo del todo.

—No debes permitir que sus alardes te cieguen el juicio, mujer. De todos modos, ya he hablado con mi médico de confianza, el mismo que te ha atendido en los partos anteriores: un hombre intachable que no trabaja por dinero, lo que me tranquiliza.

Las mejillas de mi madre habían adquirido el mismo tono bermellón del vino que ahora probaba, escondiendo su cara tras la copa.

—¿Qué te ocurre, Aspasia? ¿Acaso no contemplabas la idea de que fuera un médico de mi elección quien te atendiera?

—Sí, tienes razón, solo que..., en fin... ¡Resulta muy incómodo para una mujer ser tratada por un hombre en asuntos que conciernen a la naturaleza femenina, nada más!

—¿Y mi hermano no es un hombre, acaso?

Las mujeres se dirigieron una mirada eléctrica, apenas perceptible, pero no fue hasta algunas semanas después que entendí lo que encerraba aquel gesto de complicidad.

—Querido —terminó diciendo mi abuela en su habitual tono conciliador—, sea como sea, tu hijo vendrá al mundo en las mejores condiciones y con el mejor médico que hay actualmente en toda Atenas, ese que tú mismo has elegido. Dejemos la vergüenza y el pudor aparte en estos casos. Seguro que a mi nieto poco le importarán los brazos del médico que lo saquen al mundo, ya que solo tendrá sonrisas para su padre.

A nadie se le escapó el truco maestro que la anciana había llevado a cabo en su intento por reducir la tensión alrededor de la mesa. Al cabo de un rato (y demostrado que, en efecto, había funcionado), mi padre pronunció un brindis por la llegada de su bien amado hermano y la de su futuro hijo, y solo entonces volvimos a comer con deleite los ricos manjares que se enfriaban sobre nuestros platos.

Ya en mi habitación, el nerviosismo provocado por la reciente noticia hizo imposible que pudiese permanecer bajo mis sábanas. Aprovechando que Kissa se había ausentado de mi lado, obedecí a mis piernas y comencé a danzar por la estancia. Estaba muy emocionada por los nuevos acontecimientos que se avecinaban. Mi tío siempre me había inspirado una gran admiración y yo no podía ni pretendía disimularla. Su comportamiento conmigo era diferente al de cualquier adulto que conociera, ya que era capaz de pasar horas hablado conmigo de casi cualquier tema. Ayudaba el que, dada mi infinita curiosidad, yo no parara de hacerle preguntas acerca de su oficio y de su vida en Egipto, a lo que él, como cualquier hombre que venerase su profesión, respondía encantado. A través de sus descripciones había llegado a conocer Alejandría y, poco a poco, me había hecho con un mapa perfectamente detallado de esa espléndida ciudad en mi imaginación.

Por él sabía que llevaba algunos años trabajando para los más ilustres habitantes de la ciudad; que viajaba continuamente por tierra y mar en busca

de remedios para sus pacientes; que cargaba con muchos pergaminos médicos llenos de intrincados dibujos anatómicos... Y eso, precisamente eso, era lo que más me fascinaba de todo lo que arrastraba con él: los dibujos anatómicos.

Algunas veces había logrado convencerlo para que me enseñara alguno. Gracias a eso había llegado a saber cómo era el corazón de un hombre y qué forma tenía su cerebro; el dibujo preciso de un esqueleto humano o el recorrido de las venas y arterias que cruzaban de pies a cabeza el cuerpo. ¡Gloriosas imágenes! Ahora fantaseaba con la cantidad de novedosas y fascinantes conversaciones que tendríamos, y tal vez, con suerte, los nuevos papiros que traería para mostrarme.

Tales expectativas me tenían saltando de emoción en medio del cuarto cuando entró Kissa.

—¿Qué haces? ¿Por qué no estás acostada?

—¿Te has enterado, Kissa?

—¡Chist! No grites, todos duermen. No, no me he enterado. ¿Qué ocurre?

—Mi tío Eurípides viene para las fiestas de la ciudad. ¿No es maravilloso?

—Sí que lo es. Es un hombre bueno y muy sabio.

—¡Cierto, Kissa, lo es! —dije mientras volvía a emprender mi corto recorrido por la habitación—. ¿Crees que traerá nuevos rollos con dibujos?

El semblante de Kissa me dio a entender que me había equivocado al hacerle esa pregunta.

—¿Cómo lo voy a saber? En cualquier caso, si así fuera, sabes que no debes insistir en verlos. Tu padre te prohibió que te interesaras por esas cosas, y cuando se enteró de que lo desobedeciste en la última visita de tu tío, te castigó severamente por ello. Por si fuera poco, sabes que también puedes causarle problemas a Eurípides: se desvive por complacerte y eso le acarrea muchas disputas con tu padre.

—Pero, Kissa, si no es así, ¿de qué modo podría saber cómo somos por dentro y todas esas cosas de Medicina tan fascinantes?

—¡Ay que ver! ¿Y para qué querrías tú saber eso?

—Porque algún día, no sé cómo ni cuándo, yo también seré médica, Kissa.

No supe de dónde había salido aquella idea, pues desde que tenía uso de razón conocía de antemano el futuro que me aguardaba: como el resto de las niñas de buena familia, sería educada para el mantenimiento correcto del hogar de mi esposo; contraería matrimonio con un buen hombre griego, al que

debía darle hijos varones que luego heredarían su patrimonio; criaría a mis retoños y, más adelante, en el crepúsculo de mi vida, tal vez tendría la suerte de seguir haciendo lo mismo con mis nietos. Y aunque todo eso debía sonarme conveniente, yo, en medio del halo de inconformismo que siempre me rodeaba, no encontraba el placer en nada de aquello que los demás ambicionaban para mí.

Viéndolo con la perspectiva que ofrece el tiempo, puede que aquel fuese el momento exacto en que en el fértil terreno donde se desarrollaba mi imaginación comenzara a brotar el que sería el mayor sueño de mi vida: ser médica de las mujeres.

Kissa tenía una mirada hierática posada en mí. Tras dos lentos pestañeos, la tristeza acudió a sus ojos y acabó con la ambigüedad.

—Acuéstate de una vez, Agnódice.

Su tono era ahora pausado y melancólico, así que no me hice de rogar. Una vez me hube acostado, se sentó en el borde de mi cama y comenzó a taparme con el cobertor.

—Sabes que no debes decir esas cosas.

—¿Por qué, Kissa?

—Porque los sueños de una mujer no deben salir de su cabeza. Créeme, pequeña, así te ahorrarás muchos disgustos.

—¿Tú no tienes sueños, Kissa? ¿No deseas nada en el mundo? ¿Solo... esto?

Me miró como si no comprendiera, pero luego respondió:

—Tal vez los tuve, como todo el mundo, supongo... Pero ya no pierdo el tiempo con sueños imposibles: prefiero vivir en el mundo real.

Era evidente que quería culminar nuestra conversación con aquella frase, pero debió notar la sorpresa en mi cara, ya que dejó escapar una larga exhalación antes de continuar hablando.

—Agnódice, los sueños son como los pájaros: siempre luchan por salir, pues no encuentran la felicidad en el encierro. Soñar, por tanto, es para los hombres, que tienen cabezas sin rejas para que sus aves puedan crecer, alzar el vuelo y ser libres. Por lo tanto, es mejor que nos conformemos con aquello a lo que sí podemos aspirar. Ya ves, mis aspiraciones están cumplidas, pues tengo todo lo que una mujer podría desear. Espero que eso por fin responda a tu pregunta.

—¿Y qué eso, Kissa? No te ofendas, pero ¿qué puedes tener tú, siendo esclava, tan valioso como para no tener necesidad de soñar más?

—Pues... una familia a la que cuidar y que me cuida, una vida tranquila en la que no me falta de nada... y a una chiquilla preguntona e impertinente que busca cualquier motivo para no irse a dormir, pero que me llena el alma de alegrías, así y todo. ¡Y quiero que siga siendo de este modo! Así que, Agnódice, mejor y no te metas en líos esta vez.

—Hasta cuando me regañas eres buena, Kissa, y por eso te amo —dije, incorporándome para abrazarla.

—Mocosa adulatora... Prométeme que no vas a pedirle a tu tío que te enseñe sus rollos médicos. Debes entender que los trae para otras personas, no para ti. Por mucho que te seduzcan, no debes hacerlo. En caso de que decidas desobedecerme, me veré en la obligación de decírselo a tu padre. Lo sabes, ¿verdad Agnódice?

Suspiré profundamente como toda respuesta. Ella sonrió y acarició mi cara con su habitual ternura.

—Ahora duérmete. Morfeo debe estar a las puertas de esta casa y tú siempre lo haces esperar.

Besó mi frente, apagó la llama de la vela de un soplido, y salió sin hacer ruido.

Escuché el sonido de sus pasos hasta que se perdieron a través del corredor. Entonces me giré de costado y deseé que no recordara que, pese a su insistencia, jamás llegué a verbalizar la promesa que esperaba.

LA VISITA DEL MÉDICO

Dos semanas después, la embarcación que traía a mi tío Eurípides atracó en el Pireo. Hasta allí acudieron mi padre y varios de sus esclavos para ayudar a desembarcar la enorme cantidad de enseres que el hombre traía consigo. Cuando llegó a la casa lo recibimos con el entusiasmo al que ya acostumbraba en ocasiones como aquella. Traía con él a su criado personal, su inseparable Rashidi, y dos carros cargados con arcones repletos de productos extranjeros, donde sabíamos que se encontrarían multitud de regalos para todos los miembros de la familia.

Durante el almuerzo (en el que mi madre se encargó de ofrecer todo tipo de delicias seleccionadas para tan esperada ocasión), mi tío tuvo la tarea de contestar estoicamente a las preguntas que de manera incesante le formulamos: mi padre quería saber cómo funcionaban los negocios en Egipto y qué tipo de nuevas mercancías demandaban los mercaderes Alejandrinos de Atenas; mi madre y mi abuela se interesaron por su estado sentimental y, como no, por si existían posibilidades cercanas de contraer matrimonio.

Sentada en el lugar más alejado de él de la mesa, lo observaba hablar. Apenas había cambiado desde la última visita: su cabello oscuro empezaba a estar salpicado por algunos pelillos plateados alrededor de las orejas; sus ojos, pequeños y rasgados, daban la impresión de estar siempre sonriendo, lo que acrecentaba su aspecto afable; un aristocrático hoyuelo en la barbilla (que compartía con mi padre y conmigo) lo hacía poseedor del perfil griego que todo Ateniese quisiera tener. Si bien físicamente no era muy distinto de mi padre, pues apenas era cinco años menor, era en su temperamento y su modo de vida donde aparecían las primeras diferencias.

Provenían de una familia noble. Su padre había llegado a ser arconte rey en la ciudad de Atenas, algo de lo que ambos, pero sobre todo mi padre, hablaban con orgullo. Mi padre añoraba tiempos pasados, aquellos que

relataban con nostalgia los mayores, tiempos de democracia y asamblea; mi tío, por el contrario, prefería vivir el presente y no parecía disgustarle la parte de la historia por la que le había tocado transitar. En el modo de ganarse la vida también eran muy distintos, ya que mi buen padre era un hábil hombre de negocios que se había hecho con un nombre y una considerable fortuna gracias a haber gestionado con inteligencia sus latifundios extramuros de la ciudad. Las mercancías que allí se recolectaban y producían —el aceite de oliva y el vino, sobre todo— eran de una excelente calidad y, por tanto, muy bien valorados en el extranjero. Eurípides, por contra, tenía poco interés en los negocios, y ya desde muy joven había vendido todas sus propiedades a mi padre para buscar su porvenir en Alejandría.

A diferencia de su hermano mayor (que siempre había cumplido los designios que su progenitor había dispuesto para él), Eurípides tuvo el arrojo de dejarse llevar por su pasión y comenzó a estudiar Medicina en una pequeña escuela de Atenas. La decisión no había sido bien recibida por la familia, en especial por mi padre, pues prefería que se dedicase a sus prósperos negocios antes que a recorrer los confines del Egeo en busca de enfermos y necesitados con los que, según su manifiesta opinión, jamás se enriquecería. A menudo comparaba a su hermano menor con los *periodeutas*^[4] y criticaba lo poco decoroso que era trabajar a cambio de honorarios. Aun sabiendo que su hermano se oponía a ello, Eurípides comenzó a estudiar con un médico ateniense muy célebre y, cuando hubo terminado de aprender todo lo necesario de él, se marchó a Alejandría para seguir perfeccionando sus conocimientos. Pese a contar con cuarenta años, nunca había contraído matrimonio, lo que preocupaba profundamente a sus familiares, temor que apaciguaban recordándole continuamente la necesidad de tener en casa una buena mujer que cuidara de su hogar y le diera descendientes. Aun así, mi tío no parecía sentir pesar alguno por las decisiones tomadas ni deseos por cambiar ningún aspecto de su vida. «Tengo todo cuanto puedo desear y deseo todo cuanto tengo», decía a menudo. Siempre parecía estar alegre y lleno de pasión por todo lo que hacía, sobre todo por el ejercicio de la Medicina.

Y tal vez fuera eso, ver lo que esa profesión provocaba en el carácter de aquel hombre fascinante, lo que destapó en mi interior una caja de pandora repleta de sueños tan cautivadores como imposibles de cumplir.

Me desperté cuando comenzaba a clarear el día, como de costumbre alentada por una impaciente Kissa que siempre parecía llegar tarde a todos

lados. Bajé hasta la cocina, atravesando entre medias un mar de criados que llevaba a los carros cajas con frutas, hortalizas y cereales, todo ello traído desde las tierras de mi padre. Al entrar, descubrí que mi madre no había bajado todavía a desayunar.

—¿Dónde está mi madre, Nora? —pregunté a la cocinera.

—Hoy no ha bajado. Tu tío se encuentra revisando su salud porque se ha levantado con algún malestar.

Me puse en pie de un salto y salí rumbo a la habitación de mi madre. Cuando iba a mitad de las escaleras, Eudoxia, su criada personal, me llamó desde atrás.

—Agnódice, tu tío me ha mandado a buscar un frasco de color azul que contiene un remedio para los calambres, pero yo no sé leer, y hay dos frascos azules idénticos... ¿Podrías ayudarme?

—Ve arriba, yo me encargo.

La habitación de mi tío estaba vacía. Rashidi había colocado con esmero sobre el lecho un montón de túnicas dobladas y organizado varios objetos sobre una de las mesas. De entre todos ellos, una caja muy llamativa despertó mi interés. Con un esfuerzo sobrehumano por mi parte, decidí ignorarla y continuar con mi misión. Los arcones estaban amontonados al fondo, unos sobre otros y de mayor a menor. Me imaginé, al ver el orden reinante, lo orgullosa que estaría mi madre si yo trabajara con tanta diligencia como el esclavo. A mi izquierda hallé, por fin, una gran cantidad de ungüentarios de colores, etiquetados con nombres muy extraños para mí. Me acerqué y busqué los de color azul, tal como había dicho Eudoxia. Uno era de menor tamaño; lo cogí y vi que podía leerse la palabra «purgante»; lo descarté y cogí el otro.

Al volverme para salir pude distinguir una bolsa de tela que sobresalía de debajo de la cama y, dentro de ella, unos objetos que me resultaron familiares. Me agaché y tiré del asa anudada para comprobar que mi imaginación no me había engañado: eran rollos de papiro.

Me sorprendió notar una oleada de rabia recorrer mi cuerpo; todos los objetos estaban al alcance de la vista menos ese, probablemente escondidos de mí por orden de mi padre. Definitivamente, los tiempos donde mi tío y yo compartíamos el placer de su lectura o la visión de esos dibujos habían quedado atrás, y esa certeza me angustió sobremanera. Coloqué la bolsa sobre mis rodillas para registrarla: al menos diez rollos de diferentes grosores y tamaños se encontraban en su interior. Los acerqué a mi nariz para aspirar el aroma familiar y embriagador del papiro, aroma que, como en otras ocasiones,

me trasladaba a la ciudad del saber, más allá del mar. En ese momento, un carraspeo a mi espalda me sobresaltó de tal manea que la mayoría de los rollos cayeron rodando rodillas abajo.

La sombra alargada de un hombre se extendía por el suelo adoquinado. Al volver la cabeza me aseguré de que era Rashidi quien lo hacía. La severidad con que me miraba hizo que casi deseara que fuese Eurípides, y no él, el que me hubiese descubierto. Recogí los preciados documentos y los devolví a su lugar.

—¡Por favor, Rashidi, no digas nada! —dije, poniéndome de pie—. Ni siquiera los he desenrollado, ¡lo juro!

El hombre entró en la habitación y se deshizo de los elementos que traía del ágora.

—¿Qué haces con eso en la mano? —preguntó, señalando el frasco que apretaba bajo mi pecho.

—Es para mi madre... Mi tío me ha pedido que se lo lleve.

Me miró entornando los ojos.

—Dámelo, yo se lo llevaré. ¿En qué habitación se encuentra?

—¡No!, se lo llevaré yo. Es a mi madre a la que está atendiendo y es a mí a la que se lo ha pedido.

—No te creo —dijo con su fuerte acento extranjero—. La última vez que mi amo estuvo aquí lo metiste en problemas con su hermano. Es desagradable ver a dos hombres discutir por los caprichos de una niña que no sabe estar en su sitio. Ese hecho lo angustió mucho, debes saberlo. De nuevo te cueles aquí para crear problemas... ¡Tú siempre creas problemas!

El miedo que había sentido segundos antes se transformó en cólera al escuchar la reprimenda del esclavo. Dada mi conocida desobediencia, sabía que, por muchas explicaciones que le ofreciera, no iba creerme. No podía arriesgarme a un nuevo castigo, y menos a uno injusto.

—¡He dicho que es cierto, esclavo desconfiado! Y, si le mientes a mi tío acerca de lo que has visto aquí, te juro por mis dioses que pagarás muy cara tu insolencia, pues no pararé hasta hacer que te corten la nariz.

Con el frasco ya caliente entre mis manos, salí de la habitación a toda prisa y subí las escaleras, sintiendo como Rashidi clavaba sus ojos de serpiente en mi espalda enhiesta.

Encontré a mi madre tumbada sobre el lecho, rodeada por mi abuela y algunas sirvientas curiosas. Mi tío presionaba la parte baja de su vientre

hinchado y ella profería unos leves quejidos.

—¡Al fin has venido! Vamos, dame eso, lo necesitaba desde hace rato — dijo Eurípides alargando el brazo en mi dirección.

Al destaparlo, la fragancia fresca que contenía se repartió por toda la estancia; rápidamente se puso unas gotas del líquido aceitoso sobre los dedos y masajeó con suma delicadeza el bajo vientre de mi madre.

Mi abuela tenía cogida la mano de su hija y la miraba con ojos preñados de preocupación.

—¿Qué es eso tío? ¿Qué le ocurre a mamá?

—Es aceite de menta. Con esto se le aliviarán los calambres que la posición del niño le provoca en esta zona: viene de nalgas. Eso no es bueno ni para la criatura ni para ti —dijo, dirigiéndose a mi madre—. Ya he atendido a muchas mujeres que compartían tu misma situación y sé de lo que hablo.

A mi madre se le había ido el color de los labios. Imaginé las ideas terribles que se le estarían pasando por la cabeza y la cantidad de malos recuerdos que habían vuelto para perturbarla.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó mi abuela—. ¿Hay alguna manera de que la criatura ocupe su posición correcta?

—Sí, Melitta, hay una serie de ejercicios que en ocasiones han ayudado a la criatura a girarse. Aspasia, te enseñaré como practicarlos, pero debes ser constante y realizarlos a diario hasta que notes como se ha encajado su cabeza en tu pelvis.

Mi madre asintió repetidas veces, y luego pidió ayuda a las esclavas para sentarse en la cama a observar al hombre. Durante un buen rato, mi tío mostró un repertorio de posturas de lo más insólitas para que ella las imitara en los días sucesivos. Las risitas discretas de las sirvientas (y las no tan discretas de mi abuela) no tardaron en aparecer. Aquella escena fue suficiente para relajar la situación, y por fin la sangre retornó al rostro macilento de mi madre.

Después de eso, Eurípides y yo nos dirigimos hacia la cocina, donde el desayuno olvidado nos esperaba. Nora nos sirvió pan recién hecho, queso fresco, yogur, higos con miel, y comimos con fruición.

—Me he fijado en tus gestos de preocupación, Agnódice. No tienes por qué estar asustada, todo saldrá bien.

—Pues, por la cara que ponías allá arriba, no lo parecía. —Como torció el gesto, seguí indagando—. ¿Qué ocurriría si, pese a los ejercicios que le has recomendado, el niño no se colocara en su lugar, tío?

—Espero que eso no suceda. Con las instrucciones que le he dado...

—Pero si, aun así, no se colocara, ¿qué ocurriría?

—Ya veo que no vas a parar hasta que te lo diga. No me gustaría meterte el miedo en el cuerpo y, menos aún, que tu madre se enterase de las terribles consecuencias de un parto de esas características, ¿me comprendes? —Al ver que asentía, continuó—. En ese caso, las posibilidades de supervivencia de la criatura serían prácticamente nulas, y, dependiendo del médico y de su preparación..., las de la madre...

Algo debió de ver en mi rostro, pues no llegó a terminar la frase.

—Por favor, continúa. Necesito saberlo. ¿Qué le ocurriría al niño en ese caso?

Pareció meditar unos segundos. Miró alrededor en busca de oídos indiscretos; al no encontrarlos, bajó la voz hasta hacerla casi inaudible.

—Se le practicaría un desmembramiento dentro del cuerpo de la mujer y después se extraería por partes. Suele ocurrir muchas veces que, si el médico no tiene práctica en esta maniobra, puede herir de muerte a la madre. Pero, como digo, no tiene por qué suceder así. Soy optimista: he visto a muchas criaturas colocarse incluso un día antes de nacer.

—¿Y no hay otra alternativa?

—Claro que sí, pero no suelen funcionar, a menos que se tenga una abultada experiencia y unas manos ágiles. A veces, si viene colocado con las dos piernas fácilmente accesibles, pueden ser extraídas para facilitar así la salida del resto del cuerpo. Pero al sacar la cabeza es donde surgen los problemas; de hecho, es preferible que la criatura muera antes que lesionarlo gravemente de por vida.

Estaba paralizada, lívida. Empujé los alimentos, pues las palabras de mi tío me habían quitado el apetito. Jamás me hubiera imaginado que se refería a eso cuando decía que algo podría salir mal. Mi madre no debía enterarse de ninguna manera. La conocía bien y, si barajaba esa opción, se convertiría en un manojo de nervios, algo nada recomendable para una mujer en su estado. Me propuse ayudarla en todo lo necesario y obligarla, si se diera el caso de una negativa por su parte, a realizar diariamente los ejercicios indicados por mi tío.

—¿Podré estar presente en el parto? ¿Crees que mi madre me dejará?

—No lo sé. ¿Se lo has preguntado? Creo que... con que esté el médico y, si este lo permite, también una matrona será más que suficiente. No es muy común que las niñas estén presentes en esas ocasiones. ¿Qué pasa? ¿Por qué

sonríes? ¿Te divierte lo que digo?

—¡Pues sí! Me hace gracia que para vosotros sea una niña para hacer según qué cosas y una mujer perfectamente capaz para otras, solo eso. Dentro de poco podré, no, mejor dicho, deberé convertirme en madre, ¿no es verdad, tío? Sin embargo, no debo estar presente en el parto de mi madre. No lo entiendo.

Me miró seriamente durante unos segundos. Luego, acomodándose en el respaldo de la silla y cruzándose de brazos, dijo:

—¿Así que es cierto lo que dicen?

—¿Qué es cierto?

—Que te estás convirtiendo en una jovencita tozuda y respondona.

Su tono no era en absoluto serio; más bien parecía divertido ante mi pataleta pueril.

—Te equivocas, tío: me estoy convirtiendo en una jovencita, lo otro ya lo era antes.

Mis palabras le hicieron reír a carcajadas.

—Querida Agnódice —dijo, recomponiéndose un rato después—, menos mal que tu madre va a tener un varón. No querría por nada del mundo verla con dos ejemplares de igual naturaleza indomable.

—¿Cómo sabes que será un niño? ¿Y si...? ¿Y si fuese otra niña?

—No, estoy seguro de que será un varón fuerte y robusto como su padre. Al palpar el vientre he notado la fuerza con la que golpea, y eso es típico de los varones: mi hermano puede estar tranquilo.

—Y tú, ¿puedes estar tranquilo, tío? ¿No temes vagar por el limbo si no encuentras una mujer que te dé hijos?

—¿De dónde sacas eso, pequeña cotilla?

—Lo dice mi abuela. Ella teme por ti, y también mis padres lo hacen. Dicen que eres viejo y que, si no te casas y tienes descendencia ya, no vas a hacerlo nunca. También dicen que te perderás en el inframundo el resto de la eternidad por eso mismo.

—¡Vaya, eso suena terrible, pequeña! Y yo con la equivocada idea de que era un hombre libre y completo..., creyendo que podría sobrevivir sin esposa ni hijos. ¿Qué va a ser de mí ahora? ¿El inframundo, dices? —manifestó con una mueca deliberadamente dramática.

Luego, dejando atrás la ironía, cruzó los brazos sobre la mesa y me respondió con toda la sinceridad de la que me pareció capaz.

—Agnódice, ya sé lo que piensan de mí, y lo que esperan, también; pero

yo soy un hombre casado con la Medicina, o al menos siempre lo he sentido así. Disfruto con ella más de lo que lo haría con una mujer. Además, el matrimonio me ataría continuamente a una casa, pues tendría una familia a la que proveer y de la que ocuparme a diario. ¿Qué pasaría si tuviera que embarcar en busca de rollos médicos, como ahora hago? ¿Y si un paciente me hiciera viajar muy lejos de mi hogar para atenderlo? No, no concibo un matrimonio de esa manera. Soy consciente de que para tu padre sólo soy un médico itinerante que comete el horrible acto de percibir honorarios por su trabajo. Créeme, no pienses que no me paro a reconocer la angustia de mis seres queridos, pero es mi vida de la que se trata, y con mis decisiones, equivocadas o no, solo me afecto a mí mismo.

La honestidad con la que me hablaba me sorprendía, pues no esperaba una respuesta tan extendida como aquella. Hasta ese momento, cuando los demás le preguntaban sobre aquel tema, él respondía con evasivas; sin embargo, en esa ocasión me pareció que mi tío fue rotundamente sincero, tal vez por primera vez en su vida. En medio de su discurso me había dado cuenta de una cosa: había algo en él que me resultaba familiar, como si no fuese él sino yo la que acababa de pronunciar esas palabras. Era evidente que nos parecíamos más de lo que ninguno de los dos se atrevería a reconocer jamás en voz alta.

Mi madre, abuela o tía: era la vida de esas mujeres la que yo debía anhelar y no la de ese hombre que tenía ante mí; un ser al que tachaban de díscolo e insubordinado, y al que juzgaban por haberse alejado de todos los que lo amaban al ir en busca de un sueño absurdo e impropio de cualquier hombre de mi familia. Y sin embargo allí estaba yo, una niña que no había llegado a cumplir quince años (y con un futuro escrito y decidido de antemano), soñando despierta ante la posibilidad de pasar por una existencia tan libre como la de aquel que me hablaba.

—Pero no te angusties tanto; cosas como estas no deben entorpecer tu sueño. Soy un hombre dichoso, muy dichoso. Ahora —dijo, poniéndose en pie y dando una palmada en el aire— quiero que me acompañes: tengo un regalo que hacerte y no quiero esperar más para ver la cara que pones al recibirlo.

LA CAJA DE PANDORA

Seguí a mi tío hasta su habitación. Una vez allí, vi que se dirigió hacia el lugar donde estaba la vistosa caja de madera que yo había visto un rato antes. La cogió, se sentó sobre la cama y me pidió que me sentara a su lado. Cuando lo hice, elevó ceremoniosamente aquel objeto en el aire, y, del mismo modo, lo colocó sobre mi regazo.

Observé con detenimiento la caja: tenía una serie de relieves geométricos hechos de alabastro y marfil en la tapa, y dibujos pintados con vivos colores adornaban todo su contorno. ¡Era realmente hermosa!

—¡Ábrela! —dijo con impaciencia.

Al hacerlo pude apreciar lo que guardaba en su interior: tres varillas de distintos tamaños, todas de ébano; diferentes tarros de alabastro, que contenían polvos de color azul, verde, gris, dorado...; otro frasco cerámico lleno de kohl y tres ungüentarios que dejaron escapar sus fragancias fuertemente especiadas al destaparlos. En ese momento me hubiera gustado poseer la capacidad de disimular mis expresiones, pero por alguna razón ese no era uno de los dones con los que me habían bendecido los dioses. La cantidad de potingues que tenía sobre mis rodillas no me producía ninguna satisfacción, menos aún, al ser consciente de que con un leve movimiento de mis pies podía rozar los rollos de papiro que escondía bajo la cama, en esencia, el regalo que esperaba. La minúscula esperanza que abrigaba de poder contemplar al menos uno de ellos acababa de ser aplastada por el peso de ese objeto aborrecible.

—¿No te gusta?

—Sí..., claro —mentí.

—Me alegro, porque es una caja especialmente diseñada para ti. Le he pedido al artesano que grabara tu nombre, ¿lo ves? —dijo, señalando la tapa—. No creo que puedas encontrar productos como estos en Atenas. Lo he conseguido todo en Egipto. Allí estas cosas son muy valoradas por las mujeres

nobles y distinguidas, como tú serás algún día. Anda, ve a tu habitación y muéstrasela a Kissa. Ella, como egipcia, sabrá cómo emplear todas estas cosas en una cara tan bonita como la tuya.

Me levanté sin pensármelo dos veces, salí al patio y me dirigí a paso vivo hacia las escaleras. Estaba ofendida, aunque no sabía muy bien por qué. Llegué arriba y me giré en el corredor. Abajo, en medio del patio, mi tío me observaba con el cuello ligeramente torcido y un gesto de extrañeza en la cara.

—Gracias —mascullé.

El hombre asintió muy despacio, como si se dirigiera a una alucinación suspendida en el aire, y yo entré en mi cuarto. Agradecí la soledad para liberarme del peso de aquel maldito objeto que ya había empezado a detestar sobre todos los demás. De pronto me asaltó el temor de que llegase el momento en el que tuviese que volver a abrirla, como si al hacerlo fuesen a escapar de ella todos los males futuros que me aguardaban. De un poderoso empujón metí mi propia Caja de Pandora debajo de la cama, intentando que llegase a lo más profundo para que nadie, jamás, supiera que estaba allí.

A medida que transcurrían los días de targelión, el vientre de mi madre iba hinchándose cada vez más. Debido a las incomodidades que esto le provocaba, había dejado de salir a visitar a sus amigas, y ahora incluso realizaba todas las comidas del día en su alcoba, lugar que se había convertido en su templo de reposo particular. Por las tardes, cuando el sol se inclinaba lo suficiente en el cielo como para no acalorarla demasiado, me pedía que la acompañase a pasear por el jardín interior de la casa. Nuestro sereno itinerario entre los olivos y arbustos que aguardaban su floración veraniega era el único contacto con el exterior que teníamos últimamente.

En el discurrir de esas tardes, ella solía trasladarme sus sensaciones y miedos acerca del embarazo que ya llegaba a buen término, sin perder la ocasión para aleccionarme en el ejercicio de la maternidad, por supuesto. Por mi parte, me interesaba más por todo lo que ocurría en el interior de su cuerpo hinchado. A veces, movida por la viva curiosidad de saber si el bebé ya había ocupado la posición adecuada, solía insistirle en que me dejara palparle el vientre. Los movimientos cada vez más bruscos de la criatura me fascinaban, aunque, debido a mi ignorancia, no lograra diferenciar entre sus manitas o sus pies cuando estos me golpeaban desde el interior. Mi madre comprobaba divertida cómo se me ponía el vello de punta al darme cuenta de que solo la tensa piel de su vientre me separaba de mi vigoroso hermano. Ya caída la

tarde, y rendida tras el paseo, se encerraba en su cuarto y comenzaba a realizar sus ejercicios con afán, mientras yo caminaba hasta mi cuarto orando a los doce dioses para que le sirviesen de algo.

Apenas había amanecido cuando un sonido estruendoso, proveniente de la planta inferior, hizo que me despertara. Al desperezarme, vi que Kissa ya se encontraba en mi alcoba preparando mi chitón limpio para ese día. Las maldiciones y pisadas de los esclavos llegaban hasta mi habitación con mucha claridad, y aquel barullo intempestivo me causó extrañeza.

Miré a mi niñera y le pregunté con un simple ademán de mi cabeza.

—Simposio —resolvió intuitiva.

Odiaba los simposios: aquellas condenadas fiestas nocturnas que mi padre organizaba a menudo en el andrón y que nos obligaban a encerrarnos antes de tiempo en nuestras habitaciones, ajenas a la diversión de la que disfrutaban los hombres. Mi abuela había tenido a bien idear unos trozos de algodón que nos servían para taponarnos los oídos y poder así conciliar el sueño. Yo jamás había hecho uso de ellos, pues tenía la capacidad de ignorar las conversaciones de los varones y centrarme únicamente en el sonido de los instrumentos musicales. La mayoría de las veces imaginaba que era yo la portadora de la lira que con tanta dulzura arrastraba sus notas por toda la casa, y esas imágenes oníricas bastaban para llevarme hasta los brazos de Morfeo.

Entré en la cocina atraída por el delicioso aroma del pan recién sacado del horno de leña. Allí, entre hierbas y vasijas de barro, encontré a Nora. Estaba afanada en organizar una serie de ungüentarios en la despensa, y apenas reparó en mí cuando me puse a su lado. Entre tanto frasco, había fórmulas creadas por mi tío con hierbas que, en su mayoría, eran difíciles de encontrar a este lado del mar. Nuestra vieja cocinera poseía conocimientos sobre hierbas curativas, lo que la convertía en la encargada de ofrecernos (en las ocasiones en las que enfermábamos o algún dolor nos trastornaba) los remedios que preparaba con ellas. Por ello, mi tío le había confiado el encargo de organizar aquellas pociones que se quedarían en la casa. Como si de objetos preciosos se trataran, Nora los iba colocando con sumo cuidado sobre una de las estanterías. Me acerqué a ella y le ofrecí una ayuda que aceptó, me pareció a mí, a regañadientes.

Durante algún tiempo anoté sobre una tablilla encerada las instrucciones que me iba dando, así como la composición de algunos de los mejunjes que contenían los frascos. Pude observar que entre las hierbas se encontraba una

pequeña bolsa de algodón anudada.

—¿Qué es eso, Nora? —pregunté, señalando el objeto.

La anciana me miró con sorpresa. Rápidamente cogió la bolsita y la apartó del alcance de mi vista.

—¿Esto?... Pues... esto es una raíz que debo poner aparte. Eurípides me ha dado instrucciones para que se la ofrezca a tu madre después del parto, y solo en caso de que la necesite.

La curiosidad, ese gusanillo que me pellizcaba el estómago cada vez que estaba rodeada de los misterios de mi tío, empezó a manifestarse entonces.

—¿Para cuándo dé a luz? ¿De qué se trata? ¿Cómo actúa?

Nora me observó como si sopesara si debía contestarme o no. Tal vez fue por la manera en la que comenzó a sorber nerviosamente por la nariz o por el modo en el que empezó a rascarse la frente, pero su comportamiento me dio a entender que había recibido instrucciones de no dar muchos datos acerca de ese remedio en concreto.

El gusanillo de mi estómago empezó a crecer y a moverse con más velocidad.

—¿No lo sabes? Oh, lo comprendo, Nora. Tal vez no hayas entendido bien la tarea que mi tío te ha encomendado hacer. Es comprensible, pues memorizar los componentes de tantos remedios poderosos no debe ser una cosa fácil, acostumbrada como estás a las hierbecitas que manejas habitualmente... Si, además de eso, tienes que aprender el efecto de cada uno de ellos...

La anciana se envaró instantáneamente: sin lugar a duda, aquello había sido una estocada a su orgullo.

—¿Por qué dices eso, niña? Claro que sé cómo actúa todo esto: ¡ese es mi trabajo!

—No quería ofenderte, Nora —continué—, y no pasa nada si no lo sabes. Al fin y al cabo..., no eres médica.

—Por supuesto que no soy médica, ¡ninguna mujer puede ser médica! Y tampoco necesito serlo para saber tanto o más que tu tío sobre hierbas. A ver, dime, ¿acaso no te he aliviado las migrañas cuando, después de tanto trabajar en el telar, no has podido ni comer a causa del dolor? ¿Y no le he quitado los cólicos a tu padre después de los hartazgos de vino y miel en sus fiestas? Incluso a ese gato moribundo al que metiste un día en esta cocina (¡los dioses borren eso de mi memoria!) lo hice revivir con mis remedios. ¡Y sin ser médica!

Cuando la indignación de Nora alcanzó tal paroxismo que hasta sus labios

comenzaron a temblar, señaló la tablilla y dijo:

—¡Apunta ahí lo que te voy a decir! Raíz de tuka: solo el tamaño de una almendra para aliviar el desasosiego y la angustia. No se debe abusar, pues puede crear una dependencia peligrosa si se mantiene el tratamiento por mucho tiempo.

Apunté letra a letra todo lo que la esclava me dictaba, disfrutando de la información que obtenía con cada palabra.

—Corteza de cedro y tomillo machacado con esencia de lavanda — continuó—. Se usa como fuerte purgante y para las infestaciones de parásitos en la barriga. ¿Has apuntado, niña?

La miré, asintiendo, y vi que tenía en las manos el frasco azul y pequeño que había visto la vez que acudí a por el aceite de menta a la habitación de mi tío.

De esta manera, anotando todo lo que me dictaba y empapándome de la sabiduría que la vieja cocinera había adquirido en tantos años dedicada a estos menesteres, transcurrió la mayor parte de la mañana. Y aunque un rugido cavernoso proveniente de mi estómago me recordaba a cada rato que no había desayunado todavía, no puse fin a aquella interesante labor hasta que Kissa apareció en la cocina (con los brazos en jarras y un insistente movimiento de su pierna), recordándome mis obligaciones en el telar.

Tras nuestro paseo de la tarde acompañé a mi madre a su habitación. Me tumbé en su cama para vigilar como hacía sus ejercicios; últimamente postergaba esta tarea, aquejada de fuertes calambres en el bajo vientre. Tras un buen rato haciendo esto, pidió a Eudoxia que la vistiera. La esclava no tardó en cubrir su cuerpo con un himatión rojo que no hacía más que acentuar su agonizante embarazo, y yo la observaba, segura de que nunca había visto a mi madre tan hermosa como entonces.

—¿Qué haces ahí embobada, hija? Ve a tu habitación a vestirte. Creo haberte dicho que dentro de un momento vendrán mi hermana Galatea y su hija Maia a visitarnos. ¡Corre, corre!

No solía tardar mucho en ataviarme, así que no entendía la urgencia con la que me pedía aquello. Aun así, obedecí de mala gana sus órdenes, y salí de allí.

Algo inesperado captó mi atención nada más entrar en mi cuarto. Un chitón nuevo se encontraba estirado sobre mi cama. La luz de la pequeña ventana incidía plenamente en la suave y delicada tela verde, y las cuatro paredes del

cuarto reflectaban los detalles dorados que llevaba cosidos. Al fondo de la estancia, Kissa se encontraba de rodillas y con medio cuerpo metido dentro de uno de mis arcones.

—¡Aquí están! —indicó, sacando mis mejores sandalias y moviéndolas enérgicamente en le aire.

Al echar un vistazo en la mesilla que quedaba a su lado, comprobé, estupefacta, que sobre ella Kissa había colocado meticulosamente todos los productos que contenía mi caja de cosméticos.

—¡Hay que ver lo difícil que estaba de encontrar esa caja! —dijo, adivinando mis cavilaciones—. Me pregunto cómo habrá llegado hasta debajo de tu cama... En fin, como ya supondrás, hoy es el día indicado para estrenar todo esto que hay aquí. Tu madre me ha dado la orden de maquillarte. Dice que, puesto que ya tienes catorce años, es hora de comenzar.

Me dejé caer como un trozo de plomo sobre la cama.

—Tranquila, Agnódice, no voy a dejarte como a una hetera^[5], lo prometo. Será un maquillaje de lo más sutil.

Aunque confiaba en ella más que en nadie, no me sentía segura ante aquellos instrumentos extraños para mí; así y todo, obedecí y me senté en la silla que había dispuesto para mí.

Estuve muy atenta al proceso en todo momento; por alguna razón, me recordó bastante al modo en que Nora preparó sus remedios aquella mañana. Sin embargo, la finalidad era bien distinta. En recipientes aparte, mi niñera separó pequeñas porciones de polvo, a las que luego añadió aceite de oliva. Haciendo esto se entretuvo un buen rato. Solo alzaba la vista de su tarea para dedicarme unos segundos de observación, tras los cuales volvía a lo suyo con evidente entusiasmo. Al terminar con eso, se acercó a mí, elevó mi mentón y escudriñó detenidamente mi cara entre leves pestaños. Cuando pareció convencida (de lo que quiera que tratara de convencerse haciendo aquello), tomó uno de los frasquitos en los que había hecho una mezcla colorida y pringosa, y se dispuso a pintar mi párpado móvil.

Pese a mi resistencia inicial, el tacto suave del pincel, unido a las agradables emanaciones de los potingues, me fueron relajando poco a poco. La vi rebuscar dentro de la caja y sacar de ella una varilla de ébano; luego untó la punta de esta pieza en una pasta muy negra, y la extendió a ras de la línea de mis pestañas superiores; delineó y rellenó mis labios con una sustancia dulzona, con la que también ruborizó mis pálidas mejillas. A veces se apartaba lo suficiente como para observarme con perspectiva, y luego

volvía a repasar alguna zona que había escapado de su mano experta. Cuando hubo terminado, se alejó y examinó su creación.

La expresión que puso entonces me recordó a la que pondría un niño al observar a un raro animal por primera vez en su vida. Después, llevándose las manos al corazón (como si el animal, además, pudiese hablar, cantar o hacer alguna otra cosa extraordinaria), exclamó:

—Por todos los dioses, Agnódice, ¡sí que eres hermosa!

Sin apartar sus ojos de mí, se apresuró a dejarme el espejo de cobre. El objeto me devolvía el reflejo turbio del joven rostro de una mujer. La muchacha tenía los párpados coloreados de violeta, lo que intensificaba el verde esmeralda de sus iris; el trazo negro que bordeaba sus ojos les confería una expresión gatuna, seductora; los labios, como si estuvieran esculpidos en su cara, se mostraban jugosos y encarnados; su rostro pueril salpicado de pecas ahora estaba unificado, y un suave rubor, que perfectamente podía deberse a la impresión que le causaba su reflejo, se translucía sobre sus altos pómulos. Tardé varios segundos en reconocer y aceptar aquella imagen como mía, antes de devolverle el espejo a mi niñera. Ella aún me miraba sin disimular su admiración y la satisfacción por el trabajo bien hecho.

—Ponte de pie, ahora toca vestirme y peinarte —dijo, sacándome de mi aturdimiento.

Durante unos minutos se ocupó de desenredarme el pelo, peinándome las suaves ondulaciones con delicadeza. Recogió dos mechones castaños y los enrolló alrededor de mi cabeza valiéndose de unas horquillas de plata con forma de hojas secas; finalmente, dejó suelto el resto de la melena y la perfumó con aceite de rosas.

El chitón nuevo se ajustó perfectamente a mi figura. Cuando Kissa lo anudó a mi cintura con un cordón dorado, descubrí que aquello evidenciaba las curvas que se habían ido acentuando en mi cuerpo con el paso del tiempo. Acaricié la suave tela con los dedos y noté la calidad excepcional del tejido: era lino, y sobre este había una capa de seda que caía hasta rozar el suelo. Sospeché que fueron las manos de mi tío las que lo habían traído hasta mi cuarto.

Cuando llegué al gineceo, mi tía y mi prima ya se encontraban en él. Apostadas sobre almohadones, charlaban animadamente con el resto de las mujeres que allí había, mientras las esclavas les servían un refrigerio. Mi presencia en la puerta atrajo todas las miradas, y no me quedó la menor duda

de que llevaban toda la tarde aguardando mi aparición. Los ojos curiosos de todas ellas recorrieron varias veces mi figura, hasta que, finalmente, se detuvieron sobre mi rostro arrebolado. Notaba el calor subiendo a mis mejillas, así que me apresuré a los cojines del fondo en busca de la distancia que necesitaba. Mi tía, que ya se había levantado a saludarme, me interceptó a medio camino, besó mis mejillas y exclamó:

—¡Aspasia, hermana querida, no cabe duda de que tu hija posee todos los dones de Afrodita! Y tú, bella sobrina, compadezco al hombre con el que contraigas matrimonio, pues necesitará una habitación bajo la tierra para esconder tanta belleza de los ojos ajenos.

Las mujeres prorrumpieron en agudas carcajadas, todas menos mi madre. Ella me observaba con los ojos entornados desde su butaca. Con una inclinación de cabeza me hizo saber que estaba satisfecha con lo que veía.

—Mi madre es muy fastidiosa, lo sé —dijo Maia en voz queda cuando me dejé caer a su lado—. Oh, no te enfades por sus ademanes; te lo ruego, pues tiene toda la razón: ¡eres muy bella, prima! Ya verás que pronto aprenderás a sacarle partido a todos esos dones que posees.

—¿Lo haces tú? —dije en un tono menos amable del que merecía.

—No... aún no... Pero lo haré en cuanto me despose.

La muchacha se apresuró a levantarse para acudir a la llamada de mi abuela, que la reclamaba desde la otra punta de la habitación. La examiné desde la distancia y caí en la cuenta de que había cambiado mucho desde la última vez que la había visto: su pose era más madura y sofisticada, como si el peso de seis semanas hubiese sepultado los restos de su niñez para siempre. Mientras respondía a algo que le había preguntado mi abuela, se acariciaba con las manos cubiertas de joyas la larga trenza dorada que le caía sobre el pecho. Su pose me recordaba a la de las distinguidas bailarinas que danzaban en las Fiestas Mayores para la diosa Atenea. Su figura redondeada, sus largos brazos y su boca diminuta representaban el arquetipo de mujer con el que soñaba cualquier ateniense de buen gusto. No pude evitar compararme con ella: yo parecía un potrillo desgarrado que aprendía a dar sus primeros pasos, frente a una dama que ya andaba con la destreza propia de las mujeres más elegantes de la ciudad. La envidié secretamente; y no porque ardiera en deseos de ser como ella, sino porque, si lo fuera, estaba segura de que mi madre dejaría de atosigarme con sus elevadas exigencias de una vez por todas.

Durante el resto de la tarde hablamos de trivialidades. De algún modo sabía que, si le hablaba de mi experiencia con los papiros escondidos o con

las hierbas de Nora, si le relataba mis sueños y veladas ambiciones por lograr convertirme en médica, no tardaría en provocarle una cadena ininterrumpida de bostezos. Así pues, evité todo eso hasta que la conversación derivó hacia temas de naturaleza más íntima.

—¿A que no sabes? —dijo, acercándose más a mí para hablarme entre cómplices susurros—. Ya he visto al hombre con el que me casarán. Todavía faltan siete meses, es cierto, pero estoy muy ansiosa. Creo que ver su aspecto ha calmado un poco mis nervios.

—Y ¿cómo lo has hecho? ¿No se supone que no debemos conocer a nuestros futuros esposos hasta el día del matrimonio? ¿Acaso te lo ha presentado tu padre?

La muchacha me miró con gesto sorprendido.

—¡No, claro que no! Lo vi por casualidad en un simposio que ofreció mi padre la semana pasada. Me encontraba mal del estómago, por lo que a media noche me vi en la necesidad de bajar a la cocina para tomarme una infusión: entonces me lo tropecé por un pasillo. Me saludó por mi nombre y besó mi mano. ¿Te lo puedes creer? La verdad es que en un principio no supe que era él... ¿Cómo saberlo? Más tarde, mi criada personal (ya sabes que es la más chismosa de cuantas puedas conocer) me confirmó que ese hombre tan afectuoso es aquel con quien voy a casarme.

—Y... ¿cómo es?

—Pues... es mayor, ¡muy mayor para mí! ¡La verdad es que no me gusta nada de nada! Además, le falta pelo, tiene la boca torcida y una barba muy tupida, ¡y yo odio a los hombres con barba! No obstante, pertenece a una distinguida familia ateniense, y él mismo fue magistrado hace años. Mi padre lo estima mucho y lo valora como un ciudadano ejemplar. Por lo que sé, viviremos en una gran casa bajo la Acrópolis, cerca de aquí, por lo que no echaré de menos a mi madre. Y, si todo va bien, en un futuro tal vez tú y yo podamos visitarnos como mujeres casadas, ¡y hasta aconsejarnos sobre nuestros hijos! ¿Te imaginas?

Mientras trataba de imaginar aquello, me llevé las manos a la boca y comencé a devorar mis uñas una a una. Maia elevó la copa en el aire para que una de las esclavas se la llenara de vino. Tras probar un par de sorbos, me sorprendió diciendo:

Y tú, Agnódice, ¿has visto ya a Demócrito?

—¿Quién es Demócrito?

—Oh, vaya... Todavía no te habían dicho su nombre, ¡a que no! Lo siento,

prima; ya sabes que las esclavas de mi casa son muy cotillas... A mi madre se le debió escapar el nombre de tu futuro esposo delante de alguna de ellas y...

Recordé que tiempo atrás le había preguntado a mi madre por el aspecto de ese hombre al que ahora mi prima ponía nombre. A partir de aquella ocasión había intentado evitar los pensamientos que tuvieran que ver con mi matrimonio, pese a que cualquier cosa que hiciera cada día estaba destinada a prepararme para ese fatídico momento. Ahora las palabras de mi prima me habían hecho pensar no en el aspecto que tendría el hombre, sino en todo lo que rodearía a mi vida de casada: ¿dónde viviría?, ¿lo haría lejos de mi actual hogar?, ¿podría llevarme a Kissa conmigo?, ¿vería a mis familiares a menudo?... Aún quedaba un año por delante para resolver esas dudas, pero mi boca seca me obligó a tragar un sorbo del vino aguado que tenía delante.

—¿Qué te pasa, Agnódice? Has perdido el color...

—No, no he visto a ese hombre que dices.

—Tal vez tengas la misma suerte que yo y puedas verlo en algún simposio que organice tu padre. Para mí ha sido muy importante. ¡Me estaba volviendo loca tratando de ponerle rostro! Ahora que lo conozco, sé que puedo hacerlo muy dichoso. Ya he aprendido todo lo que necesito saber para eso. Solo le pido a Deméter que mi primer hijo sea varón, no vaya a ocurrirme como a...

Como si le hubiese dado el súbito deseo de beber agua, interrumpió la frase y se llevó la copa a los labios.

—¿Como a mi madre? ¿Es eso lo que querías decir?

—¡Oh, dioses! ¡No, no quería decir eso! Por favor, discúlpame si te lo he hecho pensar.

Su repentina turbación delataba que, en efecto, era a eso lo que se refería. Bebió más vino, comió algo, y luego cambió el tema de conversación.

Me pregunté cuántas veces, en la intimidad de su hogar, ella y mi tía habían compadecido en voz alta a mi madre por no haber sido capaz de darle un hijo varón a su esposo. Pese a su inminente parto, todavía cabía la posibilidad de que fuese otra niña. No quise pensar en eso. Sabía que mi madre se sentiría profundamente desdichada si tal cosa llegase a suceder.

EL REGALO

Esa noche, cuando las mujeres se hubieron marchado, no pude dejar de darle vueltas a la conversación que acababa de tener con mi prima.

Bajé hasta el patio y, desfilando por delante de la petera mirada de los dioses custodios de mi hogar, crucé hasta el jardín. Me senté debajo de un olivo, con las piernas encogidas, y medité acerca de las palabras de Maia. En esa posición, y absorbida por mis profundas cavilaciones, estuve durante tanto tiempo que por un momento llegué a perder la noción de la hora que era. Muy al contrario de lo que pretendía, la angustia que había sentido tras la conversación con mi prima no solo no había menguado, sino que a medida que repasaba y visualizaba el futuro que me aguardaba, fue creciendo hasta convertirse en un terror insoportable.

Me puse en pie y me dirigí hacia la salida del jardín; necesitaba un baño tibio que destensara mi cuerpo y eliminase los restos de maquillaje de mi cara. Pero cuando iba a entrar me pareció oír un crujido proveniente de entre los setos. Giré sobre mis talones y volví al centro del jardín. La luz fulgurante de la luna llena se derramaba por el suelo, y en ella bailaban las ramas de algunas plantas al son que marcaba la brisa. Mis ojos vagaron errabundos por entre los árboles, pero por mucho que agucé la vista y el oído, no percibí nada extraño. Ya iba a darme la vuelta para entrar cuando volví a escuchar algo, esta vez un poco más cerca. Al sonido de un gemido le siguió el de una risa ahogada. Seguí hasta el fondo del jardín, donde, agazapada tras un seto, pude ver lo que ocurría: en la esquina más oculta mi tío abrazaba a Rashidi, besándolo en el cuello y en los labios, gestos a los que el esclavo respondía con la misma fogosidad que su amo. Entre susurros y risitas cómplices —que traían consigo más besos— los enamorados daban rienda suelta a su pasión. Intenté obligar a mis piernas a girarse y echar a andar, pero no me obedecieron. Llegué a pensar que estaba en medio de un sueño.

Cuando por fin logré que mis extremidades acataran mis órdenes, alguien gritó mi nombre desde el interior de la casa. Kissa me estaba buscando, así que eché a andar a paso vivo intentando moverme con sigilo entre los arbustos. Al llegar a la salida, solo los dioses sabrán por qué, me volví con la vaga esperanza de que mi tío no se hubiera dado cuenta de mi presencia allí. Pero mis deseos no se cumplieron; Eurípides se encontraba en medio del patio, bañado por la pálida luz de la luna, y sus ojos atónitos posados en mí.

Dejando a mi espalda a una enfadada Kissa en la que apenas reparé, serpenteé por entre las columnas del peristilo del patio como una exhalación. Me metí en el baño, llené la bañera con agua fría y me introduje en ella sin tomarme la molestia de desprenderme de la ropa. Me sumergí totalmente en el agua, tratando de alejarme del ruido del mundo, de la gente, de los errores que cometía una y otra vez, como si estuviera en mi sino estar siempre donde no debía, hablar cuando no me correspondía o estar de más en todas partes.

Había perdido la noción del tiempo cuando Kissa entró. Sin mediar palabra, me ayudó a salir del agua, me quitó la pesada tela y me secó con fuerza. Tiritaba de frío, conque me masajé los brazos para que entrase en calor. Por su frente fruncida se podía adivinar una preocupación extrema que no intentó disimular. Me ayudó a vestir y luego me llevó a la cocina, por lo que tuvimos que esquivar a un amplio grupo de sirvientes que corrían portando bandejas con alimentos, copas, guirnaldas de colores y grandes hidrias de vino desde la despensa hasta el andrón. Recordé entonces que mi padre daba una fiesta esa noche, y que en cualquier momento aparecerían los hombres que darían buena cuenta de todo lo que veían mis ojos.

Una vez sentada a la mesa, Kissa me calentó leche con miel. Los fuertes aromas a gallina asada y las especias que aromatizaban toda la estancia, unidos a mi estado de nerviosismo, me provocaron unas fuertes arcadas que traté de reprimir. No obstante, obedecí a Kissa y me tomé la leche sin rechistar. No me preguntó qué es lo que me había ocurrido, y en mi interior lo agradecí (aunque yo sabía que estaba aguardando una mejor ocasión para hacerlo).

—Todavía tiritas. Preguntaré a Nora por algún remedio que puedas tomarte y que te haga entrar en calor. Espera aquí.

Cuando la vi salir me encaminé con determinación hacia la despensa. Cogí la bolsita que, creyendo que no miraba, Nora había escondido en un pequeño recipiente cerámico, la abrí y extraje de él la raíz de tuka. Recordé lo que

había dicho la cocinera por la mañana: «El tamaño de una almendra»; cogí el tamaño de dos. Me la metí en la boca y, tras asegurarme de que todo quedaba como lo había encontrado, regresé a la cocina, masticando sin disimulo.

Aquello era de un amargor insoportable, y pensé que, si alguna vez probaba el veneno de serpiente, este no podía saber peor. Al pensar en eso, el miedo me paralizó por un momento y dudé entre escupir el mejunje repulsivo que tenía en la boca o tragármelo de una vez: opté por lo segundo.

Kissa entró, con Nora tras ella, y ambas se dirigieron al rincón donde la cocinera guardaba sus hierbas. Me levanté y subí las escaleras. Abajo quedaron las dos mujeres en busca de un remedio para mi malestar. «Ilusas, como si lo fueran a encontrar», pensé.

No sé cuánto tiempo dormí, pero cuando abrí los ojos la fiesta de mi padre ya estaba bien empezada. La música que producían las liras, cítaras y aulós luchaban por el protagonismo en la planta inferior, y las risotadas de los hombres llegaban hasta mi habitación con total claridad. Al lado de mi lecho había una bandeja con alimentos, junto a un vaso que contenía un líquido que no supe identificar y que no me tomé. No me encontraba tan mal, de hecho, sentía la necesidad de levantarme y bailar al son de los instrumentos que escuchaba. La tuka, sin lugar a duda, había ejercido su poderoso efecto, y esa sensación me estaba empezando a gustar demasiado.

Sin pensarlo dos veces, abrí la puerta y comprobé que el corredor se encontraba a oscuras y con todas las puertas cerradas. Desde el balcón podía ver el patio, perfectamente iluminado por las antorchas, donde muchos hombres dialogaban ajenos a las epicúreas experiencias que se vivían en el andrón, que, a mi derecha, estaba abierto de par en par. En mi acecho silencioso pude ver como en su interior algunas mujeres se movían grácilmente en busca de halagos o caricias; otras parecían divertirse tocando sus flautas, bailando de aquí para allá en medio de algunos ancianos que, recostados sobre sus klinai, admiraban embelesados los sensuales ademanes de las jovencitas. Al examinarlas con mayor detenimiento, caí en la cuenta de que tan solo debían ser algo mayores que yo. Traté de imaginar a mi padre bajo las tiernas manos de esas muchachas que se comportaban de un modo muy diferente a como a mí me había enseñado a hacerlo, y noté una oleada de repugnancia recorrer mi cuerpo.

Al ver a tantos hombres, recordé lo que había hablado con Maia. Si quería prepararme para lo que me esperaba, debía empezar por conocer al misterioso

hombre con el que me desposarían. No sería extraño encontrarlo allí; conociendo a mi padre, estaba casi segura de que pertenecería a su círculo cercano. Impelida por esta motivación, oteé el bullicioso patio con más interés, si cabe. Maia me había revelado su nombre, de eso me acordaba bien; con todo, por más que traté de rescatarlo de entre mis recuerdos, no pude hacerlo. En mi cabeza solo veía brumas, y los detalles de lo acontecido esa tarde ahora eran una nebulosa impenetrable.

El esfuerzo intelectual que estaba haciendo me había llevado a adoptar una ridícula postura, lo que me hizo romper a reír.

—¡Mirad, malditos, estoy aquí! —grité con todas las fuerzas de las que fui capaz.

Por suerte, nadie pareció reparar en mí; en aquella oscuridad era invisible, y el sonido de la música y las voces roncadas también me habían vuelto muda a sus oídos. Me detuve a observar el andrón para ver si podía identificar a mi padre entre el bullicioso grupo de hombres, pero lo que sucedió luego detuvo mi búsqueda.

De repente, y como si de una alucinación se tratara, vi salir a una llamativa mujer de la habitación de los hombres. Iba ataviada con un vestido de seda en color azafrán cuyo tejido vaporoso se movía como llamas al viento entre los individuos. Andaba con la gracilidad propia de una diosa, a medida que iba esquivando sus cuerpos, aunque no sus miradas. La transparencia de la tela dejaba entrever una figura de prominentes curvas, que ella contoneaba sin reparos a través del patio. Una melena rojiza caía como una larga cascada a su espalda, y dos trenzas llenas de adornos hacían las veces de diadema. Por más que traté de hacerlo, no pude verle la cara.

En ese momento mis pies descalzos dejaron de tocar el suelo. Tuve que asirme de la baranda para no llegar al techo de la casa. Levitaba como una mota de polvo en aquel corredor oscuro, y esa percepción, lejos de asustarme, me hizo estallar de nuevo en una carcajada. Así, suspendida en el aire y riendo, avancé a través del oscuro corredor hasta el rellano alto de la escalera, y del mismo modo comencé a descender por ella. Cuando llegué a la mitad, me detuve: algo extraño ocurría en el escalón inferior. Lo que parecía ser un haz de luz rojiza que bajaba del techo dibujó lentamente uno a uno los caracteres que formaban un nombre de varón. El nombre del que sería mi esposo. ¡Por fin lo había recordado! Sorprendida ante el cúmulo de sensaciones que estaba experimentando, continué mi camino hasta que por fin llegué al patio. Una vez en él, tuve que sujetarme más fuerte al pasamanos para

no caer.

Fue entonces cuando volví a verla: la diosa pelirroja salía de la cocina con algo entre las manos. Al encontrarme de frente, clavó sus ojos felinos en mí, entornándolos a medida que trataba de ubicarme en aquella reunión de hombres. Tenía el rostro más hermoso que había visto en mi vida y, aunque era joven, sus facciones poseían más madurez que las del resto de muchachas que allí estaban.

—Creo que no deberías estar aquí —pronunció con un meloso acento extranjero.

—Esta es mi casa. Puede que la que no deba estar aquí seas tú.

—¿Acaso sabes quién soy yo?

Me pesaba la lengua y mi voz sonaba ebria, pero aun así logré contestarle.

—Sé lo suficiente solo con ver cómo vas vestida: eres una ramera.

La mujer enarcó sus cejas anaranjadas.

—Vaya, ¡cuánta delicadeza! ¡Vas a hacer que me sonroje! Te he visto hace un rato ahí arriba; gritabas a los hombres. Anda, sube, creo que será mejor que regreses a tus aposentos. Si tu padre se entera de que has bajado no será benevolente contigo, me temo.

—Sube tú, yo me quedo aquí. ¿No ves que estoy flotando?

La mujer tuvo que correr a sujetarme por la cintura porque casi caigo al suelo cuando intentaba demostrarle mis avances en las artes voladoras. Así sujeta, me llevó de nuevo hasta el descansillo de la escalera, donde logré zafarme de un tirón.

—Vale, subiré, pero antes debes decirme algo.

—¿Qué deberías escuchar tú de mí?

—Necesito ponerle rostro a un nombre de varón y estoy segura de que tú puedes ayudarme con eso. Demócrito, así se llama el miserable... Dime quién es.

Nada más oír esto, arrugó el ceño. Mientras parecía meditar si satisfacer o no mis deseos, y sin cambiar el gesto, me repasaba de pies a cabeza. Finalmente, relajó el rostro y asintió, dando a entender que sabía por qué le preguntaba por aquel individuo. Soltó una risa divertida y me hizo subir a trompicones tres escalones más. Adquirió un aire de concentración y comenzó a otear desde esa altura.

—Allí —dijo, señalando con su mano enjoyada un punto del patio no muy alejado de nosotras—, allí está tu futuro esposo, Agnódice, apoyado sobre la tercera columna a la derecha.

Finalmente, me miró, me regaló una sonrisa cómplice, bajó los escalones sin despedirse, y se perdió de nuevo entre el gentío.

Miré de nuevo en la dirección que me había señalado. Apoyado en una de las columnas del peristilo, un hombre sin gracia, flacucho y pálido (que debía tener quince años más que yo) mantenía una conversación apagada con otro de los invitados. No parecía divertirse. Mantenía el cuerpo laxo apoyado sobre el grueso pilar, e iba cambiando de pie según la necesidad.

Lo detesté en el acto.

Súbitamente mis pies tocaron el suelo. El tacto de la áspera madera bajo mis plantas descalzas me obligó a recordar mi situación. Ya no me apetecía reír tanto. Sobre mí se cernía el peligro; lo notaba como un velo ardiente sobre mi piel. Si alguien me reconocía y se lo decía a mi padre, estaba perdida.

Cuando giré para regresar a mi habitación, ya era demasiado tarde.

Mi madre me observaba con expresión grave desde lo alto de la escalera. Se sujetó a la baranda y, sin apartar sus ojos de mi cara, comenzó a descender muy despacio, como si escalón a escalón fuera sopesando el castigo que pretendía infringirme. Toda la sangre de mis extremidades se concentró en mi cara. La maldita raíz había nublado mi ya de por sí escaso juicio, favoreciendo mi descontrolada actuación de esa noche.

—Sube sin llamar la atención —leí en sus labios cuando ya estaba a mi lado.

Obedeciendo las irrecusables órdenes maternas, llegué arriba y eché a andar por el corredor. A mi espalda notaba como ella seguía mis pasos muy de cerca. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Una vez dentro de mi alcoba, entró detrás de mí y cerró la puerta.

—¿Cómo se te ocurre, insolente? ¿Quieres que tu padre nos mate a los dos? ¿Es eso lo que quieres, acaso? —dijo sin apartar sus ojos iracundos de mi cara.

—No he hecho nada malo, madre. Solo quería saber...

—¿Querías saber? ¿Qué rayos querías saber? ¡Siempre quieres saber algo! No hay nada que sacie esa maldita curiosidad que te atosiga y que esta noche casi me cuesta un disgusto. ¿No ves cómo estoy? ¿Crees que levantarme así, para ver a mi hija riendo animadamente con una fulana, es algo que beneficia al hijo que espero? ¿Qué pensarán los invitados cuando vean a la hija de Tersipo hablando con una cortesana? Yo te lo diré: dirán que eres igual que ella.

—¡Ojalá! ¡Al menos ella es libre de hacer lo que quiera!

Pese a que sus pupilas doblaron su tamaño y el rubor de sus mejillas se tornó bermellón, no lo vi venir. El golpe que me propinó en la mejilla con la mano abierta hizo que perdiera el equilibrio y cayera al suelo. La cara me ardía, pero mi orgullo, mucho más. Verme tirada como un despojo a los pies de mi madre, aun a sabiendas de que lo merecía, era doloroso. Traté de contener las lágrimas que ya se apuraban por salir.

—No quiero que salgas de la habitación hasta que hable con tu padre y compruebe el alcance de tu imprudencia. Como siempre en estos casos, haré que Kissa te traiga los alimentos aquí y un barreño para que te asees y para las demás necesidades.

Y salió dando un portazo que retumbó en toda la planta superior.

No había descansado nada después de una noche en la que repasé una y otra vez lo acontecido aquel funesto día. Para mi desgracia, lo recordaba todo con absoluta claridad. Cuando mi abuela entró, yo ya estaba sentada sobre la cama y con el chitón limpio recién puesto. Se acomodó a mi lado y comenzó a acariciarme el pelo.

—Querida, tu padre te espera abajo, desea hablar contigo.

—Abuela... yo no quería hacer nada malo. Yo solo...

—¡Chist! Te conozco bien, Agnódice, soy tu abuela. Sé que a veces eres imprudente y también que tus imprudencias están guiadas por un noble corazón. Anda, baja y termina con esto lo más rápido posible; después yo misma te prepararé una sopa caliente, tu preferida.

La puerta del andrón estaba abierta. Su criado personal salía de allí después de dejarle la comida sobre una mesa. Lo encontré de espaldas a mí. Tenía las manos unidas atrás y miraba a través de la ventana que daba al jardín de la casa.

—Padre...

Se giró y me ofreció un semblante adusto que me secó la boca en el acto.

—Entra y cierra.

Obedecí, sin saber muy bien donde colocarme. Todos los rincones me parecían siniestros y desprotegidos. Mi padre jamás había usado las manos para disciplinarme, ni a mí ni a ninguno de los esclavos de la casa; sin embargo, la mayoría de las veces sus palabras se me antojaban mucho más lacerantes que un látigo impelido con la mayor brutalidad.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando anoche? ¿Qué te ha pasado exactamente para que hayas olvidado las normas de la casa, justo ahora, que

es cuando más deberías respetarlas?

—Lo siento...

—¡Calla! —espetó—. No sé qué horrible acto he cometido para que los dioses hayan decidido castigarme de esta manera. ¿Sabes el bochorno al que me has expuesto? Anoche se encontraban en esta casa muchos de los hombres más respetados de Atenas. ¡Por Zeus! ¡Hasta el hermano del gobernador!

Un súbito golpe de calor me acarició el rostro.

—Oh, no bajas la cabeza. Jamás pasarás tanto bochorno como el me has hecho sufrir a mí.

Mientras se masajeaba la frente, se acercó con lentitud a uno de los kline y se sentó en él.

—¿Sabes lo que has hecho, Agnódice? Contesta, ¿lo sabes?

—Sí, lo sé.

—No, no lo sabes, estoy seguro de que no conoces el alcance de tus actos. Esta noche ha quedado demostrado ante mis honorables amigos que la hija de Tersipo no sabe comportarse; que su padre y benefactor no ha sabido educarla lo suficientemente bien como para entender que no debe estar entre las rameras sedientas de chismes. Hoy has dado más de qué hablar a esa gente de lo que lo ha hecho nadie en mucho tiempo. Despotricarán de cómo te vieron conversando con personas indebidas, bailando ante los hombres con impudicia... ¡Qué vergüenza!

—¿Bailando?

—¡Sí, bailando!

Me pregunté hasta qué punto se habría exagerado acerca de mi comportamiento, pero no me atreví a contradecirlo.

—Pero eso no es lo peor. Muy probablemente el próximo año podría haber sido elegido magistrado, al igual que mi padre lo fue un día... Tal vez no sepas lo mucho que significaría eso para mí; no, claro, tú estás demasiado ocupada danzando delante de los hombres como para interesarte por los logros de tu padre. ¡Oh, qué gran hazaña la tuya! A estas alturas los arcontes se habrán enterado de tu tropelía y mañana me estarán citando para darme la noticia de que la única oportunidad que tenía de llegar tan alto como su difunto padre queda bajo tierra. Pensarán que un hombre que no es capaz de gobernar a su hija de catorce años menos podrá hacer cumplir las leyes de esta ciudad. ¡Y con razón!

Se levantó y se volvió de espaldas a mí para volver a mirar por la ventana.

—Puedes irte, no quiero verte en unos días. A partir de ahora estarás

encerrada en tu habitación hasta que yo lo considere oportuno.

Mis piernas trémulas obedecieron a duras penas. Afuera, algunas sirvientas fingían ordenar algún mueble o entrar o salir de alguna de las habitaciones vacías. Crucé el patio como un rayo y con la misma celeridad subí hasta mi prisión para encerrarme en ella. Dentro, sabiendo que el encierro no satisfaría mi deseo de olvidar todo lo acontecido, me metí bajo de mis sábanas y dejé que la vergüenza y la pena abrieran las compuertas de un llanto desgarrador.

Después de regañarme por mi inapetencia, Kissa abandonó mi habitación cargando la bandeja de mi desayuno casi intacta en las manos. Me dejé caer entonces boca arriba en la cama y abracé mis rodillas contra el pecho. Poco antes había comenzado a caer una tenue llovizna, y las gotitas que golpeteaban el tejado se escuchaban con claridad. Me dediqué a contarlas, sin nada más provechoso que hacer para entretenerme. Pronto me distrajo el ajetreo proveniente del patio; mi tío regresaba a Alejandría, y los esclavos corrían de aquí para allá cargando con todo lo que se marcharía con él. Sentí una punzada dolorosa en el pecho al pensar en su partida. Tratando de no darle vueltas al asunto, me incorporé y abrí el postigo para permitir que entrara el inesperado viento frío de la mañana. En mi ventana salpicaba la lluvia que discurría por el tejado; saqué la cabeza por ella y aspiré el aire húmedo, llenando mis pulmones con el aroma a trigo tostado que salía de las chimeneas colindantes. Esa sencilla acción se había convertido en uno de los pocos placeres de los que gozaba desde que había empezado mi encierro, cinco días atrás. Sobre mi cabeza, el astro rey, ahora escondido tras los nubarrones; y, a mis pies, la carreta que llevaría a mi tío hasta el puerto estaba asomando por un recodo del callejón.

El carraspeo de Eurípides hizo que me volviera. Tenía la esperanza de que no acudiera a despedirse de mí; verlo abandonar mi casa me destrozaría el alma sin remedio. Me había acostumbrado a aquella presencia carismática que sobrevolaba mi hogar por las tardes, a esa voz ronca que se escuchaba casi desde cualquier parte y a las sonrisas sinceras y amplias que me dedicaba sin medida. Con un gesto de su mano me pidió que me sentase sobre mi lecho, a su lado.

—¿Creías que no iba a despedirme de ti?

—Temía que lo hicieras —admití.

Una media sonrisa se esbozó en su cara. No habíamos vuelto a coincidir

desde la noche del jardín, y el tenso recuerdo aún perduraba entre los dos. Cogió mis manos, las puso entre las suyas, y sentí el deseo irreprimible de enterrar mi cara en ellas y llorar.

—Prométeme que no te meterás en más líos, Agnódice —me dijo en un tono más serio del habitual—, prométemelo de verdad, porque me destroza el corazón marcharme y dejarte en estas condiciones tan desafortunadas. Necesito saber que vas a estar bien, pero, para que eso ocurra, debes poner de tu parte.

—Obedeciendo en todo, quieres decir.

—Sí, obedeciendo en todo, pues todo eso que te niegas a obedecer te preparará para el futuro y te hará una mujer más fuerte.

—Es fácil para ti, que solo obedeces a tus deseos.

Hizo un mohín y me apretó suavemente las manos.

—Si piensas que mi vida es fácil por ser hombre, es que no has entendido nada. No me pliego solamente a mis deseos, pues de ser así no andaría escondiéndome en los jardines de las miradas ajenas. Además, vivir lejos de mis seres queridos no es siempre lo más deseable, y son demasiadas las ocasiones en las que extraño el afecto de los míos. Por si esto fuera poco, recibo las críticas mudas de mis familiares más apreciados por realizar el trabajo que me gusta...

—No de todos.

—Es cierto, de todos menos de mi adorada sobrina. Eres la única persona que se interesa y se emociona con mi oficio casi tanto como yo.

Me abrazó con ternura durante un buen rato, y yo le demostré que necesitaba ese abrazo desde hacía más tiempo del que llevaba allí encerrada.

—Ahora prométeme lo que te he pedido.

—Lo prometo: prometo no meterme en problemas.

Asintió, complacido por mi respuesta, y después besó mi frente, un beso largo y cálido que me inundó el alma de afecto. Hecho esto, se incorporó y caminó hasta la puerta con la intención de salir.

—Tío —dije deteniéndolo antes de que abriera la puerta—, quiero que sepas que no diré nada de lo que vi en el jardín. Eso también lo prometo.

Sonrió con tristeza.

—No necesitas prometérmelo ni yo quiero pedir que lo hagas. Confío en ti como lo haría en mi propia hija, si la tuviera. Hasta pronto, Agnódice; que los dioses te protejan y sepan guiarte por el camino correcto.

Salió y yo seguí sus pasos hasta el corredor. Allí asomada, lo avisté

cruzar el patio reluciente por la lluvia y desaparecer tras cruzar la puerta del vestíbulo. Aunque la casa se quedaba con su habitual concurrencia, me sentí más sola que nunca. Entré de nuevo y me desplomé sobre mi cama. Lloré desconsoladamente hasta que mis lágrimas parecieron agotarse y al aire le costó entrar por mi nariz. En cuestión de minutos la casa recuperó su triste normalidad y el silencio se adueñó de cada esquina.

Con el ánimo por los suelos, abracé la almohada y enterré mi cara en ella. Fue entonces cuando mis dedos dieron con un sorprendente hallazgo. Con las yemas identifiqué el tacto rugoso y áspero de lo que me pareció ser papiro. Me senté, con el corazón galopando dentro de mi pecho, y extraje aquel objeto para confirmar que estaba en lo cierto. Acercándome a la luz de la ventana, lo desenrollé con sumo cuidado y descubrí que contenía tres dibujos muy detallados con un texto explicativo bajo cada uno de ellos. En todos ellos aparecía una criatura en el interior de una gestante. Solo en uno el niño ocupaba la posición correcta para nacer, mientras que en los otros dos estaba de cabeza o de nalgas. Bajo estos trazos se detallaban las técnicas precisas que debían utilizar para extraerlo en todos los casos. Tomé aire y noté como el corazón se me aceleraba aún más. Después, temiendo que los tesoros que tenía entre mis manos se pudiesen desintegrar por la mera observación, dejé que se volvieran a enrollar, y los regresé bajo la almohada.

Me arrodillé al lado de mi cama sin poder apartar la vista del lugar donde se encontraban, y así permanecí largo rato, incapaz de asimilar lo que esa posesión significaba para mí. Entonces, una sonrisa, la primera en mucho tiempo, revoloteó por mi rostro. Agradecí en voz alta el regalo más valioso que había recibido nunca, sin intuir el alcance de aquel gesto generoso y cómo este marcaría mi destino.

BAJO EL ÁRBOL

Escuché lo que parecía ser un lamento desesperado procedente de la planta inferior, y que el patio arrastraba con mucha reverberación hasta el gineceo. Kissa, que tejía junto a mí, se levantó dando un respingo y corrió al corredor para saber qué ocurría. Por lo visto, alguien había venido a informar del fallecimiento repentino de la hermana de mi abuela. Me asomé junto a ella (a sabiendas de que todavía tenía prohibido ir más allá de mi alcoba o del gineceo), y vi a mi abuela recostada en una silla, con mi madre a su lado ofreciéndole consuelo.

Esa misma tarde mi madre me pidió que la acompañara a casa de la familia de su difunta tía. Los conocimientos que obtendría acerca de la preparación del cadáver de la anciana servirían, según ella, para complementar mi educación. La idea de acercarme al cuerpo muerto de la mujer no me emocionaba en absoluto. Prefería la enfermedad a la muerte; al menos ante la primera había posibilidad de salvación. Con todo, la oportunidad de salir de mi cubículo, tras dos semanas de encierro ininterrumpido, era demasiado tentadora como para negarme.

Nuestra casa se encontraba en las faldas de la ladera norte de la Acrópolis, un enclave privilegiado y la razón por la que mi padre solía decir que recibíamos la protección directa de los dioses. No obstante, el lugar al que nos dirigíamos se encontraba cerca de la muralla norte de la ciudad, por lo que, con los dioses de nuestra parte o no, el recorrido se preveía largo. Mi madre y yo aguardamos a las puertas de la casa a que Akaikos, el joven hijo de Eudoxia, apareciera con el carro y el par de mulas que nos llevarían al encuentro de la muerte.

Abandonamos la vivienda cuando el sol se encontraba en la parte más alta de un cielo sin nubes que amenazaba con asarnos durante el trayecto. Ni tan siquiera las sombrillas que portábamos nos libraban de los chorreones de

sudor que ya corrían espaldas abajo. Akaikos tomó el sendero elevado que nos conduciría hasta la base de las escaleras que ascendían a los templos sagrados. Durante todo el tiempo se vio obligado a sortear a los viandantes que subían por las anchas escalinatas portando ofrendas para sus dioses predilectos. Desde allí podíamos escuchar el bullicio proveniente del ágora, donde a esa hora todavía permanecían los puestos del mercado. A nuestro paso, y bajo la sombra de algunos pórticos, grupos formados por niños sentados en círculo recibían las lecciones de sus maestros con vivo interés. Sentí un deseo irreprimible de lanzarme del carro y unirme a ellos en la tarea, pero abandoné mi capricho infantil al ver el rostro compungido de mi madre.

Al verla tan incómoda, le pedí al muchacho que aminorara el paso para evitar la brusquedad de los baches de la vía. Durante parte del camino no pudimos evitar las callejuelas estrechas y laberínticas (que a esas horas se encontraban atestadas de gente en un constante ir y venir a los puntos álgidos de la ciudad) hasta que Akaikos decidió avanzar por un camino menos concurrido. Poco después comenzamos a adentrarnos por un sendero serpenteante, a cuyos bordes se erguían altos cipreses y frondosos pinos que nos arrojaban su sombra como una bendición divina. Tras ellos, a nuestra derecha, el murmullo de un arroyo raquíptico reclamó nuestra atención durante un gran tramo del camino.

Mi madre apenas había hablado desde que abandonamos la casa. Se limitaba a resoplar o a quejarse por el intenso traqueteo del carro. Observé que se le marcaban las venas de la frente, de la que también rezumaban gotitas cristalinas, y que sus labios habían perdido todo rastro de color. Al darse cuenta de que tenía la mirada puesta en ella, tomó mi mano y me obsequió con una sonrisa meliflua. Desde la noche del simposio apenas había hablado conmigo. Seguía enfadada por mi actitud y me castigaba con su silencio, lo que dolía mucho más que mi aislamiento. Ahora, agasajadas por el verdor fulgurante del camino, ambas sentíamos que necesitábamos ese momento para estar a solas, alejadas de la rutina del hogar. Apoyé mi cabeza en su hombro y me dediqué a contemplar el paisaje que se abría ante nosotras.

No habíamos recorrido mucho más cuando noté que la circulación de mi mano se había detenido. Ella apretaba mis dedos con más fuerza de la que podía tolerar, lo que me obligó a retirar la mano, no sin esfuerzo. La observé llevarse las manos al vientre y bajar la cabeza con los labios apretados en un rictus de dolor. Un grito ahogado hizo que Akaikos detuviera el carro en seco. Al voltearse, su cara se quedó súbitamente pálida al encontrarse con la

angustiante escena. Fue en ese instante cuando noté un líquido caliente empaparme las sandalias. Seguí el rastro del flujo rosado y comprobé que procedía del cuerpo de mi madre, quien ya no podía reprimir su sufrimiento: estaba de parto.

—¡Akaikos, da la vuelta, debemos regresar! —grité.

El muchacho quiso obedecer, pero las mulas no, y se atascaban, rebeldes, dándose trompicones una contra la otra y haciendo bambolear el carro.

—¡Detenlas, haz que dejen de moverse así o terminarán tirándonos! —aulló mi madre.

El joven esclavo se puso en el suelo de un salto e intentó que los animales respondieran, pero las mulas, tal vez asustadas por los sonidos guturales que salían de la mujer, no parecían dispuestas a colaborar.

—No hay tiempo, hija, llévame allí —imploró, señalando un ciprés robusto a nuestra derecha.

Entre los dos la ayudamos a descender del carro, que seguía tambaleándose violentamente, y la llevamos adonde quería. Estiré mi túnica sobre el suelo y la ayudamos a sentarse sobre una roca plana que allí había, con la espalda apoyada en el grueso tronco del árbol. Parecía saber lo que hacía, o eso quise pensar; yo, por el contrario, me encontraba perdida. Miré a ambos lados del camino, pero a esa hora no había nadie por allí. Sacudí mis manos con fuerza, en un intento por recuperar su control, y observé cómo mi madre echaba la cabeza hacia atrás; luego, poseída por el dolor de quien se desgarraba desde adentro, profirió un grito aterrador que nos puso el vello de punta a Akaikos y a mí. Intenté apartarle la túnica de entre las piernas, pero las apretaba con fuerza, impidiéndomelo. La miré sin entender. Sus ojos viajaban del rostro de Akaikos al mío, y al revés. Finalmente, terminó negando con la cabeza, y yo comprendí que no quería exponer su desnudez ante el muchacho.

—Akaikos, rásgate la túnica, haz varios girones, tal vez diez, y mójalos en el arroyo. Cuando lo hayas hecho, dámelas y regresa a la ciudad en busca de un médico. ¡Corre, deprisa!

El chico obedeció a la velocidad de un rayo, mientras yo trataba de tranquilizar a mi madre, sin suerte. Cuando por fin logró girar a los animales, lo vimos alejarse dejando una densa nube de polvo tras él. Solo entonces ella se rindió a su dolor y dejó que le levantase la ropa para confirmar que, en efecto, tenía algo asomando entre las piernas.

El miedo me obligó a volver a mirar al camino para confirmar que seguía solitario y desprovisto de cualquier presencia humana. Todavía albergaba la

esperanza de que un médico apareciese de la nada, y mi ingenuidad me dio ganas de llorar y reír al mismo tiempo. Reprimí mis emociones y volví la vista hacia mi madre. El orificio de su vagina estaba muy dilatado y rodeado de fluidos rosados.

—¡Agnódice, mírame! No va a venir nadie: vas a tener que hacerlo tú.

Como no me salían las palabras, negué con un rotundo movimiento de cabeza.

—Hija, por favor, confío plenamente en ti. Sé que puedes hacerlo, ¡necesito que puedas hacerlo! ¿El niño está atravesado? Dime, ¿lo está?

Cogí un trozo de tela humedecido y refresqué su rostro y su cuello con él; con otro le limpié entre las piernas y todo lo que a duras penas pude, sin que mis manos dejaran de temblar en ningún momento. La miré y vi que se había puesto el trapo húmedo entre los dientes. Asentí sin saber muy bien qué hacer.

Por un momento intenté traer a mi mente la imagen de los papiros que me había dejado Eurípides, pero fue imposible. Mi cabeza estaba en blanco y solo podía ver el rostro adolorido de mi madre y la sangre que comenzaba a salir más roja de entre sus piernas. Miré de nuevo, acercándome más, y con los dedos menudos hurgué entre las mucosas reblandecidas; lo que veía a través de su cuerpo eran las nalgas de la criatura, no su cabeza. Hasta ese momento había creído poder encontrar algún rescoldo de entereza con el que salvar la situación; pero ahora la supervivencia de mi madre también peligraba, y la posibilidad de perderlos los dos terminó por apagarlo. El pánico se adueñó de mí y por un instante me vi tentada de echar a correr para ir en busca de cualquier persona con tal de no ser yo la que la asistiera.

—Madre, viene de nalgas. ¡No puedo hacerlo...!

—Sí puedes, Agnódice, mírame a la cara. ¡Sí puedes! Haz todo lo que creas conveniente. —Me agarró del brazo y me atrajo hacia ella—. El niño antes que yo, ¿lo has entendido? ¡Él antes que yo!

La miré, confundida.

—¡Maldita sea, hija! ¿Lo has entendido?

—Sí, madre: el niño antes que tú.

Se dejó caer y volvió a ponerse el trapo entre los dientes. Poco después, y sin darme tiempo para asimilar sus palabras, profirió un bramido que consiguió sobresaltarme. Vi que estaba empujando con fuerza, pero el bulto amoratado no asomaba más de lo que ya estaba en un principio.

Entonces, no sé qué es lo que me pasó, pero como si una luz se hiciese en las sombras de mi atormentada cabeza, empecé a vislumbrar una a una las

imágenes que durante dos semanas se habían convertido en mi obsesión. El cuerpo transparente de la mujer del papiro se superponía ahora sobre el de mi madre, ayudándome a entender el laberinto ante el que me encontraba. Introduje con firmeza los dedos dentro de la vagina, removiendo con cuidado. De este modo, comprobé que el bebé tenía ambos pies cruzados sobre el pecho. Recordé lo que me había dicho mi tío semanas antes, en la cocina, y sentí un ligero alivio, ya que, con las piernas colocadas así, tal vez tuviera posibilidades de salir con vida. Con el dedo índice, enganché uno de los pies y tiré de él hacia afuera. Se me resbalaba continuamente y me asustaba hacerle más daño a mi madre, pero seguí intentándolo varias veces hasta que la extremidad laxa del bebé quedó libre; luego hice lo mismo con la otra. Tenía las manos ensangrentadas, pero por fin habían dejado de temblar, y ahora me movía una euforia inexplicable que me impulsaba a actuar sin detenimiento. Mi madre empujó de nuevo, lo que consiguió que la criatura saliera hasta sus rodillas.

—¡Madre, ya tiene las piernas fuera! ¡Trataré de sacarlo entero!

Asintió, mordiéndose de nuevo el trapo, y yo continué tirando del cuerpo hasta que pasó de la cintura. Busqué entonces las manitas, como había visualizado en las imágenes del rollo. «Qué fácil es verlo todo a través de un papiro —me dije— y qué diferente actuar ante un cuerpo real». La parte más complicada había llegado. Ahora solo me faltaba sacarle la cabeza y, de hacerlo mal, corría el riesgo de lesionarlo de por vida o acabar con su existencia antes de empezarla. Tenía una gran responsabilidad entre las manos, y no sabía muy bien cómo llevarla a cabo. Las imágenes me aconsejaban ayudarme con objetos curvados (un instrumental con el que yo no contaba), y, tal y como estaba la situación, apenas cabía nada más entre la vagina y el bulto que salía por ella. Mis dudas me obligaron a buscar de nuevo a mi alrededor, pero Akaikos no regresaba con la ayuda: si alguien debía liberar a esa criatura de aquella mujer, y a aquella mujer de su criatura, tenía que ser yo.

Miré a mi madre y, sin saber qué me empujó a hacerlo, le hice esta pregunta:

—¿Y si es niña, madre?

—¿Qué quieres decir, Agnódice?

—Me pediste que antepusiera la vida del niño a la tuya, pero ¿y si es una niña?

Dejó caer la cabeza hacia atrás, casi sin fuerza. Segundos después, la elevó de nuevo, clavó sus ojos negros en los míos y, con una voz clara y

rotunda, me dijo:

—Por supuesto. Si es niña, también: la vida de mi hija antes que la mía.

No sé de dónde saqué la claridad que alumbró mi forma de proceder en ese momento, pero, analizando la situación, decidí probar suerte con una idea, en realidad, la única idea que se me ocurría. Agarré los tobillos del bebé y los elevé lentamente hasta que quedó prácticamente boca abajo; luego, introduciendo un par de dedos, agarré su barbilla diminuta, que se encontraba boca abajo, y tiré ligeramente de ella hacia afuera. Me frustré al ver que necesitaba asistencia y decidí contar con mi madre para eso.

—Madre, por favor, necesito tu ayuda. Coloca tu mano cerca de tu pubis y presiona justo ahí, donde el bebé tiene la cabeza.

Ella se adelantó un poco más y, en un último esfuerzo, hizo lo que le pedí. Gracias a la presión que ejercía su mano, la cabeza terminó de girar hacia el exterior, resbalándose poco a poco hasta estar fuera del todo. No me lo podía creer, pero en mis manos tenía un cuerpo morado, lleno de humores resbaladizos y con un cordón azul saliéndole de la tripa, y, pese a no saber muy bien qué hacer con él, sentí un alivio inusitado. Miré a mi madre y vi que se escurría muy despacio de la roca donde estaba sentada, hasta caer en la inconsciencia sobre mi himación. No tardó mucho en abrir los ojos de nuevo y buscar con ellos a su ansiado hijo. Lo encontró sobre mi falda, envuelto en un trozo de tela.

—Es un niño —le dije—, pero no sé cómo cortarle el cordón. No hay nada afilado por aquí. Creo que debemos esperar a que Akaikos regrese.

Me miró con ternura y llevó su mano a mi cara. Luego, se incorporó, desenvolvió al niño y lo colocó sobre su regazo; sujetó el cordón con la mano y, durante un buen rato, clavando con fuerza la uña de su dedo pulgar, fue profiriendo varios cortes en él hasta que terminó desgarrándolo el todo. Inmediatamente después, arrancó un hilo de su túnica y lo anudó con fuerza alrededor del pequeño muñón que quedó en el cuerpo del niño.

—Quita eso de aquí o atraerá a los carroñeros —dijo, refiriéndose a la placenta.

Se incorporó mejor y acarició con energía la espalda del niño, hasta que se escuchó un chillido flemoso y agudo que fue aumentando en intensidad. Lo arropó junto a su pecho y, vencida del todo, se dejó caer de nuevo con su dulce tesoro entre los brazos.

Para cuando Akaikos llegó con la ayuda, mi madre se encontraba amamantando a su hijo, tiempo que el médico dedicó a un rápido examen

físico del recién nacido.

Había empezado a oscurecer cuando nos montamos en la carreta y dejamos atrás aquel sendero arbolado y el arroyo sereno, únicos testigos de lo ocurrido, para adentrarnos de nuevo por las callejuelas estrechas y oscuras que nos llevarían de vuelta a casa.

Pese a saber que mi madre daría a luz en cualquier momento, la noticia de su parto cogió a todos los miembros de mi casa por sorpresa. Pero ni siquiera el conocimiento de mis atenciones en el parto había logrado que mi padre dedicara un solo instante a interesarse por cómo había conseguido tal hazaña. Al enterarse de lo sucedido, se limitó a asentir con la cabeza, sin mayor interés que el que pondría si en vez del parto de su esposa fuese a una de las mulas a la que hubiera atendido aquella tarde. Por mi parte, y ante el poderoso protagonismo que había cobrado la llegada del pequeño, me movía con una especie de invisibilidad que no llegaba a disgustarme del todo. Con el paso de los días se hizo necesario que me dejasen salir de mi encierro para continuar con las tareas y ayudar en todo lo posible en un hogar que había cambiado mucho su rutina. Mi madre, por el contrario, apenas salía de su habitación, totalmente volcada en el cuidado del bebé, tanto, que incluso había rechazado los servicios de una nodriza. La criatura, que había resultado especialmente llorona los primeros días, ahora apenas se escuchaba, lo que permitía que ella, y todos los que dormíamos en las habitaciones cercanas, pudiésemos descansar agradecidos.

Una ramita de olivo se mecía suavemente sobre la puerta de la casa, a bien de informar de la buena nueva a los familiares que ya se iban acercando a la ceremonia de las Anfidromías. Desde hacía cinco días mi hogar se había convertido en el lugar más dichoso de toda Grecia, y ya era hora de que todo el mundo conociese al responsable de nuestra buena fortuna.

Akaikos y yo hablábamos en la cocina mientras las esclavas revoloteaban a nuestro alrededor, sacando bandejas con comida y jarras llenas del mejor vino de mi padre al patio, ya lleno de invitados. Mientras se acercaba el momento de la presentación, íbamos probando algunos alimentos, no sin librarnos de las regañinas de Nora y Eudoxia, que llevaban el control de las bandejas.

—Todo el mundo habla de lo que hiciste, ¿no te dio miedo? —preguntó Akaikos, con la boca llena de pan.

—Claro que sí, sobre todo al principio. Sin embargo...

—Sin embargo, qué.

— Pues... que nadie me ha preguntado por mi actuación. Es como si no tuviesen la menor curiosidad por lo ocurrido.

—Les bastará con ver que todo salió bien. ¿Qué más necesitan saber?

—Sí..., supongo que tienes razón.

—Mi madre dice que muchos médicos no hubieran podido hacer lo que hiciste tú, y que fuiste muy valiente. Yo también lo pienso. Si me hubiese tocado ir a mí solo ese día no sé qué hubiera sido de tu pobre madre... Es una pena que solo seas una mujer, si no, podrías llegar a ser un gran médico, Agnódice.

Sus palabras me hirieron levemente, pero tenía razón. Tan solo era una mujer, y mi destreza e intuición en el parto de mi madre no iban a cambiar mi situación ni a aumentar mis posibilidades de ser otra cosa diferente que la esposa de Demócrito.

—Hice lo que había que hacer, pero no me preguntes cómo. Tú también actuaste heroicamente. Supongo que no te habrá sido fácil encontrar un médico en la ciudad, así de improvisado.

—¡Y medio desnudo! Mi madre casi muere de espanto cuando me vio aparecer con el chitón desgarrado...

Hacía tiempo que no hablábamos y agradecí tener un momento en el que pudiésemos charlar a solas. Desde siempre había observado algo en él que me llamaba la atención, una familiaridad en sus gestos y en su forma de hablar que ahora, a sus diecisiete años, se le destacaba más aún; con todo, no lograba identificar de qué se trataba. Comprendía por qué el muchacho se había ganado el cariño de todos los habitantes de la casa, empezando por mi padre, que hasta había invertido en su educación porque, como él mismo decía: «Si en un futuro necesitara ayudantes instruidos, prefiero que estén criados bajo mi techo». Habíamos crecido a la vez, y de pequeños incluso se nos permitió jugar juntos y compartir nuestros juguetes. Cuando fui mayor, sentí lástima por él al comprender —tal y como me habían explicado— que había nacido fruto de una violación por parte de un esclavo de la familia que, previendo su castigo, había huido del hogar al descubrir el embarazo de Eudoxia. Pese a eso, siempre había sido un niño alegre y agradecido. Ahora, prácticamente no coincidíamos en ningún lado, atareados con nuestras respectivas labores, y ese momento de complicidad con mi joven amigo me alegró el día. Viéndolo de cerca, constaté que ya estaba cerca de lucir las plenitudes de su masculinidad,

con una musculatura incipiente, consecuencia de su formación atlética y de las tardes que pasaba sirviendo a mi padre en sus terrenos extramuros. Sin lugar a duda, era un trabajador diligente y yo tenía la suerte de haberlo comprobado la tarde en que nació mi hermano.

El olor de la madera quemada nos distrajo de nuestra conversación, conque seguimos su rastro hasta el patio, donde ya se encontraba una treintena de personas hablando a viva voz alrededor de la pequeña hoguera. Atravesamos el gentío hasta colocarnos en primera línea, junto a mi prima Maia y sus padres y hermanos. Maia y yo nos cogimos de la mano cuando las voces se fueron atenuando hasta desaparecer. La puerta del gineceo se abrió entonces, y de allí emergió mi padre con su pequeño hijo entre sus manos. Se acercó a la baranda del corredor y, elevándolo en el aire, lo mostró al público. Un aplauso fervoroso estalló de pronto, lo que desató en el pequeño un llanto agudo y desesperado. Después, bajó lentamente por las escaleras y comenzó a andar alrededor del patio, con el niño en posición horizontal pegado al pecho. Los familiares se miraban unos a otros, entusiasmados, y las mujeres le lanzaban besos al niño. Cuando terminó de dar la vuelta completa, se abrió un pequeño pasillo entre la multitud, a través del cual mi padre comenzó a pasar hasta colocarse en el centro del espacio. Allí se agachó y acostó al bebé sobre el suelo, al lado de la hoguera que habían encendido para la purificación del hogar.

—Príamo de Atenas, hijo de Tersipo: así se llama mi hijo.

La gente aumentó la fuerza con la que aplaudía, hasta crear un bullicio insoportable que ahogaba el sonido del llanto de mi hermano. Maia me miró con los ojos humedecidos mientras aplaudía. Al echar la vista hacia arriba, pude ver a mi madre en el corredor, con la cara surcada por las lágrimas y las manos cruzadas sobre el pecho. Una vez la ceremonia de aceptación física de mi hermano hubo terminado, los hombres se separaron en pequeños grupos para dar buena cuenta del banquete, mientras las mujeres se turnaban para tomar al pequeño en brazos.

En una de las esquinas del patio la familia había ido poniendo los regalos traídos para el pequeño: peonzas, sonajeros en forma de animales y hasta un orinal conformaban lo que, en su mayoría, eran juguetes y útiles para el bebé.

—Eso me recuerda que dentro de poco tendré que despedirme de mis juguetes. El día de mi matrimonio deberé ofrecérselos a Artemisa... no sé si estaré preparada —dijo Maia con tristeza, al encontrarme contemplando la pila de regalos—. ¡Vamos, mi madre va a darle su regalo al pequeño Príamo!

Rodeada de mujeres que la apremiaban con preguntas curiosas acerca de todo lo acontecido aquel día, encontramos a mi madre. Cuando me vieron aparecer, apagaron sus voces, clavaron sus ojos expeditivos en mí y comenzaron a preguntarme todo aquello que se les iba ocurriendo. Querían saber cómo fui capaz de llevar a cabo un acto tan complicado, de dónde saqué el valor o quién me había enseñado a actuar de aquella manera. Mi abuela, al verme agobiada, atajó la situación sin diplomacia.

—Dejemos a mi nieta y a mi hija tranquilas. Todavía no se han recuperado del susto, no las atosiguéis más aún. ¿Quién más va a ofrecer regalos?

Mi tía Galatea se acercó con algo envuelto entre las manos y lo puso en la mano de mi madre. Era un pequeño saquito de tela que contenía algo en su interior.

—Es un filakto, debes cosérselo en su ropita, sobre el omóplato izquierdo. Lo protegerá de todo peligro, sobre todo del mal de ojo.

Mi madre sostuvo largo rato una mirada pesarosa sobre aquel objeto, y luego, sin demudar aquella expresión, desvió la vista hacia su hijo. De repente, y ante la mirada atónita de las mujeres, estalló en un llanto desconsolado. Mi abuela se levantó como un resorte y dispersó al grupo, que ya se disponía a iniciar otra sarta de preguntas poco convenientes. Luego la tomó del brazo y la acompañó, todavía sumida en un llanto sin consuelo, hasta su habitación, donde se quedó con ella el resto de la tarde.

LA MALDICIÓN

Los días pasaban y el estado de ánimo de mi madre no parecía mejorar. Ni siquiera la tuka quiso hacerle efecto, lo que, a mí, que conocía bien el poder de la raíz, me sorprendió sobremanera. Así pues, se pasaba los días encerrada, sin querer hablar con nadie y sin apenas probar bocado. Cada vez que acudía a verla la encontraba con la mirada perdida u observando al pequeño, que casi nunca estaba en otro lugar que no fueran sus brazos. «Suele ocurrirles a las parturientas. Ya se le pasará», me respondía mi abuela cada vez que hacía referencia al estado de su hija. Mi padre, más preocupado de lo que jamás lo había visto, no sabía qué más hacer para devolverle la alegría, así que ahora se ocupaba de purificar la casa con sacrificios y rituales que parecían no acabar nunca.

Una noche decidí acompañarla un rato antes de irme a dormir. Eudoxia, que salía por la puerta portando una bandeja con los alimentos intactos sobre ella, me dirigió una mirada de extrema preocupación. Al entrar encontré a mi madre sentada en su silla, a mi izquierda, de espaldas a la puerta. La habitación olía a una mezcla entre especias y sudor, e intenté recordar cuántos días hacía que no la veía salir de allí. Me acerqué y me pareció que no respondía ante mi presencia, ni siquiera cuando besé su frente. Intenté conversar, pero no hubo manera de que de su boca saliese ningún sonido que no fuesen los suaves chasquidos de la lengua cuando el bebé hacía algún movimiento. Después de un rato en el que no logré arrancarle una palabra, me dirigí a la puerta con la intención de salir.

—No va a sobrevivir —me dijo.

—¿Por qué dices eso, madre? ¿Está enfermo?

Me acerqué de nuevo y me agaché a su lado. Entonces, retiró el cobertor que lo envolvía y pude ver con horror como el pequeño no era más que un amasijo de huesecillos del que solo destacaba un vientre muy hinchado.

Aunque estaba despierto, apenas se movía. Mi madre me miraba fijamente, como si al mirar mis ojos temiese encontrar en ellos la confirmación de sus sospechas; y debió encontrarla, pues fue incapaz de reprimir un llanto desolador.

—Ya no quiere mamar, lleva así desde ayer... no expulsa sus desechos. ¿No lo ves, Agnódice? Lleva la muerte en la cara... ¡Mi pequeño lleva la muerte en la cara!

Intenté calmarla, pero no supe cómo. A estas alturas lo normal sería que el bebé fuera una masa rosada y regordeta, repleta de salud; sin embargo, la criatura que tenía en sus brazos distaba mucho de esa descripción.

—Le diré a padre que traiga al médico.

—¿Para qué? Dime, hija, ¿qué podrá hacer el médico en esta ocasión que no haya podido hacer las anteriores?

—¿A qué te refieres?

Me miró como si no comprendiera mi pregunta.

—Oh, Agnódice, tiene el mismo mal que los otros, míralo: la carita consumida y sin mostrar ninguna emoción, la barriga hinchada... no come, ¡no come! ¡¿Cómo va a sobrevivir así?!

Lo apretó fuertemente contra su pecho, como si quisiera traspasarle la vida que a él parecía escapársele, y no supe, por primera vez en mucho tiempo, qué decirle para que se sintiera mejor.

El médico entró una hora más tarde junto a mi padre, y ambos me pidieron que saliera. Una vez afuera, Eudoxia y yo pegamos el oído contra la madera de la puerta, pero el llanto ahogado de mi madre hizo imposible que pudiésemos discernir nada de lo que allí se dijo. Poco después, los hombres salieron y juntos caminaron hasta el patio mientras el experto iba recomendándole una ristra de hierbas que debía mezclar con leche de cabra como el mejor de los remedios para nutrir el débil cuerpo del niño.

Asida a esa esperanza, durante días mi madre intentó darle lo recomendado a Príamo. Sin embargo, las pequeñas cantidades que depositaba en su boca con el biberón de cerámica eran escupidas de inmediato, sin apenas saborear la leche. Si lograba tragar alguna cantidad, la regurgitaba inmediatamente, de manera que las esperanzas de mi madre, y las de todos, siguieron decayendo. Por todo ello, e inevitablemente, el anhelo de la recuperación de mi hermano se transformó en un doloroso espejismo.

Una mañana, mientras teñíamos el hilo en el gineceo, unos gritos

encolerizados nos obligaron a acudir al corredor. Eudoxia se encontraba en el patio, y mi madre, frente a ella, la increpaba a gritos.

—¡Has sido tú! ¡Tú has escondido el *filakto*! Devuélvemelo. ¡Devuélvemelo inmediatamente!

Eudoxia la miraba horrorizada.

—Oh, ama, ¡no sé a lo que te refieres, lo juro! Yo no le he cogido el amuleto del niño, de hecho, ni siquiera lo he visto...

Mi abuela se encaminó escaleras abajo, arrastrando con ella la única muesa cordura que quedaba en la casa en ese momento.

—Sí, ¡has sido tú, lo sé! Tú me odias, esclava desagradecida. Siempre me has envidiado y por eso estás matando a mis hijos. ¡Estoy segura!

Tras decir esto, sujetó a Eudoxia fuertemente de los brazos y comenzó a zarandearla.

—¡Por favor, Melitta, ayúdame! —imploró la esclava, presa del pánico, viendo como se acercaba mi abuela—. No sé qué quiere decir tu hija. ¡Por los dioses que digo la verdad! ¡No sé qué le ocurre!

Mi abuela tiró del brazo de mi madre, mientras esta seguía encontrando razones para amonestar a su esclava personal.

—Vete de esta casa, Eudoxia, ¡vete y no vuelvas! —le dijo, soltándola de los brazos por fin—. Sal de aquí y llévate contigo el amuleto, si quieres. Bien saben los dioses que te hará más falta a ti que a mi pequeño.

Se liberó de mi abuela y subió tambaleándose por las escaleras para encerrarse de nuevo tras un portazo atronador. La casa parecía haberse congelado por un momento. El único movimiento era el de las miradas atónitas de los esclavos que habían acudido alertados por los gritos. Finalmente, Eudoxia estalló en llantos cuando mi abuela, viéndose incapaz de hacer otra cosa, la mandó a acatar la orden dada por mi madre.

La noche estaba bien entrada cuando mi padre llegó y se enteró de lo ocurrido. No dijo nada, tan solo acudió a la cocina para hablar con la esclava y, cinco minutos después, salió, pidió que le llevaran una jarra de vino al andrón, y se encerró allí.

Poco después Eudoxia y su hijo, con sus escasas pertenencias en las manos, cruzaron el patio hacia la salida. Los años dedicados al cuidado de mi madre parecieron llegar a su fin tras aquel repentino brote de ira. Yo los contemplaba, sentada en los escalones que bajaban al patio central. Cuando vi que iban a salir, me puse en pie.

—¡Akaikos, espera!

Bajé las escaleras a toda prisa y lo alcancé en el vestíbulo.

—¿Qué es esto? —dijo Akaikos al ver lo que le ponía en la mano.

—Es un chitón nuevo, lo he tejido para ti. Es mi forma de agradecerte tu ayuda aquel día.

El muchacho lo miró y acarició el suave paño con la mano que tenía libre.

—Es demasiado para mí, Agnódice. No hacía falta... de verdad... —dijo, haciendo ademán de devolvérmelo.

Mientras hacía esto, lo miré bajo la antorcha prendida que teníamos sobre nuestras cabezas. La luz y la sombras que se formaban en su cara —de color algo más clara que la de su madre—, remarcaban un hoyuelo singular en su barbilla. Eso, unido a los ojos extrañamente claros que tenía, me revelaron el misterio que rodeaba siempre su presencia. «¡Qué necia he sido!», pensé al verlo con los nuevos ojos que me brindaba la madurez.

—No, Akaikos, es para ti y quiero que te lo quedes.

—Bien..., gracias. Pero quiero que sepas que mi madre no tiene nada que ver con la desaparición del amuleto. Ella dice no haber hecho nada malo, y yo la creo.

Eudoxia tiró de él por el brazo.

—Vamos, hijo. La noche está oscura y debemos llegar extramuros. Adiós, Agnódice, espero que los dioses consigan que el pequeño se recupere pronto. Oraré por él todos los días y todas las noches —dijo deshecha en lágrimas.

Entorné los ojos para afinar la vista. La manera de andar del muchacho terminó por confirmar mis oscuras sospechas. De este modo, sin dejar de observarlos, los seguí hasta la calle para ver como la esclava abatida y el hijo de Tersipo eran tragados por la oscuridad de la noche.

Un halo de incertidumbre invadió cada rincón de mi casa durante esos días. El médico trabajaba incesantemente para complacer a mi padre, que, en su desesperación, y en vistas de que este no daba con la solución a la enfermedad que consumía al pequeño, había mandado una misiva urgente a Alejandría en busca de un remedio extranjero que pudiera salvarle de su cruel destino. Nada parecía funcionar. Una semana después, la carta de respuesta llegó a mi casa traída por un mensajero venido directamente del puerto. Se lo arranqué de las manos y comencé a leer las letras familiares de mi tío. Tras apenarse por el estado de mi hermano, aconsejaba una mezcla de varias hierbas —que, según él, teníamos en nuestra despensa—, a modo de suave purgante, y sugería prudencia, ya que excederse en la dosis podría resultar

letal para un ser tan frágil.

Fui hasta la cocina con esa nueva esperanza entre las manos. Al entrar, encontré a mi padre sentado a la mesa con a un vaso humeante. A esa hora solía estar al tanto de sus negocios o en los templos del ágora, así que su presencia allí no presagiaba nada bueno. Me acerqué a él sin disimular mi emoción. Parecía estar en medio de profundas deliberaciones internas, y ni siquiera mis pasos lo distrajeran de estas.

—Padre, ha llegado un mensaje desde Alejandría: ¡son buenas noticias!

Solo mis palabras parecieron sacarlo del aturdimiento. Extendió su mano para recibir el rollo de papiro; luego, como sin voluntad, lo desenrolló para leerlo por encima. Volvió a dejar que se enrollara, se levantó, abrió el hogar de leña y arrojó el manuscrito al fuego. Acto seguido, salió de la cocina sin articular palabra, dejando tras de sí el sonido seco de la puerta principal al cerrarse.

Un escalofrío me heló las venas y eché a correr escaleras arriba.

Abrí muy despacio la puerta el cuarto de mi madre. Allí todo era oscuridad (como siempre últimamente), y sentí miedo de entrar a profanar el silencio reinante. Junto a mí entró un chorro de luz polvorienta que, presurosa, atravesó la estancia y dejó entrever el contorno de la cabeza de mi madre, sentada en su butaca. Me acerqué sin emitir ningún sonido, por si dormía, y ella me miró. Estaba serena, pero con el gesto deshecho por la pena. Señaló con la cabeza la pequeña cunita donde descansaba mi hermano y yo me acerqué a ella. El pequeño yacía sin vida, pálido y totalmente desnudo sobre sus sábanas revueltas.

—¿Crees que estoy maldita, hija? —dijo con un hilillo de voz apenas audible.

Sentí el deseo irrefrenable de ofrecerle consuelo. Me arrodillé frente a ella, tomé sus manos y noté que tenía un puño fuertemente cerrado. Lo abrió y liberó el filakto que encerraba.

—Estaba debajo de mi cama. Debió caérsele al niño en un descuido, y yo culpé a mi fiel criada. Ahora los he perdido a los dos, y todo por la maldición que llevo encima.

—No, madre, no creo que estés maldita. Eres demasiado buena; los dioses jamás te castigarían de una forma tan cruel. Esto son cosas que ocurren...

—Pues yo creo que sí. Es la única explicación que encuentro para tanto castigo. Es evidente que no soy digna de tu padre, y ahora me abandonará por otra mujer que sí pueda darle un heredero. Cualquier mujer podría hacerlo...,

excepto yo.

—No sabes lo que dices. Por favor, no hables así, ¿me estas asustando!

—Yo sabía que esto iba a suceder y lo encubrí. —Continuó hablando como si yo no estuviera allí—. No debimos hacer la presentación en sociedad del niño, pero tenía miedo de insinuarle a tu padre mis sospechas de que el niño estaba enfermo y que, al igual que sus hermanos antes que él, no creía que pudiera sobrevivir. Y, ya ves..., he sido castigada por ello. Los dioses son implacables con las personas como yo.

Pareció verme por primera vez desde que entré allí. Tomó aire por la nariz y sacudió la cabeza varias veces.

—Así debe ser, ¿no, hija? No pienso resistirme a mi destino, ya no. Ahora, ve a avisar a tu abuela: necesito que tú y ella me ayudéis con los preparativos del cuerpo y del entierro.

Con un movimiento rápido de la mano me echó de allí, y volvió a sumirse en la oscuridad de su cuarto y de sus pensamientos.

Dos noches después tuvo lugar en entierro. Mi padre rehusó usar el carro para transportar el diminuto ataúd de mi hermano, y prefirió llevarlo en brazos hasta su última morada. La larga Vida Panatenaica estaba llena, cuan ancha era, por las ancianas y plañideras, los hombres y citaristas, a la vanguardia de la comitiva, y por el resto de las mujeres, incluida mi madre, en la parte trasera. El cielo se había cubierto a última hora de la tarde por unos nubarrones tan grises que parecían compartir nuestro ánimo, y se podría decir que formaban parte del cortejo fúnebre, pues nos acompañaron durante todo el trayecto. Más de una hora después cruzamos los muros de la ciudad y dejamos atrás el barrio de los alfareros para adentramos en la Necrópolis. Un fuerte viento había comenzado a arreciar a mitad de camino, pero era ahora, en medio de la vegetación del lugar, donde se mostraba más amenazador. La mayoría de las antorchas se apagaron de golpe, y solo permanecieron prendidas dos de ellas, suficientes para iluminar el nicho donde reposaría mi hermano.

Tras la ceremonia, mi abuela depositó el lutróforo vacío sobre el sepulcro y, también sobre este, mi madre colocó uno a uno los juguetes que su pequeño jamás llegó a usar. Se arrodilló y apoyó la frente sobre el frío mármol. Movía sus labios frenéticamente, por lo que deduje que estaría orándole a Caronte para que acompañara a su hijo en el largo trayecto que le esperaba hasta llegar a las Islas de los Bienaventurados. Entonces, y por un breve instante, la noche desapareció y se hizo el día. El formidable estampido de un trueno vino

inmediatamente después y, tras este, acaeció una abundante lluvia que golpeó contra los asistentes como pétreos proyectiles. Todo el mundo corrió a buscar refugio donde pudo, menos mi madre, que continuó en la misma posición, como si el agua, el viento o el frío no pudieran provocarle un daño mayor que el que ya sufría.

Yo me mantuve en mi posición, a su espalda, aterida por el frío y por un miedo exorbitante. Fue entonces cuando sentí el calor de unos brazos que me rodeaban. Por primera vez desde que el niño había nacido, sentí que mi dolor se tenía en cuenta y que alguien se ocupaba de calmarlo mediante gentiles caricias. Agradecida por esto, abrí las compuertas al dolor y permití que las lágrimas comenzaran a afluir por mis mejillas. En medio de la batalla que tenía lugar entre el cielo y la tierra, me encontré depositando sobre los hombros de Maia toda la rabia, la tristeza y el cansancio acumulados por semanas. Y durante ese efímero momento, volví a ser consciente de mi propia existencia, aunque fuese la pena inmensa por la pérdida de mi hermano la que tuvo que venir a recordármela.

FUEGO Y ARMAS

A mediados de otoño mi madre todavía no había superado del todo su melancolía; entretanto, los demás usábamos el trabajo como lenitivo y como único medio para restaurar el orden en nuestro hogar y volver así a la cómoda rutina. Reconozco que, pese a los últimos hechos acaecidos, nada me hacía presagiar el cambio que daría la vida que yo conocía hasta entonces.

Aquella tarde de mediados de *memacterión*^[6] la lluvia quiso dar una tregua que yo aproveché para salir al jardín. Llevaba toda la mañana enseñando el modo de moler el trigo a dos jóvenes esclavas, y me dolían la espalda y el cuello. Un tenue rayo de sol corrió a iluminar la franja del jardín por la que pasaba, y las gotitas de rocío que había sobre las hojas resplandecieron como gemas preciosas. Aspiré una gran bocanada de aire y me regocijé con el olor de la tierra húmeda. Pero todos aquellos placeres mundanos se esfumaron cuando escuché lo que bisbiseaban algunas esclavas, ajenas a mi presencia allí. El deteriorado estado físico en el que se encontraba mi madre era la causa de aquella indiscreción suya. Y no podía culparlas. Nuestra casa se transformó en un páramo triste y desolado cuando Átropos decidió cortar el hilo de la vida de mi hermano con sus abominables tijeras. A partir de ese día, mi madre se encerró en su habitación y se negó a recibir visitas, sumida en una tristeza profunda de la que nadie parecía poder rescatarla. Dos semanas atrás, mi padre había entrado en la habitación de su esposa y allí había permanecido durante horas. Nadie sabe qué le dijo ni de qué manera la convenció; pero, a partir de ese día, decidió terminar con su encierro voluntario y reiniciar todas sus obligaciones.

Durante todo ese tiempo ninguno de nosotros la había visto más allá de las tinieblas de su habitación; por eso, la mañana que decidió salir y exponerse a la luz del día, advertimos su nuevo aspecto con manifiesto asombro. Llevaba el cabello tan corto como cualquier esclava de la casa y era evidente que ella

misma se lo había cortado. La piel de su rostro había quedado desprovista de grasa, y sus pómulos, que otrora destacaban sensuales, ahora se le marcaban angulosos. Sus ropajes negros le conferían una apariencia siniestra y, viéndola descender las escaleras, me vi en la obligación de aguzar la vista para cerciorarme de que era mi madre, y no una de las Grayas, la que andaba nuevamente entre nosotros.

La presencia de Akaikos en el interior del patio me distrajo de esos angustiosos recuerdos. Cargaba un saco de grano que traía desde las tierras de mi padre, y se disponía a descargarlo en la despensa cuando corrí hasta él para saludarlo. Durante un rato pudimos ponernos al día acerca de nuestras vidas. Así, supe que mi padre había dejado que se alojara junto a Eudoxia en una de sus propiedades extramuros, donde trabajaba por las tardes en sus tierras. También supe que dedicaba las mañanas a recibir clases de álgebra en el ágora, gracias a que mi padre retribuía a un maestro por este servicio. De alguna manera era evidente que para mi padre el chico había supuesto una inversión demasiado costosa como para cometer la imprudencia de deshacerse de él; a fin de cuentas, aunque no lo hubiera reconocido y jamás llegase a ser un ciudadano ateniense, era su único hijo varón. Tras despedirnos, lo vi partir de nuevo hacia sus quehaceres en el ágora y lo envidié secretamente, a él y a la vida que llevaba más allá de los lindes de mi casa, tan libre y ajeno al dolor de mi familia y, sobre todo, tan afortunado por la oportunidad de estudiar que a mí, por ser mujer, se me había negado.

Decidí, de muy mala gana, que ya era hora de reincorporarme al trabajo, pero, justo en el momento en que iba a salir hasta allí, mi madre y mi abuela entraron en la cocina con un cuchicheo sospechoso que atrajo toda mi atención. Una corazonada me hizo agacharme detrás de una de las altas ánforas de la despensa, tratando de no ser vista. Las voces se oían casi apagadas, aunque incluso así pude entender de qué hablaban.

—¿Y cuándo se lo piensas decir, Aspasia?

—Nunca. No puede saberlo. Es una solución drástica que ella no comprendería, lo sé; sé cómo es y que lo cuestionaría todo hasta hacernos perder la paciencia a todos en esta casa. En su momento, cuando madure lo suficiente, se lo diremos. Tal vez entonces pueda entender que fue la mejor opción que pudimos tomar.

—No es justo para ella y lo sabes, hija.

—¿Y qué es justo en este mundo, madre? A veces hay que actuar de

espaldas a lo que es apropiado... para nosotras.

—Sí, ya lo sé. Pero incluso así...

—De momento hablaré con ella para comunicarle la noticia. Su padre ha acudido al ágora para hablar con Demócrito. Debido a los cambios, la dote ha aumentado considerablemente, lo que ha supuesto un esfuerzo importante por parte de Tersipo. Desprenderse de una de sus propiedades mas rentables es algo doloroso para él, que duda cabe.

—Lo vi salir muy nervioso esta mañana.

—¡Y es lógico! No es algo fácil lo que pretende pedirle a Demócrito, aunque confío en que la amistad que une a su familia con la nuestra sea motivo suficiente para que acepte las nuevas condiciones.

—Yo también creo que aceptará. Por todos es sabido que Demócrito pertenece a una familia sedienta de poder y bienes, y no despreciará una proposición que lo acerque a la supremacía que busca. Lo que me preocupa no es eso, sino cómo se tomará Agnódice el hecho de adelantar la boda a este invierno. Sabe todo lo que una esposa debe saber y, con todo, no la encuentro preparada...

Las palabras que salieron por la boca de mi abuela me helaron la sangre en el acto. Mis rodillas cedieron hasta que me quedé de rodillas, a ras del suelo, golpeando con una de ellas la hidria tras la que me escondía. Esta empezó tambalearse, amenazando con derramar toda el agua sobre el suelo. Entonces alguien abrió la puerta de la despensa con cautela, y por su sombra adiviné la figura de mi abuela. Tras echar un vistazo rápido, volvió junto a mi madre, que continuó diciendo:

—Sí, está preparada, madre. Lleva estándolo desde hace tiempo. Además, su prima también se casará este invierno y eso la animará y la ayudará, aunque sea por imitación. ¡Oh!, a veces me gustaría que las cosas con Agnódice fuesen tan fáciles como lo son con Maia; sin embargo, con mi hija debo negociar por horas si quiero que obedezca a cualquier cosa que se le pida que haga. —Dio un profundo suspiro y luego escuché como arrastraba la silla para incorporarse—. Ahora debo buscarla para darle la noticia. ¡Qué Hestia me acompañe en mi cometido!

Salí reptando de la despensa por la puerta trasera que daba al patio. Luego, eché a correr hasta la calle y seguí avanzando, sin ningún propósito en concreto, hasta llegar a las afueras de mi barrio. Continué precipitadamente, dejándome llevar por el desasosiego que me había causado la noticia. Al rato estaba bajo las escalinatas que ascendían hasta la Acrópolis. El aire frío de

principios de la estación húmeda había apartado de las calles a los viandantes, y en ese momento la subida hacia los templos sagrados estaba prácticamente desierta. Me senté en el primer escalón tratando de decidir si volver a mi casa o seguir corriendo hacia ninguna parte. Tal vez fuese la necesidad de protección lo que me llevó a subir los anchos escalones, de dos en dos, como si con cada pisada me alejara más y más de mi familia y de lo que conllevaría volver atrás.

Los dos soldados que había a la entrada de la Acrópolis se vieron obligados a detener su conversación al percatarse de que alguien venía subiendo. Después de echarme una mirada indiferente, continuaron con su charla, y yo crucé los Propileos sin mirar atrás. Continué andando hasta dejar a mi derecha el templo de Artemisa y, a mi izquierda, la enorme figura de Atenea Promacos. Casi sin aire, por lo rápido que había corrido hasta allí, no sabía muy bien a cuál de los dioses encomendarme. Una lluvia generosa pareció tomar la decisión por mí, y eché a correr hacia el Partenón para guarecerme de ella. Al atravesar las ocho columnas de su entrada, comprobé algo contrariada como varias personas se encontraban colocando sus ofrendas a los pies de la figura de Atenea Partenos. No quería testigos de la conversación que tendría con ella, así que caminé hasta uno de los laterales del templo y decidí esperar allí a que abandonaran el lugar. Permití, entonces, que mis pies se resbalaran hasta quedarme sentada con la espalda apoyada en una de las robustas columnas del peristilo. Solo al contacto con el mármol del suelo fui consciente del intenso cansancio y frío que sentía. Abracé mis rodillas en busca de calor y apoyé la barbilla sobre ellas para contemplar, maravillada, el coloso dorado que refulgía a la luz de las antorchas.

No sé cuánto tiempo llevaría así cuando un intenso ruido me sacó del embebecimiento. Primero fue un crujido seco pero lo suficientemente intenso como para alarmarme. Alcé la vista y comprobé que la sala ya se encontraba vacía. «Tal vez haya empezado a tronar», pensé, llevando la vista hacia la entrada. Pero, sin darme tiempo a comprobar mi suposición, el rugido se hizo mucho más violento, tornándose casi intolerable a mis oídos. Cuando ya estaba dispuesta a incorporarme para salir de allí a toda prisa, entendí que lo peor aun no había llegado: la estancia comenzó a tambalearse y del techo y columnas que me rodeaban cayeron cascotes tan grandes como perros. Decidí hacerme un ovillo para protegerme de lo que quiera que estuviese ocurriendo.

Lo siguiente que vi me dejó sin respiración: la diosa elevó su pie derecho

de la base donde se encontraba apoyado, y sus brazos perdieron toda rigidez y comenzaron a moverse también. Cuando su cuello giró, lo hizo en mi dirección. Sus ojos enormes envueltos en kohl parecieron dar con lo que andaban buscando. Intenté ponerme en pie para salir corriendo, pero mis piernas no querían obedecer, y no me quedó más remedio que seguir mirándola, indefensa, con los ojos tan abiertos que me escocían. Cuando por fin puso uno de sus pies en el suelo, provocó una vibración tan violenta que hizo que mi cuerpo se elevara algunos palmos del piso. Bloqueada por el estupor, me obligué a parpadear con fuerza para asegurarme de que no era una alucinación aquello que tenía ante mí. Finalmente, la mujer de marfil y oro se agachó para depositar sobre el suelo a la Niké, la lanza y el escudo que sujetaba, y se volvió enteramente hacia mí.

—Vamos, Agnódice, acércate. —Su voz retumbaba en las paredes produciendo un potente eco, pero su acento era amable—. ¿O acaso temes a la diosa que protege a tu ciudad?

—No, cla... claro que no —balbucí, sujetándome al último adarme de valor que debía quedarme.

—Tendrás que elevar la voz si quieres que te escuche. Vamos, levántate y acércate a tu diosa preferida.

Su tono íntimo y sereno me atrajo hacia ella. Como si fuera presa de un hechizo extraordinario (algo que no me parecía descabellado en ese momento), no tardé de encontrarme tan cerca de sus sandalias que podía tocarlas, aunque no me atreví. Muy despacio, levanté mi cara hasta el techo y allí encontré su rostro circunspecto mirándome con atención.

—¿Y bien? —me dijo.

Entonces, comencé a hablar.

—Necesito tu ayuda y tu protección ahora más que nunca. Quieren que me case cuanto antes y por eso adelantan mi matrimonio un año. ¡No es justo! Aún no me había hecho a la idea de que el año que viene me desposaría con un extraño... ¡y ahora esto...! ¡Por favor, ayúdame!

Sus cejas gigantescas se enarcaron.

—Y ¿por qué crees que yo podría ayudarte, Agnódice?

—Porque tú eres como yo: rechazas el matrimonio. ¡Ni siquiera tienes hijos! Puedes tener una vida sin ataduras y además ser venerada por ello. ¿Por qué yo no? ¿Por qué debo aceptar lo que otros ya han decidido para mí? Tú eres la diosa de la sabiduría y sé que me entenderás cuando te diga que yo quiero dedicarme a la ciencia y al cuidado de los enfermos, buscar la cura de

sus males... Mi deseo no es casarme y ser madre, sino consagrar mi vida a la Medicina. Si me caso, jamás podré conseguirlo. ¡Jamás!

Se recogió el peplo hasta las rodillas y, muy despacio, fue agachándose hasta quedarse sentada en su pedestal, sobre el que descansaba su lanza y desde donde una serpiente enhiesta me dirigía una mirada que se me antojó amenazante.

—Permíteme entender: deseas tener los privilegios de una diosa. ¡Sin duda tienes un alma ambiciosa, Agnódice! Cada día debo escuchar los ruegos de tus iguales. Muchas me piden deseos nobles, como que acabe con las injusticias que asolan sus vidas (el hambre, la enfermedad y las penurias propias de la pobreza que las acecha); otras ruegan por deseos más fútiles, como que detenga su lento marchitar y les devuelva la juventud con la que atrajeron a sus esposos. Por su parte, ellos imploran para obtener más poder y prestigio... Pero no muchas mujeres me han pedido lo que tú. Me sorprendes, pero ignoras que con tu pretensión también me estás pidiendo que desoiga las plegarias de tus padres para superponer las tuyas. ¿Acaso eso no sería también una injusticia? No dudo que tus ansias por ser médica ejerzan una poderosísima influencia sobre tus acciones, de no ser así no habrías llegado hasta aquí. Pero no será tan fácil como ponerte a mis pies y pedir lo que deseas. No para ti, Agnódice. Tú deberás luchar por ello. Como ves, yo tengo mi escudo y mi lanza listos para la batalla. ¿Con qué armas cuentas tú?

En mi garganta se empezó a formar un nudo que me impedía respirar, de esos que solo el llanto deshace. ¿Qué qué tenía yo? ¿Acaso le pedía armas para luchar? ¿De qué batalla me hablaba? No entendía qué es lo que quería decirme, y mi frustración demudó en una ira imposible de contener.

—Entonces ¿no vas a ayudarme? ¿He escapado de mi casa y subido hasta aquí para buscar tu consejo y tu amparo para nada?... Puedes proteger a una ciudad entera, ¿pero no salvar a una sola muchacha del despreciable e insulso futuro que le aguarda? ¡Pues vaya diosa!

Los ojos de Atenea se entrecerraron, y por un momento me pareció que sus labios rojos sonreían; acto seguido se incorporó, haciendo crujir el marfil de sus piernas de tal modo que tuve que taparme los oídos y retroceder varios pasos. Sin apartar sus ojos magníficos de mí, dejó caer su peplo dorado, recogió a la diosa alada, el escudo y la lanza, y se colocó de nuevo sobre su pedestal.

—Un día el fuego aparecerá ante ti, Agnódice; sigue su rastro y él te mostrará tus armas. Con ellas te estarás preparando para la batalla que te

espera, y tal vez así puedas cumplir tus deseos. Volvió a mirar al frente, con la mirada clavada en la entrada del templo, y todo su cuerpo regresó a su pétrea composición.

—¡Espera! ¿Qué quieres decir con eso? ¿A qué fuego te refieres? —grité.

La diosa ya no contestó; no obstante, un silbido extraño seguía oyéndose a su lado, donde un movimiento ondulante atrajo mi atención. La serpiente que descansaba junto a su escudo comenzó a enrollarse alrededor de la lanza, sin dejar de mirarme, mientras su lengua viperina lanzaba gotas de veneno sobre mi rostro. No oía su voz, sin embargo, vi que pronunciaba las palabras: «Abre los ojos, Agnódice». Y así, enrollada en la lanza, también se transformó en roca.

—Abre los ojos, por favor, Agnódice, ¡ábrelos!

Akaikos me estaba zarandeando por los hombros cuando desperté. Tenía el rostro angustiado y del pelo le escurrían gotitas de agua que caían sobre mi cara. Me incorporé, tambaleándome, y miré alrededor. Solo entonces comprendí que me había quedado traspuesta. El sacerdote de la diosa, acompañado de dos esclavos, recogía las ofrendas, y de vez en cuando me dirigía una agria mirada. No supe cuánto tiempo llevaba allí hasta que el muchacho me sacó de dudas.

—No tardará en hacerse de noche y todo el mundo te está buscando. ¡Vamos, salgamos, debemos volver a tu casa!

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Porque te vi pasar por mi lado cuando me dirigía hacia el ágora. También te vi subir por las escaleras hacia aquí. Al volver a tu casa, el amo me mandó a buscarte. Está muy preocupado.

Sabía que era solo un eufemismo; estaría furioso, pero no preocupado. Antes de salir, me volví para echar una última mirada a la divinidad. Su rostro no mostraba la más mínima señal de vida; con todo, la experiencia había sido tan real para mí que aún podía notar el corazón agitado dentro del pecho.

—Toma, hace mucho frío —dijo Akaikos, ofreciéndome su himatión—. Ahora, bajemos cuanto antes. Tu padre amenaza con avisar a la guardia de la ciudad si no apareces en una hora.

Al pasar por los Propileos me detuve, mientras veía como el muchacho echaba a correr escaleras abajo. El oeste de Atenas oscurecía a mis pies y las luces de las antorchas comenzaban a encenderse en varios puntos de la ciudad. Al divisar el fuego, las palabras ambiguas de la diosa vinieron de nuevo a mi mente.

Impelida por esa evocación, comencé a descender las escaleras y llegué hasta las puertas de mi casa. Una vez en allí, desprovista ya de todo miedo, traspuse sus umbrales y encaré mi destino.

LA BODA

Cuatro esclavas sujetaban el delicado chitón púrpura para que no rozase el suelo. Con cierta solemnidad, fueron colocándolo sobre mi cuerpo, que ya estaba preparado para la ceremonia. Durante horas Kissa me había realizado un intrincado recogido cargado de abalorios (que hacían que mi cabeza pesase el doble de lo habitual) y me había maquillado con la exquisitez que requería la ocasión. Ahora, con el rostro concentrado, me examinaba desde la distancia, para, con una rotunda afirmación, terminar aprobando el resultado de mi atuendo de novia. Tras esto, fue a buscar el espejo y me lo ofreció, pero lo rechacé con un gesto de mi mano.

—Salid todas, por favor; necesito estar un rato a solas.

Cuando por fin abandonaron el gineceo, me senté con la intención de ordenar mis pensamientos. Los últimos días se habían sucedido demasiado rápido y, aunque no había lugar para la improvisación ni la sorpresa, ya que todo estaba planeado con detalle, aún sentía cierto temor ante lo que se me avecinaba.

La puerta se abrió y por ella emergió Maia. Entró tímidamente y se sentó a mi lado, mirándome con su natural dulzura.

—Sé cómo te sientes —dijo estrechando una de mis manos—. Yo estaba igual que tú hace dos semanas. La cabeza no para de darte vueltas intentando adivinar lo que pasará a partir de ahora, empezando por... por esta noche. Estoy aquí para lo que necesites, querida prima. Aprovecha estos instantes para preguntarme acerca de todo lo que quieras saber. Tal vez yo pueda resolver tus preocupaciones mejor que nadie.

«Y ¿qué quieres que te diga? —pensé—: ¿Que no quiero casarme y que desearía con toda mi alma que mi futuro esposo fuese aplastado por una mula antes que verlo entrar a mi encuentro? ¿Que el hecho de casarme es algo aborrecible para mí, y que preferiría mil veces trabajar como un hombre pobre

antes que aceptar la vida cómoda que me espera como mujer? No, no puedo decirte eso. Tú, con tu alma cándida y noble, con la docilidad que te caracteriza y la inocencia que aún se agarra a tu ser, no me entenderías. Lo que me espera esta noche no me asusta tanto como la incertidumbre de saber cómo podré escapar de todo esto..., si es que algún día lo hago».

Asentí y le estreché la mano con más fuerza.

—Te lo agradezco, Maia; pero durante el último mes todo el mundo se ha encargado de decirme aquello que necesito saber..., también para esta noche. Sé a lo que me enfrento, créeme.

Mientras la miraba, vislumbré una expresión extraña, un tipo de tristeza desconocida en ella y que se había traslucido en sus ademanes y expresiones durante las tres jornadas que habían durado los rituales previos a mi boda. Callada en una esquina, envuelta en sus pensamientos y con un atisbo de desesperanza siempre en la mirada: así había estado estos días.

—Y tú, ¿estás bien? —quise saber.

Ella me miró inquieta, como si nadie en los quince días que llevaba casada le hubiese hecho esa pregunta, y me ofreció una sonrisa tan poco convincente como la afirmación que escapó de sus labios. De manera instantánea, sus ojos se fueron cubriendo de una película húmeda que ella trató de esconder dando un respingo. Se puso entonces en pie, se alisó la falda y, excusándose en que me estaba entreteniéndome, caminó hacia la salida.

—¡Espera! Sé que te ocurre algo. Es el momento de decírmelo, Maia.

Se quedó de espaldas a mí, con la frente descansando en la puerta. Tras un breve periodo en el que pareció meditar qué hacer, se volvió y me mostró una cara surcada por las lágrimas.

—Oh, Agnódice, es horrible... ¡horrible! No es un hombre bueno conmigo. ¡Me trata como a un despojo! No conversamos y ni siquiera comemos juntos. Sólo me utiliza para desahogar su deseo cada noche, ¡todas las noches! Me siento muy sola y desdichada.

Escondió su cara entre las manos y comenzó a gemir, presa del desconsuelo. La compasión movió mis pies hasta ella. La abracé con fuerza y dejé que descargase su llanto en mi pecho durante un largo rato. Cuando pareció no tener más lágrimas que soltar, me miró.

—Oh... Agnódice, te he manchado la ropa de kohl... ¡Qué desastre tan espantoso! —dijo, secándose las lágrimas nerviosamente—. Y encima, como si no tuvieras bastante con tus preocupaciones, vengo yo y te traigo las mías. ¿Cómo puedo ser tan desconsiderada? Perdóname prima, ¡perdóname, te lo

ruego!

—Quiero que me escuches —repuse, sujetando su cara entre mis manos—. Cuando todo haya pasado, tú y yo nos sentaremos para hablar de este asunto. Me contarás lo que te ocurre y lo que tu esposo te está haciendo para angustiarte de esa manera. Y, créeme, si ese hombre es capaz de hacerte daño de la manera en que creo que lo hace, yo misma imploraré a los dioses por su destrucción.

Mi prima me miró asustada mientras se secaba las últimas lágrimas.

—Agnódice, no he debido alarmarte, lo siento. No creas lo que no es, por favor. Puede que mi madre tenga razón y no haya pasado tanto tiempo desde la boda como para que me haya acostumbrado a mi nueva situación. Lo que ocurre es que yo tenía otra idea del matrimonio. Pensaba que..., no sé..., creía que podría amarlo y que él me amaría a mí. Ya ves, soy una necia que sigue conservando la inocencia de una niña, una niña que se dejó influir por los poemas de amor que leyó algún día. Como si fuera posible elegir a quien amar... Que absurdo, ¿no?

Sonrió con tristeza al decir esto, y a mí se me acrecentó la congoja al reconocer que era cierto lo que decía. El amor no era parte del matrimonio y pocas esposas llegaban a conocer su significado. Cuando fui a abrir la boca para convencerla de que se sincerase del todo conmigo, unos nudillos golpearon la puerta, sobresaltándonos a la vez. Mi madre entró y nos miró con aire inexpresivo. Entonces se acercó a mí y me colocó sobre la cabeza el velo azafranado que traía en las manos, cubriendo mi cara con él.

—Ya es la hora, hija.

Al llegar al patio mis familiares ya se encontraban allí, junto al extraño que sería mi esposo. El grupo de desconocidos que se encontraba hablando animadamente en el centro dejó de hacerlo a media que me iba acercando a ellos. A través del velo solo reconocía las caras de mis conocidos, pero ante mí se encontraba un invitado extraño al que también pude identificar, uno cuya mirada inquisitiva parecía querer traspasar la fina tela. Tras él, un numeroso grupo de hombres, sus hombres de confianza, observaba entre murmullos y carraspeos.

Entonces mi padre tomó mi mano y la del extraño y, tras un discurso en el que enardeció los dones de la honorable familia de Demócrito y la suerte de unirnos a esta, sin olvidar poner en manos de los dioses la protección del futuro enlace, dijo:

—Demócrito, te entrego a mi hija para que siembres hijos legítimos.

De la manera en que me habían enseñado, desvelé mi rostro ante aquel hombre, permitiendo que sus ojos lo recorrieran, ya sin censuras. En su rostro se dibujó una mueca de satisfacción y a mí se me revolvió el estómago. Al verlo tan de cerca pude confirmar que era mayor incluso de lo que me imaginaba. Tenía la cara vacía de gracia y marcada por unas profundas líneas de expresión, y su nariz torcida y la ancha boca parecían competir por el espacio. Pese a contar con poco más de treinta años, aquel hombre que tenía frente a mí parecía más viejo que mi propio padre, y ardí en deseos de volver a colocarme el velo para no tener que seguir viéndolo.

—Oh, mi hermosa Agnódice, ¡al fin te tengo cerca! Me han hablado mucho de ti y de tu belleza, pero, ahora que te tengo frente a mí, debo confesar que se habían quedado cortos en sus descripciones. Estoy seguro de que, al conocernos mejor, me sorprenderás más si cabe.

Mi madre me hizo un gesto nervioso con la cabeza para obligarme a responder.

—Sí, estoy segura de que te sorprenderé —fue lo único que atiné a decir, con lo que obtuve una sonrisa de complacencia a cambio.

El corro que nos rodeaba comenzó a abrirse, y pasamos a través de él hasta la calle. Afuera, un carruaje grande y pomposamente decorado aguardaba para trasladarnos a la que sería mi futura residencia. Al pasar, las mujeres de la familia fueron colocándonos guirnaldas alrededor del cuello y lanzando coloridos pétalos a nuestro paso. Aunque el resplandor de la luna llena iluminaba el camino perfectamente, los esclavos y los hombres de confianza de Demócrito ya comenzaban a encender las antorchas. Me giré y estreché a mi madre con fuerza.

—¿Por qué no puedes venir conmigo, madre?

—Sabes que no debo ir. Mañana iremos todos a tu nuevo hogar y celebraremos un banquete en vuestro honor. No tienes nada que temer, hija, y mucho menos a tu esposo. Recuerda que ahora le perteneces a él; será tu protector y benefactor hasta que la muerte os separe. Ve tranquila —dijo, antes de besar mi frente.

Mi abuela cogió y besó mis manos, dejando un reguero de lágrimas sobre ellas; mi padre —el último del que me despedí aquella noche— me abrazó con fuerza, y luego, con un suave empujón, me indicó el camino que debía tomar.

A duras penas me subí a aquel carro. Desde mi asiento pude observar

como mis seres queridos quedaban bajo el umbral de la puerta del único hogar que había conocido. Kissa y Maia se encontraban atrás y, al ver el modo en que me miraban, pude sentir como un nudo se formaba en mi garganta, bloqueándome el paso del aire invernal. El que ya era mi esposo se encontraba delante, de espaldas a mí, a las riendas de los caballos. Miró por encima de su hombro, asintió y, tras un rápido y violento movimiento de las riendas, la carreta comenzó a rodar calle arriba.

No habíamos llegado a mitad de la cuesta cuando un súbito temor me invadió.

—¡Quieto! ¡Detén el condenado carro!

El hombre obedeció a la vez que mis familiares daban algunos pasos para comprobar qué es lo que me había hecho actuar así.

—Necesito a Kissa. No puedo esperar a mañana. ¡Quiero que venga ahora!

Kissa miró a mi padre, quien, con un gesto afirmativo, le indicó lo que tenía que hacer. La muchacha se colocó a la cola de la procesión de extraños que me seguía, y al fin pudimos emprender el camino a casa de Demócrito.

Cuando nos habíamos alejado lo suficiente, volví a mirar a mis padres: se miraban fijamente, ajenos al mundo que los rodeaba y al que me rodeaba a mí; luego, tomándose de la mano, entraron en la casa sin esperar a que yo desapareciera de su campo de visión.

La vivienda que sería mi nuevo hogar se encontraba en la parte sur de la Acrópolis. El camino no era largo si se realizaba tirado por animales, pero a mí me pareció que la distancia que me separaba de mis padres era demasiado grande para soportarla., al menos, esa noche. Una vez allí, Demócrito se apeó y me ayudó a bajar de la carreta para llevarme cogida del brazo hasta la vivienda. Su madre nos esperaba en el umbral, sujetando una antorcha. Me detuve frente a ella y reparé en que debía tener la edad de mi abuela. Sus ojos pequeños brillaban de curiosidad repasando mi figura de arriba abajo. Cuando acabó con el escrutinio, profirió sendos besos sobre mis mejillas a modo de saludo.

—Yo soy Ágata, querida. Te veo muy bien. Confieso que ardía en deseos de conocerte. Tu padre nos ha hablado mucho de ti. Espero que seamos buenas amigas y tengas en cuenta mis buenos consejos para hacer de este tu nuevo hogar.

Su mirada se desvió por encima de mi hombro y se posó sobre Kissa, a mi espalda. Entonces su semblante cambió tan radicalmente como si esta fuese

una mula a dos patas y no una mujer; luego se dirigió a Demócrito.

— ¿Quién es ella y qué hace aquí?

—Es mi mirada personal —me adelanté a decir—. Yo he pedido que viniera. Me siento más cómoda si me hace compañía desde esta noche.

La mujer me miró con severidad, aunque luego hizo un esfuerzo por suavizar el gesto.

—Agnódice se siente más a gusto con su esclava aquí, madre. No veo que haya inconveniente, si eso la ayuda a deshacerse de los nervios. Bien, creo que ya es hora de que entremos —dijo Demócrito, tomándome de la mano.

La vivienda era amplia y parecía constar solo de una planta con un gran patio central donde se encontraban, al igual que en mi casa, los dioses guardianes. Sentí un inmenso alivio ante la presencia familiar de aquellas figuras, y rogué en silencio por su protección. Ágata colocó sobre mi cabeza una corona de mirto y en mis manos un trozo de pastel, que comí sin ganas. La ceremonia de bienvenida empezó y terminó sin que yo pudiese atender una sola palabra. El nudo de mi garganta se había ido acrecentando con el tiempo, y ahora no podía prestar atención a otra cosa que no fuesen mis ganas de llorar. Intenté contenerme, pero poco ayudaba lo que sucedía a mi alrededor. Las mujeres se acercaban a mí con consejos y preguntas que, por suerte, el sonido de la música no me permitía entender. No conformes solo con esto, también tocaban mi vestido o los abalorios de mi pelo, entre exclamaciones de admiración. A su vez, los hombres señalaban mi cuerpo o mi cara, asentían complacidos, y luego golpeaban la espalda de Demócrito con gran camaradería.

—Arrodillaos y agachad la cabeza —dijo el sacerdote que había oficiado la ceremonia.

Una lluvia de nueces, higos secos y muchas golosinas más comenzó a caer sobre nuestras cabezas. Posteriormente, y de la mano, recibimos el baño ceremonial; el lutróforo derramó sobre nuestros cuerpos el agua bendecida y esta se fue resbalando hasta el centro del patio, donde pasó a formar ondulantes figuras al mezclarse con la sangre de los sacrificios que se habían realizado instantes antes. Al ver la repulsiva escena, una arcada me llegó de súbito.

Cuando mi presencia allí ya no fue requerida, Ágata me condujo hasta la cámara nupcial. Un lecho amplio adornado con un colorido cobertor, dos alfombras, una mesa y dos sillas de mimbre —que parecían recién fabricadas— conformaban el sencillo mobiliario de la estancia. Un lienzo con motivos

animales decoraba la pared trasera de la cama, y la iluminación venía dada por dos lámparas de aceite, una a cada lado del lecho.

—Le diré a una de las esclavas de la casa que te acompañe y te ayude a prepararte para recibir a tu esposo —dijo la anciana a mi espalda.

—Te lo agradezco, Ágata, pero prefiero que sea Kissa la que se encargue de eso.

—Oh, como desees, querida. —Hizo ademán de salir, pero no tardó en girarse de nuevo—. Ese nombre y esos rasgos suyos... ¿egipcia, tal vez?

Tardé unos segundos en caer en la cuenta de que seguíamos hablando de Kissa.

—Sí, de Menfis. Mi padre permitió que conservara su nombre egipcio.

—Ya veo. Es extraño encontrar familias que adquieran esclavos egipcios por aquí... Sirios y macedonios puede ser, pero los egipcios son francamente raros; aunque en mi propia casa hemos comprado alguno... Definitivamente, ya no lo hacemos. No son de fiar, pero imagino que mi hijo hará una excepción, al ser la esclava personal de su esposa. Solo te pido que no te acostumbres a estos privilegios, no son habituales en él.

Cerró la puerta tras ella y me deseó las buenas noches a través de la madera.

Pese a la evidente antipatía que le inspiraba a la mujer, no deseaba quedarme sola en la habitación. Hasta esa noche no me había preocupado demasiado por pensar en el acto sexual, pero ante su inminencia me sentía aterrada. Los consejos sexuales de las mujeres de mi familia se agolpaban en mi cabeza para atormentarme. El corazón me palpitaba con fuerza y mi lengua estaba áspera y seca. La inquietud me llevó a recorrer la habitación de extremo a extremo varias veces. Al borde de un paroxismo de terror, me asomé a la puerta porque me pareció oír el sonido de unos pasos. Poco después, Kissa emergió de la densa oscuridad del pasillo. Cuando por fin entró, caí de rodillas frente a ella, incapaz de seguir sujetándome en pie. Enseguida corrió a alzarme del suelo, atónita; pero yo no deseaba tal cosa, tan solo quería echar a correr hacia mi hogar, huir de lo que estaba viviendo y de lo que me quedaba por vivir en esa casa.

—Por favor, Agnódice, ponte en pie, te lo ruego. ¡No puedes estar así esta noche!

Quería responderle que tenía todo el derecho a estar así, esa noche y cualquier noche que quisiera; que yo no había elegido esa situación y, en

realidad, ninguna situación en mi vida; que era profundamente infeliz... Pero las palabras estaban ahogadas por el llanto que llevaba conteniendo desde que esa mañana se habían iniciado los rituales de mi matrimonio y yo había comprendido que el tiempo no se detendría por mí.

—No puedo hacerlo, Kissa, tengo miedo. Sé lo que pasará, pero no estoy preparada.

Kissa terminó por arrodillarse frente a mí.

—Mi pequeña —dijo, tomando mi cara entre sus manos y secándome el torrente de lágrimas que caía rostro abajo—, sé que tienes miedo y no sería lógico si no fuera así; pero todo pasará muy rápido, y luego el sueño hará que lo olvides. Mañana te visitará tu familia y volverás a sentirte reconfortada, ya verás.

—Pero Kissa...

—Sí, lo sé, lo sé... pero entiende que, con el tiempo, todo lo que ahora temes se convertirá en rutina y perderá su poder sobre ti.

—Kissa, ¿no lo entiendes? ¡Justo eso es lo que temo! No quiero que nada de esto se convierta en mi rutina. Esta gente, estos extraños no serán jamás mi familia, y nunca podré amar a este hombre. ¡Me da asco y aún no me ha puesto un dedo encima!

—Pero no tienes por qué amarlo, Agnódice. Tan solo debes amar a los hijos que le des algún día: ese será tu consuelo. Créeme, tener un hijo al que cuidar puede rescatarte de cualquier situación dolorosa...

La tristeza y la ternura cohabitaban en sus ojos, y enseguida supe que se refería a su propia situación. Al mirarla caí en la cuenta de lo poco que conocía a mi niñera y los motivos que la habían llevado a mi casa, seis años atrás, para cuidar de mí. Me sentí ridícula al soltar aquellas quejas ante ella, a sabiendas de que su propia historia debía ser mucho más dura que la mía. Me lancé a su cuello en busca de refugio, y ella me lo ofreció sin reparos.

—No quiero tener hijos, aún no. Soy muy joven y sé lo que les pasa a las mujeres jóvenes cuando son madres. ¡Casi todas mueren! Dime, ¿qué puedo hacer?

—No lo sé. No sé qué puedes hacer para evitar el embarazo; pero, aunque lo lograses esta noche, él seguirá buscándote hasta que consiga ser padre. Para eso es para lo que se ha casado contigo, Agnódice. No podrás evitarlo.

—¡Sí que puedo! —dije elevando la voz más de lo deseado—. Tal vez no deba, pero ¡sí que puedo y eso haré! No pienso complacer sus deseos tan pronto. ¡Eso jamás!

Kissa me tapó la boca con la mano.

—¡Chist! ¿Lo oyes? Ya vienen por el pasillo. ¡Rápido, debes estar preparada para él! —dijo, tirando de mi brazo laxo para que me levantase.

Me incorporé con una nueva determinación.

—Kissa, mañana debes acudir al ágora. Allí encontrarás a Nemesia; la reconocerás porque tiene un puesto de hierbas. Ella es matrona y se dedica a hacer paños a las mujeres casadas...

—¡Calla, por Zeus, no sigas hablando! —dijo, tapándose los oídos con las manos—. No puedo creer lo que me pides. ¿Cómo sabes tú esas cosas?

—Lo sé porque las amigas de mi madre, e incluso ella, no paran de nombrarla en sus reuniones. Muchas han recurrido en su ayuda, aunque no lo reconozcan. Oye, Kissa, lo que te pido no es un capricho, sino una necesidad. Debes hablar con ella y pedirle un remedio para evitar la concepción. Debe creer que es para ti, así que trata de no levantar sospechas. Toma —dije quitándome una de las hojas de plata que llevaba en el pelo y ofreciéndosela—, págale con esto.

Como si aquello fuese la más venenosa de las víboras, apartó las manos a su espalda.

De pronto la puerta se abrió y por ella apareció Demócrito. Afuera, en el pasillo, uno de sus amigos haría guardia hasta que el acto sexual quedara consumado, para evitar de este modo que yo saliese huyendo. Así había sido siempre y así sería conmigo. Kissa los miró a los dos y después se volvió hacia mí, me tomó de las manos, cogió el adorno con discreción, y salió de la habitación sin mirar atrás.

Cuando nos quedamos a solas, Demócrito se acercó a mí y me cogió en brazos. Olía a alcohol y a asado, y esa vaharada repugnante incidía en mi rostro e intensificaba mis nauseas. Tambaleándose peligrosamente, llegó hasta el lecho, me sentó en él y comenzó a quitarme los adornos del pelo.

—Esto deberías haberlo hecho tú —dijo, enarcando una ceja—. ¡Ah!, me gusta ver cómo cae el cabello suelto sobre el cuerpo desnudo de una mujer.

Tras esto, se acercó más a mí y comenzó a desanudarme el cinturón; dejó caer los tiros de mi chitón y mi torso quedó al descubierto. Me tomó de las manos y tiró suavemente de mí. Al levantarme, el vestido cayó al suelo, sin resistencia, y mi cuerpo quedó desnudo ante su mirada libidinosa. Fui incapaz de mirarme, pero en sus pupilas dilatadas vi arder las ansias con las que el predador observa a su presa herida. Se pasó la lengua por los labios y

comenzó a desvestirse con prisa, sin dejar de mirarme en ningún momento. Sentí que mis piernas desfallecían, pero no dejé que me venciera el miedo. Con un leve empujón me indicó que me tumbara sobre la cama. Cuando lo hice, permaneció a mi lado, jadeante, mirándome de pie para que pudiera observar su cuerpo desnudo a la tenue luz del candil: era pálido, huesudo, y en él solo destacaba su miembro erguido por el deseo. Se tumbó sobre mí sin más consideraciones, y comenzó a penetrarme mientras me hablaba acerca de su pretensión de engendrar un hijo esa misma noche. Volví mi cara hacia un lado y cerré los ojos con fuerza. Aguanté la respiración para que su aliento fétido no me llegara, pero no lo conseguí. Las náuseas y el dolor se apoderaron de mi cuerpo, pero aguanté como pude hasta que hubo terminado de vaciarse en mi interior. Luego, se levantó y se vistió, aún debilitado por el alcohol que corría por sus venas.

—Mañana, cuando tu familia y todo el mundo se haya ido, regresaré. Ha sido un placer, eres tan deliciosa como imaginaba.

Cuando al fin salió, me levanté inmediatamente y cogí una de las hidrias que había sobre la mesa. Empapé la sábana de lino con ella y me froté todo el cuerpo, tratando de retirar el olor desagradable de aquel hombre de mi piel. Froté mi cuello, mis brazos, entre mis piernas y todo aquello que había estado bajo su contacto viscoso.

Cuando me di por satisfecha con esto, estiré mi vestido de novia en el suelo y me tumbé sobre él, desnuda, dejando que las lámparas se fuesen consumiendo poco a poco, notando como el peso de aquella casa y sus habitantes se cernían sobre mí.

SEÑALES EN EL AIRE

Durante las noches siguientes Demócrito me visitó siempre. Bajo los efectos del alcohol me hacía el amor, me cubría de halagos, y se iba por donde había venido, mientras yo me quedaba a solas, presa del temor a quedarme embarazada. Un par de semanas después, mi suerte se vio favorecida cuando Kissa accedió a mis súplicas y consiguió una receta anticonceptiva que, de momento, había surtido el efecto esperado. Gracias a esto, cada noche, poco antes de que él abriera la puerta de mi cuarto, yo retiraba un paño humedecido con aceite de cedro del interior de mi vagina y permitía que Demócrito cumpliera con su deber y saciase sus deseos. Así y todo, cuando el momento de mi sangrado se retrasaba, aunque tan solo fuese por unos pocos días, la ansiedad se apoderaba de mí y solo me sentía libre cuando al fin se presentaba.

Por otro lado, había cogido el ritmo en una casa que funcionaba más o menos como la anterior, con la única diferencia de que ahora todas las responsabilidades domésticas recaían sobre mí. En mi escaso tiempo libre jugaba al tabli con Kissa o paseaba alrededor del patio para disfrutar de los únicos rayos de sol que recibía a lo largo del día. Ágata solía venir a menudo para acompañarme, o, mejor dicho, supervisarme en las tareas relacionadas con el tejido. De ese modo, pasábamos juntas muchas horas a la semana, tiempo que ella aprovechaba para corregir absolutamente todo cuanto yo hacía. Su animadversión por Kissa continuaba creciendo por momentos, y mi reticencia a deshacerme de ella le causaba un malestar que ya no se esforzaba en disimular.

Sorprendentemente, a mi niñera le había costado más que a mí adaptarse a la nueva casa. Ahora solía mostrarse molesta o abstraída en nuestras conversaciones, algo francamente extraño en ella. Cuando le preguntaba por su cambio de actitud, me respondía con evasivas. Pero la conocía bien. Sabía que

mi madre la asediaba con preguntas sobre mí y sobre el embarazo que no sucedía, y que mentir a su ama para protegerme no era de su agrado. Por su parte, mi madre tenía por costumbre mirarme el vientre antes que la cara nada más encontrarnos. Después, buscaba cualquier momento de intimidad con Kissa para preguntarle sobre mí, y pasaba el resto de la tarde de mal humor por no encontrar motivos para que, nueve meses después de mi matrimonio, mi útero continuase vacío. Compararme con mi prima Maia seguía siendo su mayor obstinación. En nuestras reuniones de mujeres acostumbraba a acariciar el vientre de su sobrina y a confesar, mientras lo hacía, sus deseos de verme algún día así de hinchada.

En los ratos que nuestras madres dejaban de asediarnos a Maia y a mí, me sorprendió que, pese a mis intentos por continuar con la conversación que empezamos en mi noche de bodas, ella apenas hablara de su vida de casada. Jamás volvió a sacar el tema y, cuando yo trataba de reflotar esa cuestión, ella aludía una y otra vez a su inexperiencia en un intento por justificar su ataque de pánico de aquella noche. Las vivencias de su flamante embarazo pasaron a ser lo único de lo que hablaba en nuestras reuniones, y yo dejé de insistir en que fuera de otro modo.

La tarde que celebramos mi decimosexto aniversario las mujeres no pararon de hablar de otra cosa que no fuese las Tesmoforias. Estaban emocionadas al saber que para mi prima y para mí sería la primera vez que acudiríamos a tan solemne evento. Los rituales de fertilidad en honor a Deméter y a su hija Perséfone solían llenar de frutos los campos y los vientres de las mujeres casadas; así pues, no era de extrañar la insistencia de mi madre en que, al menos yo, no faltase.

De esta manera, a finales de *pianopsión*^[7], la mayoría de las mujeres de reputación intachable —como solía decir mi abuela— dejamos atrás nuestros hogares y nos dirigimos a la colina del Tesmoforio, cercana a la Pnyx. Allí habíamos reservado los refugios provisionales donde pasaríamos tres días dedicados completamente a la Diosa, alejadas de las miradas curiosas de cualquier hombre. Maia y yo nos sentamos a la sombra de dos enormes cipreses que nuestras madres habían elegido para ese menester. El aire, aún cálido, no era bien recibido por mi prima, que no sabía cómo colocarse para librarse de los sofocos propios de su estado. Desde nuestra posición podíamos ver cómo las mujeres más alocadas bajaban a las cuevas en busca de los desperdicios de los cerdos.

—Es verdaderamente repugnante, ¿no crees? —dijo Maia, llevándose las manos a la nariz.

—Es la tradición, supongo.

—¿Y luego deberemos llevarnos a casa la amalgama formada por esas heces y semillas de granada? ¡No puedo soportarlo!

Aunque sus palabras sonaban airadas, en su rostro se podía ver que disfrutaba con aquello tanto o más que el resto de las mujeres casadas que allí había. Cuando vio que la miraba, las dos nos echamos a reír a la vez. Algunas muchachas se acercaron entonces hasta donde estábamos y nos colocaron guirnaldas de colores alrededor del cuello. Entretanto, las flautas y las liras no dejaban de sonar en el centro de un coro de muchachas que bailaban liberadas, cantando canciones con letras indecorosas y agitando en el aire objetos con formas fálicas. Tuve que incorporarme y parpadear varias veces para asegurarme de que una de esas mujeres era mi madre. Sujetaba un falo de madera tallada y lo agitaba en el aire mientras profería unas obscenidades que jamás había oído salir de sus pudorosos labios. Entonces se detuvo y me buscó con los ojos. No tardó en encontrarme, y, con un gesto de la mano en la que sujetaba el miembro tallado, me pidió que me uniera a ella. Aproveché que un grupo de mujeres pasaba bailando, ebrias de felicidad y vino, y me parapeté tras ellas hasta que me alejé de su campo de visión. Durante el resto del día Maia y yo no paramos de reír ante las ocurrencias de esas nobles mujeres a las que la bebida había ayudado a desprenderse de la vergüenza y el pudor que traían de sus casas.

El día del esparcimiento de las semillas, el tercero, comimos con deleite todo cuanto nos pusieron delante, pues el día anterior lo habíamos pasado enteramente en ayunas. Ya saciadas, mi prima y yo nos recostamos, aprovechando las últimas horas al aire libre y agradecidas por los tres días que, para mi asombro, habían resultado ser muy emocionantes. Fue entonces cuando los gritos de algunas mujeres nos sobresaltaron.

—Maldita ramera, ¡vuelve a tu casa! ¡Este no es lugar para ti!

Un pequeño grupo de mujeres se situó en la parte trasera de donde nos encontrábamos, y desde allí dirigía sus gritos a la colina de la Pnyx. Y fue allí donde, al incorporarme un poco, pude distinguir una figura de mujer. Se encontraba sentada sobre el altar de Zeus Agoraios, con las piernas cruzadas y las manos apoyadas contra el mármol. Durante un segundo me pareció que la conocía de algo, pero la distancia y el grupo cada vez más numeroso de mujeres que se iba colocando enfrente no me permitía asegurarme. En ese

momento mi madre se sentó justo a nuestro lado.

—¿Quién es la mujer, tía? —quiso saber Maia, que también miraba con curiosidad.

—Es Penélope, una hetera muy conocida en la ciudad. Cada año hace lo mismo; parece divertirse la provocación.

—Sí, es una alborotadora nata —continuó mi tía, tomando asiento a su lado. —Todos los años ruego para que el Zeus que está a su espalda le lance uno de sus rayos cuando hace eso. ¿Os imagináis?

—¿Y quién dice que no lo haya hecho ya? Tal parece que lleve fuego en la cabeza —respondió mi madre entre risas.

—¿Cómo dices, madre?

—¿A qué te refieres?

—¿Has dicho fuego?

—¿Es que acaso no las has visto, Agnódice? —se adelantó a decir Galatea.

—Sí, sí que la ha visto; de hecho, Agnódice la conoce muy bien...

El tono sarcástico de mi madre hizo que me levantara y echara a andar hacia donde el grupo continuaba con sus gritos. Me abrí paso con trabajo y me coloqué en primera línea. La mujer de la Pnyx se incorporó de un salto y se detuvo a unos metros del altar. Aquel contoneo deliberadamente marcado de caderas comenzó a resultarme familiar. No tardé mucho más en confirmar mis sospechas: se trataba de la cortesana que había visto un año atrás, en el simposio celebrado por mi padre.

Una ráfaga de viento acarició su larga melena pelirroja. A trasluz del sol, sus cabellos revueltos emulaban las llamas de una hoguera abrasadora. No precisé de más señales para saber qué es lo que significaba aquello: ella era el fuego que andaba buscando. Esa certeza hizo que mi corazón comenzara a palpar con fuerza. En aquel momento quise gritar su nombre o, por imposible que fuera, echar a volar hacia ella para conocer de qué manera me daría las respuestas que andaba buscando. Pero, de repente, la impopular hetera giró a su derecha y comenzó a descender la colina. El viento trajo hasta nosotras una risa descarada, lo que enervó aún más a las ya exaltadas féminas que, hasta que no quedó oculta entre los árboles, no cesaron de increparla.

Cuando el sol inició su lento descenso, las mujeres nos dirigimos a nuestras casas, agradecidas por los días en compañía y lamentando, en cierta manera, volver a la tediosa rutina que todas compartíamos.

Al llegar a la casa de Demócrito apresuré el paso hasta mi habitación. Él no había regresado del ágora todavía, lo que agradecí en el alma. Sabía que quería que cenásemos juntos para que lo pusiera al día con todo lo que había ocurrido en esos tres días, pero necesitaba la soledad para organizar mis ideas, sobre todo aquéllas que tenían que ver con lo acontecido poco antes. Mas lo que vi al abrir la puerta de mi cuarto me obligó a detenerme en seco. La estancia estaba patas arriba; el lecho revuelto, mis objetos personales fuera de los arcones y mi ropa amontonada en una esquina. Di un paso al frente y confirmé que alguien había sacado todos los frasquitos de mi caja de alabastro y ahora estaban esparcidos sobre el cobertor revuelto. Me giré para pedir explicaciones a la primera persona con la que me encontrase, pero la figura de Ágata enhiesta a mi espalda, me ahogó el grito de reproche.

—No te preocupes, querida, las esclavas lo ordenarán todo ahora.

—Y, antes de que eso ocurra, ¿puedo saber qué es lo que ha pasado aquí?

—Trata de serenarte. No está bien que pierdas los nervios con una anciana, Agnódice. Siéntate y te lo explicaré.

Obedecí de mala gana, tratando de encontrar una explicación antes de que la anciana abriese la boca.

—Albergaba sospechas de que, tal vez, tus problemas de concepción pudieran ser provocados por el uso de alguna sustancia para tal efecto, a ciertos remedios abominables..., tú ya me entiendes, querida.

—No sé qué...

—¡Oh, no te molestes en negarlo! —interrumpió—. Hemos encontrado frascos con el dichoso aceite de cedro en la habitación de tu criada, concretamente bajo su cama. Aunque aquí no hemos hallado ninguno, pese a que las muchachas han rebuscado bien, no cabe otra explicación para eso... ¿O acaso negarás que te los está guardando?

Tardé unos segundos en reaccionar. Me llevé las manos al pecho para comprobar con alivio que el único frasco de aceite de cedro que me quedaba todavía estaba bajo mi ropa. No había hecho mal llevándolo conmigo todo el tiempo que pasé fuera, y tampoco fui muy cínica al prever que esto pudiera ocurrir. Pero lo que sí me descolocaba era que Kissa guardase más frascos en su habitación, algo que nunca le había pedido. Y aunque mis nervios se habían ido acrecentando, traté de mostrarme lo más relajada posible frente a Ágata.

—El motivo por el que todavía no he engendrado un hijo solo los dioses lo saben. Debes tener cuidado con lo que insinúas, anciana; si no has encontrado nada en mi cuarto, será porque no hay nada que ocultar. Que yo sepa no tienes

nada contra mí, aparte de tu recelo.

—Tal vez tengas razón y no pueda demostrar tus tejemanejes con las hierbas, pero ¿qué me dices de tu criada, esa tal Kissa? Infringe las normas de la casa de mi hijo manteniendo relaciones con quién sabe cuántos esclavos, haciendo que mengüe la eficacia de sus servicios, provocándolos sin pudor alguno. Tal vez estuviese acostumbrada a comportarse así en la casa de tu padre, pero, créeme, estas no son las costumbres de las esclavas de este respetable hogar. Debes saber que haré todo lo posible para que mi hijo la expulse sin miramientos.

—¡Eso jamás! —dije poniéndome en pie y enfrentándola de cerca.

No sé si fueron mis palabras o algo que debió de ver en mis ojos, pero retrocedió un paso.

—Sabía que tenías fama de rebelde, todo el mundo lo decía. Los dioses son concedores de las veces que traté de advertir a mi hijo de eso, pero él estaba tan entusiasmado contigo que desoyó mis consejos. ¡Ay, si me hubiera hecho caso!

—No vas a decirle nada. No te hará caso. Diré que es mentira, que son calumnias tuyas, que tú pusiste eso en el cuarto de mi criada porque la detestas y quieres que salga de esta casa sin motivo. ¿Acaso no es cierto? No aceptaré a otra criada elegida a tu antojo para controlarme. —Intenté tomar aire y serenarme al ver su rostro desencajado—. Sabes que acabo de llegar de las Tesmoforias y que, si todo va bien, la diosa Deméter ejercerá su influjo maternal en mis simientes. Pronto este matrimonio dará frutos y, cuando eso suceda, el amor de tu hijo por mí se intensificará. No soy tan necia, Ágata, sé que te ama; pero también sé que a mí me necesita para conseguir un heredero, por lo que no dudaré en usar ese poder contra ti si intentas perjudicarme de algún modo.

La mujer, que había perdido por completo el color de sus labios y ahora era presa de un temblor incontenible en la barbilla, tardó unos segundos en encontrar las palabras con las que contestarme.

—No serás capaz.

—Ponme a prueba.

Esa noche, tal como esperaba, Demócrito y yo cenamos juntos sin que nada me diese a entender ningún resentimiento por su parte. Se interesó por todo lo acontecido durante los rituales, y yo traté de omitir los detalles lascivos y poco religiosos, limitándome a relatar lo concerniente a los rituales más

próximos a Deméter. Por último, pareció esperanzarse en el poder ejercido por la diosa, con la certeza de que me concedería, por fin, el don de la procreación. Luego me acompañó a mi habitación y tomó mi cuerpo, según sus palabras, para poner a prueba el poder de la diosa sobre mí. Sus caricias y halagos, junto a la ausencia de reproches, me confirmaron que la anciana no le había contado nada de lo ocurrido.

Yo sabía que había ganado una batalla; no obstante, en lo más profundo de mi ser también sabía que con mi comportamiento había puesto a Ágata en mi contra, y que, tarde o temprano, ella encontraría motivos de sobra para lanzar un nuevo ataque contra mí.

Mientras Demócrito alardeaba de las nuevas y poderosas amistades que había hecho la última semana y de lo dichoso que sería si yo me uniera a las conversaciones de sus refinadas esposas, mi cabeza no dejaba de darle vueltas a lo que había dicho Ágata aquella tarde. Necesitaba hablar con Kissa urgentemente y no veía el momento de verme liberada de la compañía de Demócrito. Así que, cuando por fin abandonó mi habitación, la llamé sin perder tiempo. Ella respondió a todas mis preguntas sin aclarar exactamente qué es lo que hacían esos botes con aceite de cedro bajo su cama. Dijo no saber nada y la creí. Yo estaba segura de que mi suegra sería capaz de haber puesto eso entre sus posesiones si con ello conseguía que la expulsaran de mi hogar; y, conociendo a Kissa, también sabía que crear discordia entre la anciana, su hijo y yo, no estaba entre sus planes. Sin embargo, y por más que insistí, rehusó hablar de nada más, aludiendo al cansancio extremo que sentía. Reconozco que su actitud de aquella noche sembró en mi pecho la semilla de la duda, semilla que se convirtió en un espinado y leñoso tallo con el paso de los días.

Maia me visitó una semana después de ese suceso. Como de costumbre, nos sentamos en el gineceo, rodeadas por el frenético trajín de las esclavas que tejían en él. Charlamos de todo un poco: de sus miedos ante el parto que se acercaba, de las incomodidades de su embarazo, de nuestra primera vez en las tesmoforias... A veces la veía observarme un largo rato, posando sobre mí una mirada transparente y compasiva que yo atribuí a mi falta de preñez. En consecuencia y como cabría esperar, yo trataba de mostrarme afligida e inmediatamente dirigía la conversación hacia otros derroteros menos comprometedores.

El murmullo del exterior llegaba hasta donde estábamos. Esa noche Demócrito pretendía dar una fiesta a la que estaba invitado mi padre y el de Maia, así que aproveché la ocasión para aclarar algunas cuestiones que me impacientaban.

—Dime, Maia, ¿crees que esta noche acudirá al simposio aquella mujer que vimos en la colina de la Pnix?

Apretó el ceño como haciendo memoria.

—Sí, ¿no te acuerdas? —añadí—. Penélope.

—Oh, sí, claro... Vaya, no lo sé. ¿Por qué lo preguntas? ¿Te preocupa su llamativa presencia ante tu esposo?

—Oh..., sí..., por supuesto. Es muy hermosa, y no niego que me cause cierta inseguridad verla contoneándose por aquí esta noche —respondí, valiéndome de tono deliberadamente afectado.

—Por lo que le oído decir a mi madre, no tiene de qué preocuparte. Penélope es de gustos más... elevados, y no creo que tu esposo esté entre sus preferidos. Cuentan que tiene una relación con uno de los magistrados más importantes de Atenas, y que él la mantiene rodeada de lujos. Penélope acude a este tipo de celebraciones solo si acude su amante, pero no se relaciona (ya me entiendes) con ningún otro hombre.

—Comprendo. Y ¿sabes dónde vive?

—¿La fulana?

—Sí, aun así, me siento insegura. Me gustaría saber cómo de lejos está su casa de la mía —disimulé.

—Bueno, si no recuerdo mal..., vive más abajo del ágora, no muy cerca de aquí. ¡Puedes estar tranquila! —respondió con una sonrisa pícaro.

Kissa entró en ese momento. Se acercó hasta nosotras y aprovechó la ocasión para alabar el vientre de mi prima, que ya empezaba a mostrar las redondeces propias de sus cuatro meses de embarazo. Hecho esto, se unió al resto de sirvientas, algunas de las cuales canturreaban alegremente haciendo su trabajo.

—Agnódice, ¿le ocurre algo a Kissa? Cada día que la veo está más desmejorada. Espero que no esté enferma. No te imaginas la suerte que tienes con ella. ¡Ojalá yo pudiera decir lo mismo de la mía! Pero la muy cotilla no hace más que traer y llevar chismes de un lado para otro...

Aunque continuaba con el parloteo, la voz de Maia fue apagándose poco a poco para mí. Mi atención se encontraba ahora en otra parte, justo donde estaba mi niñera, que parecía absorta en la conversación que mantenían un par

de esclavas. Parecía. Porque yo la conocía bien y sabía que estaba taciturna, con la mente muy lejos del gineceo. Al verla allí, rodeada por la lozanía de las demás mujeres, noté la decadencia a la que se refería mi prima. Ahora estaba bastante más delgada, era cierto, y unas ojeras muy oscuras se le marcaban incluso a lo lejos. Su cabello, que antaño repasaba para no dejar crecer más de lo permitido en una esclava, estaba largo y desaliñado. La tensión por tener que ocultar mis engaños a mi madre, la persecución silenciosa de Ágata, el desprecio de las demás sirvientas que, gobernadas por la anciana, no terminaban de aceptarla entre ellas...: todo eso llevaba a mi querida Kissa por un camino pedregoso nunca transitado por ella.

Entonces se dio cuenta de que la estaba mirando. En su rostro revoloteó una sonrisa que hubiese resultado convincente de no ser porque estaba coronada por la más triste de las miradas. Después de eso, no necesité más señales para empezar a preocuparme seriamente por ella.

PENÉLOPE

Traté de salir de mi habitación para ver si Penélope había venido al simposio, pero me lo impidieron dos esclavos que estaban apostados a ambos lados de mi puerta. A estas alturas no me cabía ninguna duda de que Demócrito los había puesto ahí. Me recosté en la cama y traté de encontrar la manera de dirigirme a la parte baja del ágora sin ser vista. No tenía ninguna excusa para ir hasta allí. Todos mis familiares, incluso las pocas amigas que había hecho en mi etapa de casada se encontraban a las faldas de la Acrópolis. Para cualquier otra tarea ya estaban las esclavas y, en esa casa, yo solo contaba con una de mi entera confianza.

A la mañana siguiente tomé la decisión de hablar con Kissa. Le trasladé la preocupación que sentía por ella, le pedí que se sincerara conmigo y que aceptara mi ayuda en caso de necesitarla. Su respuesta fue la misma para todas aquellas cuestiones: «Necesito más tiempo para adaptarme, pero estoy bien». Frustrada en mis intentos por encontrar justificación, y viendo la incomodidad que le provocaban mis preguntas, decidí cambiar de tema e informarle de mis nuevos planes. Quería que acudiera esa misma mañana a la fuente sureste en busca de agua, así tendría una excusa para preguntar la ubicación exacta de la casa de Penélope. En un principio no entendió por qué le pedía aquello, pero le prometí que ya le daría las explicaciones más tarde y, aunque a regañadientes, accedió. Cuando regresó lo hizo con la dirección solicitada. Por lo visto no le había costado mucho, pues la hetera era muy conocida por cualquiera de los hombres del lugar, y mucho más por las esclavas sedientas de chismorreos de la plaza.

Así pues, decidí que ya encontraría la manera de cruzar el ágora en busca de Penélope. No sabía muy bien qué le diría, ni siquiera a quién más podría encontrar allí; tan solo el inmenso deseo de acudir, como si algo más poderoso que yo tirase de mí hasta aquel lugar desconocido. Abrí uno de mis arcones y

cogí un himación verde para mí y otro rojo para Kissa. Comprendí que sería mejor llevarla conmigo a todas partes y evitar así que se quedase en la casa expuesta a las amonestaciones de Ágata. Totalmente ocultas en nuestras ropas y con el propósito de pasar inadvertidas, cruzaríamos la ciudad. No pude evitar sentir un escalofrío de excitación por lo arriesgado de la idea, y comencé a pedir a los dioses la templanza suficiente para lograr mi cometido sin ser descubiertas.

Después del almuerzo resolví que había llegado el momento de acudir al encuentro de la misteriosa mujer. Monté en el carro con la excusa de visitar la casa de mi padre. Cuando comencé a divisar la vivienda de mis familiares, nos cubrimos el torso y las cabezas con el himación, dejando a la vista solo nuestros ojos.

—Regresa a por nosotras cuando caiga el sol —le dije al conductor de la carreta.

Disponía de menos de tres horas para llegar a pie hasta la casa de la mujer, hablar con ella y regresar de nuevo a hacerle una fugaz visita a mi madre. El sonido de las ruedas del carro desapareció, y nosotras miramos alrededor para comprobar con alivio que nadie nos había visto llegar. Kissa me miró y asintió sin determinación alguna; aun así, decidimos emprender el camino. Ella iba unos pasos por delante para no ser relacionada conmigo ni levantar sospechas, como habíamos acordado. Atravesamos el ágora por la Vía Panatenaica, con cuidado de no pisar los excrementos que iban dejando atrás los animales que tiraban de sus carros. Aunque la avenida estaba a reborde de gente, nadie reparaba en nosotras, todo el mundo tenía algo que hacer y en lo que ocupar la vista, y comencé a sentirme más liviana en el trayecto.

Al llegar a la altura del Altar de los Doce Dioses, Kissa se detuvo para asegurarse de que le seguía el ritmo; luego continuó caminando algunos estadios más, giró a la izquierda y dejó atrás la ancha vía principal. En la Estoa Real —por donde ahora pasábamos— algunos hombres parloteaban al refugio de sus gruesas columnas, guareciéndose de la llovizna que comenzaba a caer y que mi niñera decidió ignorar para seguir de largo. No mucho más lejos de allí, giró a la derecha, pasando por uno de los laterales de la imponente Estoa de Zeus. A pocos metros la vi adentrarse un callejón al lado, por el que a duras penas pasaría un carromato, y continuar un poco más, conmigo cuan perro fiel siguiendo sus pasos. Se detuvo justo delante de un portalón de madera imponente y esperó unos segundos a que me colocase a su

lado.

La fachada frente a la que nos encontrábamos destacaba en tamaño y belleza frente a las pequeñas viviendas colindantes. El gran portalón, de madera oscura y lustrosa, ocupaba tres cuartas partes de su superficie. En él había algunos detalles labrados (como la figura de Atenea y sus serpientes, más cuatro mochuelos, uno en cada esquina) que parecían examinarnos con fijeza. Golpeé con la palma de la mano abierta; al no obtener respuesta, volví a aporrear con más fuerza. Mi niñera y yo aguardamos en silencio unos segundos. En su interior no se escuchaba nada. Repetí la acción varias veces más, hasta que, frustrada, puse la frente y las manos contra la madera. Justo en aquel momento, una mujer con el pelo muy corto y la cara consumida por la curiosidad abrió y asomó su naricilla.

—¿Qué deseáis?

—Me gustaría hablar con la dueña de la casa.

—Se dispone a salir. Vuelve en otro momento.

En ese instante intercepté la puerta con mi pie, pues ya la cerraba, e insistí de nuevo.

—Será una visita muy corta. Dile que Agnódice desea verla.

La esclava apartó mi sandalia de un puntapié y luego cerró dando un portazo que me pareció más fuerte del necesario. Kissa, previendo que no nos atendería, comenzó a insistir para que nos fuésemos; pero yo, algo más optimista, le pedí que aguardara unos minutos. La puerta se abrió de nuevo y por ella apareció la misma mujer. Con un gesto rápido de la mano nos indicó que podíamos entrar; una vez dentro, nos pidió que aguardáramos allí. Volteó para subir velozmente por unos escalones, y desapareció en la oscuridad del interior de la vivienda.

Nos encontrábamos en medio de un jardín de mediano tamaño y a rebosar de plantas, donde abundaban sobre todo los rosales. Entre la vegetación se encontraba un pequeño estanque en cuyas aguas salpicaban las gotitas de rocío. Además, flotaban en él unas extrañas plantas que llamaron mi atención por encima de todas las demás. Me retiré el himatión de la cara y me acerqué hasta la llamativa flor que se abría sobre el agua, decidida a descubrir su perfume. Este resultó ser muy delicado y agradable, lo que me llevó a aspirar varias veces más. Por un momento, con mi cara inmersa entre los sedosos pétalos rosados, me pregunté qué hacía yo realmente allí, sin tener la seguridad de que la mujer a la que iba a visitar me recibiera y, en caso de que

lo hiciera, sin que nada asegurase que fuera capaz de salvaguardar mi visita en secreto. En aquel momento, Penélope apareció por la puerta. Me observó desde lo alto con el rostro inexpresivo, y así estuvo varios segundos que se hicieron, a mi juicio, eternos. Finalmente, rompió aquella tensión con una sonrisa, y yo suspiré de alivio, sin escapármeme que Kissa hizo lo mismo a mi lado.

—El nenúfar tiene un perfume peculiar, ¿no es cierto?; aunque, según mi gusto, demasiado discreto para la enorme belleza que atesora. Vamos, subid, no quiero que la lluvia os empape.

La estancia era completamente diferente a cualquier otra que hubiese visto antes. No disponía de patio central y tenía grandes ventanales que daban al jardín. La decoración era colorida y llena de detalles que me resultaron extranjeros. La hetera nos indicó que nos sentásemos en dos sillas que tenía junto a uno de los ventanales. En frente había una mesa donde la criada ya nos estaba sirviendo unas bebidas vaporosas, sin dejar de examinarnos en ningún momento con sus ojillos de roedor. Penélope se sentó frente a mí en un sofá alargado repleto de cojines vistosos y brillantes, y Kissa prefirió quedarse de pie tras el respaldo de mi asiento.

La luz que entraba por la ventana iluminaba la faz de Penélope, vivamente maquillada. Llevaba un chitón color azafrán, como el día que la había visto por primera vez, y una gruesa trenza anaranjada descendía por un hombro para descansar justo encima de uno de sus tersos pechos. Me miraba en silencio, con la misma mirada gatuna con la que lo había hecho en nuestro primer encuentro. Por un instante me quedé totalmente cohibida ante la intimidatoria belleza de aquella mujer. Retiré los ojos de ella y miré en torno a mí; todo era naranja o rojizo: las paredes, las alfombras, incluso la misma Penélope. Daba la impresión de que estábamos en una habitación en llamas. Y al darme cuenta de eso, de ese fuerte simbolismo, el ánimo necesario para comenzar a enfrentar la situación llegó de golpe.

—Bien, Agnódice —dijo, arrastrando lentamente las letras de mi nombre—, ¿a qué debo el placer de tu visita?

Había ensayado mi respuesta varias veces de camino hasta allí, sin embargo, en el momento de decirlas, las palabras elegidas sonaron estúpidas en mi cabeza, por lo que las retuve. A su vez, ella continuaba observando como yo vacilaba en mi interior, con los ojos entornados y una media sonrisa que me pareció inquietante. Entendí que no diría ni una palabra más hasta que yo hablase.

—Necesito tu ayuda. Solo que... no sé muy bien cómo podrás ayudarme.

La mujer se removió en su asiento antes de coger su copa e indicarnos que hiciésemos lo mismo.

—Muchacha —dijo, dirigiéndose a Kissa—, ahí hay un asiento para ti. Por lo que puedo ver tu ama no tiene prisa, mejor y espera sentada hasta que sepa qué decir.

En busca de las palabras adecuadas, me puse en pie y eché a andar por la habitación. Estaba nerviosa y no podía disimularlo ni en el modo de caminar ni en el de frotarme las manos. Al fondo me detuve frente a la talla de una mujer, que se me asemejó a la diosa Madre Rea, por estar sentada junto a un majestuoso león. Sobre esta, un llamativo tapiz captó mi atención. Dibujado en él había un pequeño puerto marítimo, tras el cual se extendían largas extensiones verdes y poco pobladas. Aunque podían parecerlo, aquel lugar y aquella diosa, desde luego, no pertenecían a Atenas.

A mi espalda, percibí como Penélope cambiaba de posición en su asiento, y también el largo suspiro de Kissa —dijo la hetera.

—Es Tracia, el lugar donde nací.

—Parece hermoso tu país. Creo haber escuchado decir a mi padre que ahí solo habitan bárbaros; sin embargo, tú pareces muy refinada —dije volviéndome hacia ella.

—¿Muy refinada para ser tracia o para ser prostituta?

Sentí como se me arbolaban las mejillas, pero no reprimí la respuesta.

—Para ambas cosas, supongo.

Penélope se echó a reír y, arrastrando aquella hilaridad consigo, se puso en pie para andar hasta donde yo estaba.

—Me caes bien, Agnódice: no tienes pelos en la lengua, algo en lo que ambas coincidimos. Ahora por fin haces honor a tu idiosincrasia. ¡Oh!, no me mires así, todos tenemos una, las atenienses también. Pese a lo que pueda pensar el honorable Tersipo, los tracios somos un pueblo civilizado y lleno de riqueza, y mi apariencia dice más de mi cultura de lo cabría esperar. No te dejes engañar por mi acento, pues lo adquirí al escuchar a mi madre y no tanto por el escaso tiempo que viví en aquel país. Ella me trajo a Atenas cuando yo era muy niña. Me he empapado más de esta cultura y modo de vida que de la de mi país de nacimiento. Pero no creo que hayas venido a mi casa para conocer mis raíces... ¿O sí?

Penélope se dirigió entonces a un brasero que ardía detrás del asiento del que se había levantado; cogió algunos troncos secos de una cesta de mimbre y

los echó en su interior. Al recibir aquello, las llamas comenzaron a agitarse con furia.

«Brasas, alborotadas llamas...: aquí todo me lleva al fuego», pensé, notando como se me aceleraba el corazón.

—No, claro que no —repuse—, pero antes debo saber si puedo confiar en ti. Lo que voy a contarte no debe salir de esta casa.

Sin apartar sus ojos de los míos, la hetera llamó a su criada y le dio el orden de trancar todas las entradas. La mujer (que debía estar detrás de una de las puertas por la rapidez con la que apareció) comenzó a cerrar una a una las tres entradas que daban paso a la estancia, mientras Penélope y yo nos sentábamos de nuevo.

Durante un buen rato le relaté concienzudamente todo lo que me había hecho tomar la decisión de ir hasta allí: mi pasión por todo lo relativo al arte de la Medicina y mis ansias de ejercer esa profesión algún día; la emoción que sentí cuando tuve que atender el parto de mi madre, y cómo eso había nutrido mis deseos; hasta llegar al sueño que tuve en el Partenón y en el que la diosa me indicó las señales que me trajeron hasta el lugar donde ahora estaba. Cuando terminé de hablar me percaté de cómo Kissa se encogía y agarrotaba a mi lado; Penélope, en cambio, se mostraba tan flemática como al principio.

—Si no entiendo mal, vienes a mí porque la diosa Atenea te lo ha inspirado en un sueño. Con todo, y pese a tantos y tan estrambóticos detalles, sigo sin saber muy bien en qué puedo ayudarte. No sé nada sobre Medicina ni acerca de pócimas medicinales, y jamás he atendido un parto en toda mi vida. Creo que te has equivocado. Además, aunque pudiera ayudarte, jamás podrías ejercer esa profesión. ¡Eres una mujer! ¿Por qué quieres perder el tiempo?

—Ese sería mi problema, en todo caso. Primero debo aprender y luego ya veré cómo lo pongo en práctica.

—Yo pienso lo mismo que ella, Agnódice —dijo Kissa mientras se ponía de pie—. Vamos, debemos irnos, el sirviente de tu esposo pasará a recogernos dentro de poco.

—¡Por los dioses, Kissa, no seas impaciente! —exclamé al ver que mis deseos cada vez estaban más lejos de cumplirse—. Penélope, no me preguntes cómo, pero lo sé. Sé que la diosa se refería a ti. Todas las señales me han traído hasta tu casa. ¡Mira a tu alrededor! Si tú no eres el fuego, entonces, ¿qué lo es? ¡Ayúdame, te lo imploro!

La mujer torció la sonrisa y negó con la cabeza.

—¿Sabes? La primera vez que te dirigiste a mí también fue para pedirme

ayuda. Tal parece que yo estoy destinada a ser tu única fuente de sabiduría en toda Atenas —dijo, a la vez que se levantaba.

Un chasquido sonó detrás de ella. El crepitar del fuego se hizo más intenso y una violenta llamarada se escapó del brasero. En el aire quedaron multitud de chispas encendidas que fueron descendiendo muy despacio, cuando por fin yo supe el modo en que ella me podría ayudar.

—¿Cómo has dicho, Penélope?

—Vamos, debes marcharte. En breve vendrán a recogerme y si te ven aquí estarás en un apuro.

—No, te lo ruego, ¿puedes repetir eso último? Lo de la fuente de... conocimientos. ¡Eso es! —De repente, mis piernas tomaron el control y, de un salto, me puse de pie y comencé a andar de un lado para otro—. ¿Creo que ya sé cómo puedes ayudarme!

Penélope y Kissa se sentaron al mismo tiempo, a sabiendas de que no saldrían de allí tan pronto como pretendían.

—Tal vez no sepas nada de Medicina, pero tienes conocimientos acerca de otras muchas cosas. Por todos es sabido que las heteras sois mujeres muy instruidas y que la libertad de la que disfrutáis os hace conocedoras de las ciencias y las artes, al aprenderlas directamente de los hombres con los que os relacionáis. ¿No es cierto?

—¿Quieres que sea tu preceptora? —dijo, dejando entrever cierta vanidad en el modo en que lo hizo.

—Sí, eso es. Me avergüenza reconocerlo, pero solo dispongo de algunos conocimientos en lectura y escritura que he ido perfeccionando gracias a mi tío y a los papiros médicos que me dejaba curiosear de vez en cuando. A parte de eso, sé algo de música, cálculo y, por la ocupación de mi padre, algunos escasos conocimientos sobre política. Solo rudimentos. Sin embargo, tú manejas este hogar sola, ¿me equivoco? Debes tener amplios conocimientos de administración y un cálculo matemático más elevado. Todo cuanto puedas enseñarme será bueno para mí.

Penélope se recostó en su asiento, apoyando las manos a ambos lados y con el rostro pensativo. Así estuvo varios minutos.

—Me han solicitado muchas cosas, créeme, pero nunca que ejerza de preceptora. Y sí, como bien dices, he aprendido mucho, aunque más que de los hombres con los que he estado, a través mi madre. Ella se ocupó de que fuese una mujer instruida. Me hizo curiosa, fuerte e inteligente, a sabiendas de que todo eso jugaría a mi favor en la profesión que me esperaba y que ella misma

ejercía. Mi madre administraba sola esta casa antes que yo, y nunca necesitó un hombre para hacerlo. Cuando llegó a Atenas, encontró un segundo hogar en el Jardín^[8], y no tardó en llevarme de la mano cuando yo cumplí los doce años. Gracias a todo eso he podido curtirme en muchas cosas que me han servido para llevar la vida con la que muchas como tú pareces soñar y que otras tantas aborrecen. Pero, aunque te cause una decepción —dijo, poniéndose en pie—, me temo que no podré ayudarte. No tengo tiempo para dedicarme a esos asuntos, mis horas están repletas de quehaceres: soy una mujer muy ocupada.

Fue directa a la puerta de entrada y nos indicó a Kissa y a mí que nuestra visita había tocado a su fin.

—Por favor... —imploré.

Con un gesto de la mano me hizo entender que no la convencería por más que insistiera. Entonces obedecí, arrastrando el alma y las vanas esperanzas que había cargado hasta allí por cada uno de los escalones. Una vez en el jardín, me volví hacia ella.

—Te pagaré. Remuneraré tus servicios, así no estarás perdiendo el tiempo. Dime cuáles son tus honorarios y los conseguiré.

Penélope, como si no me escuchara, pasó por mi lado y abrió el portalón que daba a la calle. A causa de la impotencia, yo ardía en deseos de llorar, pero, justo cuando pasé por su lado para obedecer sus deseos y salir, contestó:

—Está bien, lo pensaré. Te mandaré la respuesta con Eutalia, mi criada.

La abracé con tanto arrobo que tuvo que sujetarse a la puerta para no caer.

—¡Gracias, gracias, Penélope, muchas gracias!

—Todavía no he decidido nada, joven pertinaz—respondió sobre mi hombro.

Cerró el portalón y nosotras nos quedamos afuera, yo dando saltos de júbilo ante la raquíca esperanza de una respuesta afirmativa. Kissa hizo un aspaviento y me tendió mi himación.

—¿Quieres cubrirte? ¡Nos van a descubrir por tu culpa!

Luego echó a andar a paso ligero sin preocuparse de si la seguía o no. Juraría que iba murmurando maldiciones en su lengua nativa cuando logró alcanzarla.

Durante una semana entera pasé las mañanas esperando a que la esclava de Penélope golpeará la puerta de la casa con la respuesta, y las noches tratando de averiguar la manera de pagar a la mujer, en el caso de que aceptara.

Finalmente, al octavo día de mi visita, Kissa trajo un papiro de la fuente. Eutalia había esperado allí para encontrarse con ella y hacerle entrega de la misiva sin levantar sospechas. Nada más entrar a mi cuarto, se sacó el rollo de debajo de la ropa y me lo tendió. Lo desenrollé con el miedo de quien sabe que tiene todas sus esperanzas escritas sobre el papiro. El mensaje estaba redactado con una caligrafía límpida y bonita:

«Estimada Agnódice, acepto tu propuesta; al fin y al cabo, ¿quién soy yo para rechazar los designios de una Diosa?»

Puedes venir mañana, si lo deseas. Sé discreta, y trae siempre una dracma y media de plata contigo.

Esperando tu visita: El fuego»

Volví a leerlo dos veces más antes de dar crédito.

—Ha aceptado..., ¡ha aceptado, Kissa!

—¡Chist!, ¡baja la voz! Y ¿puedo saber cuánto te pide por enseñarte?

—Dracma y media cada vez que la visite.

Se acercó a la cama para sentarse en ella, con el rostro desencajado, y comenzó a contar enérgicamente con los dedos.

—Nueve óbolos, Kissa.

—Por los dioses, Agnódice. ¡Eso es lo que cobra un magistrado de la Heliea por un día de trabajo! ¿Y de dónde vas a sacar tú esa pequeña fortuna?

—Eso no será un problema. He tenido una semana para pensar con detenimiento cómo hacerlo: venderemos algunas piezas de ropa en el mercado. Seleccionaremos unas cuantas y las apartaremos de los ojos indiscretos de las esclavas; sé que son leales a Ágata, no deben enterarse de que esas prendas desaparecen. Elegiremos las mejores y tú misma las venderás en alguna zona apartada en el mercado.

—Pero... ¿y si se dan cuenta? Alguien puede reconocerme. Ese no es mi cometido, yo nunca...

—Ponte en una zona algo alejada de los edificios principales. Tus clientes deberán ser hombres jóvenes sin esposa que les teja todavía, metecos, heteras, algún que otro esclavo... No tengas miedo, Kissa, todo saldrá bien.

—¿Que no tenga miedo? Agnódice, tengo miedo desde el día en que te pusieron a mi cargo y descubrí esa tendencia tuya a la desobediencia. Tenía razón tu madre al decir que siempre andas en busca de algo... ¡Oh, pero qué curiosa y obstinada eres! ¿Como iba a saber que lo de ser médica iba en serio? Pensé que solo eran ocurrencias de niña, pero ¡¿cómo se te ocurre?! Y

encima quieres aprender de manos de una... mujer de honradez cuestionable. ¿Y si te delata? En esas mujeres no se puede confiar. Si se enterase tu esposo te... Y a mí me...

Me acerqué a ella y la cogí de las manos. Noté que temblaban y sentí una profunda lástima por el enredo en el que la estaba metiendo. Y lo peor de todo es que no pude restar un ápice de verdad a lo que dijo. Era una idea arriesgada, como lo era ir a por el aceite de cedro o acudir a casa de una hetera en busca de conocimientos prohibidos. Sabía que mis aspiraciones eran tan grandes como el riesgo que debía correr para alcanzarlas, y a la vez tan profundas que no podía negarlas y dejar pasar la oportunidad por el miedo que también a mí me atenazaba.

—No puedo hacer esto sola, Kissa, y sabes que solo confío en ti. Confía tú en mí. Te prometo que, en lo más profundo de mi alma, sé que esto será bueno para las dos.

—Ya sabías que accedería a ayudarte antes de preguntarme. —Su tono sonaba duro y desconcertante—. Solo espero que no te equivoques y que todo esto, en vez de ayudarnos, no nos hunda... a las dos.

Se liberó de mis manos y salió de la habitación sin decir nada más. Y, por primera vez desde que la conocía, temí perder el afecto de mi amada niñera.

LA REVELACIÓN DE DELPHOS

Esa noche Demócrito me pidió que lo acompañara durante la cena. Cuando llegué al comedor, las esclavas estaban terminando de colocar las bandejas con viandas sobre la mesa. Él se encontraba prendiendo la gran lámpara que estaba en el centro de esta y que luego iluminó de dorado todos los apetitosos alimentos. Al ver que llegaba, me dedicó una mirada indiferente y tomó asiento. Yo estaba famélica, así que no esperé para sentarme a probar la gallina asada acompañada de hortalizas que una de las criadas ya había comenzado a servirme.

—Has tardado. Te mandé llamar hace mucho tiempo.

Tuve que esperar a tragar para responder. Al mirarle, vi que hacía una mueca de dolor y se llevaba la mano a un lado de la cara.

—¿Te ocurre algo?

—¡Oh!, es esta maldita muela. Me está destrozando la boca y la vida desde hace tres días.

—En ese caso, tal vez te alegre saber que tengo un remedio bastante potente para aliviar el dolor; mi tío me lo ha traído en su última visita. ¿Quieres que te lo traiga?

—Luego; ahora tenemos que hablar de otros asuntos que me molestan más que un diente podrido.

Me llevé la copa a los labios, empezando a sospechar en qué puerto atracaría ese barco.

—Debemos hablar de tu estado o, mejor dicho, de tu ausencia de estado. Llevamos casi un año de matrimonio y todavía no te has quedado encinta. Todos los amigos que contrajeron matrimonio en la misma época que yo serán padres próximamente. ¡Dioses, si hasta el enclenque de Arístides ya tiene a su hijo en brazos! ¿Hay algo mal en ti?

—¿Lo preguntas o lo afirmas?

—No seas irreverente. Sabes que no me gusta que me hables así.

Puse la copa con deliberada lentitud sobre la mesa antes de contestar.

—No sé a qué te refieres. Mi madre tardó años en tenerme a mí, y no está enferma.

—Y a eso me refiero: tu madre no tiene hijos; tal parece que los mate antes de nacer o cuando nacen. Pobre Tersipo, ¡cuánto lo compadezco y cómo comprendo su frustración!

Me levanté inmediatamente al escuchar aquello.

—Discúlpame y vuelve a sentarte, anda —dijo moviendo las manos en gesto de súplica—. Es esta maldita muela la que me hace estar de pésimo humor. Lo que quiero decirte es que te llevaré al médico para que le cuentes tus cosas... de mujeres. Tal vez tengas algo malo dentro y él pueda ayudarte.

—No necesito otro médico. Mi tío ha estado aquí hace tres meses y no ha visto que me ocurra nada malo.

—¡Y qué me importa a mí lo que diga ese comedor de excrementos! Irás a mi médico de confianza mañana y hablarás con él. Mi madre te acompañará y no hay más que hablar. Dile que te mande algo para acelerar el proceso de concepción, lo que sea. Y, si estás enferma, deberás regresar con tu padre. No seguiré perdiendo el tiempo contigo si no eres capaz de darme un hijo ya. ¿Has entendido?

Con mucho gusto hubiese aceptado regresar a casa de mi padre, pero sabía que no podía permitírmelo. No ahora. Si volvía a mi antiguo hogar no podría salir de la casa a solas, como ahora hacía, y no tendría las excusas con las que contaba como mujer casada para poder escabullirme a estudiar con Penélope. La poca independencia que me brindaba el matrimonio sería anulada al regresar bajo la tutela de mi padre.

—Sí, lo he entendido —repose con fingida mansedumbre—. Me duele un poco la cabeza.

—Vete si quieres, no tengo nada más que decirte. Mandaré un sirviente a recoger el calmante para mi dolor de muela, así que tenlo preparado.

—¡Oh, por supuesto! Lo tendré listo cuando vaya a por él. El dolor de muelas será el menor de tus problemas esta noche. Qué descansas.

Salí del comedor como quien escapa del Tártaro. El sonido de mis sandalias al golpear contra el suelo era lo único que se oía en la casa a esa hora de la noche. Durante todo el trayecto hasta mi cuarto no hacía más que recordar las palabras de mi tío al citar a Hipócrates: «El médico no debe valerse de la medicina para hacer el mal»; pero yo aún no era médica.

Una vez en mi alcoba, rebusqué entre los remedios curativos que había logrado reponer con la última visita de mi tío. El servil esclavo de Demócrito llamó a mi puerta tan puntual como esperaba. Abrí y puse el unguentario azul en sus manos.

—Cinco gotas directamente en la boca. Debe tragarlo de inmediato. Cuando lo haya hecho, coloca este frasco en el altar de la diosa Atenea, pues deberá pasar ahí toda la noche; solo así surtirá el efecto deseado. ¿Te acordarás?

El criado no pareció cuestionar ninguna de mis instrucciones. Me ofreció un gruñido por respuesta y se perdió en la oscuridad del pasillo con el frasco de poderoso purgante entre las manos. Luego, aguardé a que todo el mundo se hubiese dormido, salí al patio central y me encaminé al altar de la diosa. Allí se encontraba el unguentario, tal y como le había pedido al esclavo. Lo intercambié por el verdadero remedio para el dolor que llevaba envuelto en mi ropa, y regresé confiada a mi habitación. Al fin y al cabo, no había mentido a mi buen esposo: el dolor de muelas pasaría a un segundo plano de inmediato.

Lo primero que hice una vez lista aquella mañana, fue ir a comprobar el efecto que aquel brebaje había obrado en el cuerpo de Demócrito. Sus genios se escuchaban desde el pasillo que llevaba hasta su baño personal. Me detuve en el quicio de la puerta y pude comprobar cómo se revolvía entre retortijones, con las posaderas embutidas dentro de un cubo de madera. Como sospechaba, había tenido la perspicacia de hacerle probar el preparado a una de las criadas, y esta, a su lado, con el verdadero calmante en la mano, le describía la insensibilidad que notaba en el interior de la boca. Libre ya de toda sospecha, abandoné la casa lo más rápido que mis pies me lo permitieron.

La casa del médico estaba en el ágora, pasando la fuente sureste, cerca de la Estoa Sur. Había llegado antes de tiempo y ahora me tocaba esperar. Eché un vistazo rápido antes de tomar asiento y advertí que allí las únicas mujeres éramos Kissa y yo. A mi alrededor media docena de hombres aguardaban a ser atendidos, entre toses flemáticas y roncadas exhalaciones. Una hora después, el médico, un hombre grueso y entrado en años al que pareció desagradar nuestra presencia allí, me atendió. Conociendo de antemano mi «problema» gracias a Demócrito, durante un buen rato no hizo más que preguntarme acerca de la asiduidad con la que manteníamos relaciones sexuales, las posturas que practicábamos, e incluso se interesó por la existencia de otros amantes que

saciaran mis deseos a espaldas de Demócrito. Luego revisó mis genitales en busca de deformidades, para terminar recetándome unas hierbas que ni siquiera me molesté en memorizar.

Al salir de allí me cubrí la cabeza con el himatión y aceleré el paso hasta la casa de Penélope. No disponía de mucho tiempo y necesitaba comenzar cuanto antes con las lecciones. Durante el trayecto traté de tranquilizar a mi niñera explicándole que había tomado parte del dinero de mi asignación semanal para administrar las compras, y mi deseo de reponerlo con la futura venta de las telas.

Al entrar en la casa encontramos a Penélope recostada en uno de los asientos, medio adormitada. Esta vez su rostro no estaba maquillado y llevaba el pelo suelto y sin abalorios; sin embargo, aquello no restaba un ápice a su belleza peregrina.

—¡Oh! —dijo, desperezándose al vernos—, pensé que no vendrías. Vamos, siéntate, debemos empezar cuanto antes; tu tiempo es limitado y el mío muy valioso. Puedes darle el dinero a Eutalia —dijo al ver que se lo estaba ofreciendo a ella.

Eutalia cogió el dinero, lo contó delante de mí, asintió a su ama, y se perdió por una de las puertas. Entonces me dejé caer sobre los cojines que Penélope había dispuesto alrededor de una de las mesas, y sobre la había varios rollos de papiro. Penélope no cambió su posición.

—Llevo todo este tiempo pensando en lo que me dijiste, tu deseo de convertirte en médica —me dijo—. Si quieres mejorar lo poco que sabes, puedo ayudarte; pero el nivel de conocimientos al que aspiras, si no vas a disponer de ninguna posibilidad de ejercer la Medicina..., ¿para qué? Además, estoy segura de que ningún hombre se pondría bajo las manos de una mujer...

—Eso es porque ninguna mujer ha conseguido aprender como uno hombre ese oficio. Mi tío me ayudará, estoy segura. Y, en cuanto alcance los conocimientos médicos de un varón...

—¡Seguirás sin poder ejercer la Medicina! Y, en caso de saltarte la ley, te arriesgarías a la prisión o a algo peor. No pongas esa cara; mi intención no es desanimarte, no me malinterpretes, solo pretendo que seas realista y no comiences con algo que tal vez jamás llegues a terminar o, en caso de hacerlo, que nunca puedas ejercer.

Tal vez no fuese su intención, pero pronunció aquello de un modo tan categórico, y tan racional sonó todo lo que dijo, que los miedos que yo creía

dormidos se desperezaron levemente. No obstante, sus palabras eran ciertas. Yo era consciente de los infortunios que me aguardaban si cruzaba esa frontera. Incluso así, en lo más profundo de mi ser también sabía que llegaría a ser médica, aunque fuese en la clandestinidad o el destierro.

Cogí uno de los rollos de la mesa.

—Ya te lo he dicho. Lo que quiero es aprender todo lo que un hombre sabe antes de comenzar sus estudios científicos. Cuando llegue ahí, reflexionaré acerca de cuál será el siguiente paso. Reconozco que no tengo un plan. Algún día encontraré la respuesta. De momento, solo te pido esto —respondí, moviendo en el aire el rollo que tenía en la mano.

—Nadie puede negar que eres una muchachita apasionada, eso es de admirar. Ni las leyes de la ciudad ni el matrimonio, ni siquiera la cantidad de dinero que he pedido a cambio de mis lecciones te han hecho desistir. Admito que no esperaba verte aparecer por esa puerta hoy. A estas alturas no puedo negar la idea de que tal vez sí estés destinada a ser médica, Agnódice. Esto que hacemos puede ser tan divertido como arriesgado, como todo lo que merece la pena en la vida. ¡A que sí! Enseguida se deslizó a mi lado y cogió el rollo de papiro.

—Bien, no perdamos más tiempo. Ahora escúchame e intenta repetir del modo más parecido posible mi manera de recitar.

Su perfecta dicción, su tono pausado y su dulce acento extranjero produjeron un efecto hipnótico en mí. Los carnosos labios rosados se movían marcando cada acento y cada pausa con una dulce entonación que hacía que su voz pareciese música en vez de palabras que escapaban al aire. Cuando terminó, puso el papiro en mis manos impacientes.

—Este es un texto sencillo. Con el tiempo continuaremos con otros más complicados y, para terminar, leeremos algunos papiros médicos.

Levanté la vista del papiro y la miré sin poder disimular mi asombro.

—Sí, lo que oyes. Muchas de mis amistades son médicos que, al igual que tu tío, van de aquí para allá cargando con rollos científicos. Pero, como digo, eso será al final. Primera debemos abonar esa cabecita yerma y vacía de conocimientos para que puedan germinar algún día tan preciadas semillas. ¿Estás bien, Agnódice?

—¡Claro, eso sería de gran ayuda!

—Bien, pues vamos allá. Puede que la letra sea muy pequeña para empezar, pero quiero ver como recitas este bello poema de Homero.

Incapaz de disimular mi emoción, lo desenrollé, confirmando que, en

efecto, las letras eran muy pequeñas. Aun así, comencé a leer lo mejor que pude, parando y volviendo a empezar varias veces, interrumpiendo la lectura ante cualquier duda que me surgía. Al escucharme a mí misma, me parecía que el texto que recitaba era totalmente diferente al que acababa de escuchar de labios de Penélope, y no pude retener un bufido de frustración cuando finalicé.

Mi preceptora esperó paciente hasta que hube terminado; extendió luego su mano para que le devolviese el manuscrito, y dio un largo suspiro que terminó de anudarme la boca del estómago.

—Viendo cómo recitas queda claro que todavía tenemos mucho trabajo por delante. Me has escuchado leer poesía. Espero que hayas comprendido cuál es la intención de la lectura oral: transmitir a quien lo escucha toda la belleza del texto. No has estado ni cerca de esa finalidad. Pensé que estabas más avanzada, pero veo que te quedaste corta al describir como «escaso» tu aprendizaje...

—Me esforzaré, lo prometo —dije, tratando de mantener mi ánimo a flote.

—Eso espero, mi impaciente discípula, eso espero.

Cogió el mismo papiro y comenzó a leer los primeros versos, muy despacio, pidiéndome que la imitase cada vez que finalizaba un párrafo. Así pasamos dos horas de nuestro tiempo, en las que no pude probar ni los higos ni las uvas ni siquiera las deliciosas tortas que Eutalia había traído para nosotras. Kissa, que había estado muy atenta a mi trabajo, me recordó que el tiempo del que disponíamos había llegado a su fin. Me levanté de pésima gana y, para mi asombro, Penélope me entregó el poema en las manos.

—Guárdalo. No deben encontrarlo o te harán muchas preguntas que tal vez no quieras responder. Debes practicar la lectura como acabo de enseñarte y, la semana que viene, tal día como hoy, regresar para leerlo de nuevo. Si logras emocionarme probaremos con otros textos, e incluso puede que compruebe tu caligrafía. ¿Sabes escribir?

—Un poco...

—¡Que Hestia me acompañe! —dijo, poniendo los ojos en blanco—. Bien, vete ya.

Cuando llegué a mi casa, Ágata me esperaba en medio del patio, con los brazos cruzados y sus ojos recelosos fijos en mí.

—¿Por qué has tardado tanto? Mi hijo no está. ¿Te parece que son horas?

—He ido al médico, como me pidió mi esposo. Al salir de allí fui a visitar

a mi prima y, lamentablemente, se nos echó el tiempo encima.

—¡Por eso no es bueno que las mujeres salgan de casa por su cuenta! Tanta cháchara no es productiva para el hogar del hombre, pues hace que sus esposas desatiendan las labores. Ya ves, hoy he tenido que encargarme yo misma de poner en orden todo por aquí. Por otra parte, debiste llevarme contigo a visitar al médico. ¿Qué te ha dicho? ¿Estás enferma?

—No, no lo estoy; pero supongo que tu hijo o tú iréis a preguntarle personalmente.

—¡No seas descarada!

—Buenas noches, Ágata.

Y me perdí por el pasillo, loca de entusiasmo por lo vivido ese día y conocedora de que, por primera vez, podría aprender y progresar en algo que no fuesen las tareas domésticas.

Durante los días que siguieron a ese realicé algunos cambios en la organización del proceso de tejido, sobre todo en los roles de las sirvientas. De esta manera, mientras dos mujeres se encargaban de tareas más sencillas (como la limpieza de los vellones de lana o la preparación de los tintes), seis de ellas, el doble de lo habitual, tejían sin parar. Mientras tanto mi niñera y yo nos encargábamos de pesar y doblar la tela resultante, alterando las cuentas según nuestros intereses. Tras esto, separábamos las necesarias para, al amparo de la oscuridad de la noche, meterlas en el fondo de los arcones de mi habitación, mezcladas con el resto de mis túnicas, aguardando al momento más apropiado para darle salida en el mercado. Pero el proceso era lento, mucho más de lo que esperaba. Por este motivo, y mientras conseguíamos vender las primeras piezas, me vi obligada a coger parte de las tres dracmas semanales que tenía asignadas para las compras menores en el ágora, y a vender algunas joyas de plata y oro que me había regalado mi padre.

Por la noche, rendida por el trabajo extra, esperaba a que todos durmiesen. Cuando el silencio se extendía al resto de la casa, le pedía a Kissa que fuese mi oyente mientras recitaba una y otra vez el poema de Homero. Las primeras noches bostezaba sin parar o arrugaba la frente en señal de desaprobación. Entonces, yo recitaba en silencio y, cuando estaba segura de hacerlo mejor, lo hacía en voz alta de nuevo. Las últimas noches, antes de cumplir una semana, mi dicción sonaba correcta y mi inflexible oyente me daba el visto bueno con agrado.

El día que volví a casa de Penélope, ella asintió, complacida, y me felicitó

por los avances. Como había prometido, me dio un texto aún más complicado de leer y probamos la escritura de algunas letras. Su caligrafía perfecta me parecía imposible de reproducir, conque pasó a hacer unas menos intrincadas que imité sin tanto esfuerzo. Así transcurrió mi segunda tarde de aprendizaje, tan veloz como la primera. Pero, esta vez, y antes de irme, debía hacerle una última pregunta.

—Penélope, necesito que me ayudes con algo de carácter más... íntimo.

—Claro, ¿de qué se trata?

—Verás, no es ninguna casualidad que no haya tenido un hijo aún. Digamos que... no he sido madre todavía porque he estado usando algunos remedios para evitar que así sea..., ya me entiendes. Por desgracia, he tenido que deshacerme de ellos ante las sospechas de la madre de Demócrito.

Imagino que tú tendrás muchos conocimientos acerca de este tipo de preparados, ¿no es así? Me preguntaba si podrías recomendarme algo más... discreto.

—Creo entender que usabas paños empapados en aceite de cedro, ¿me equivoco? La mayoría lo hace, y no, no son muy discretos, sobre todo si los usas a escondidas de tu hombre. Acompáñame —dijo, saliendo por la puerta que daba al jardín.

Allí giró a la izquierda, hasta un alto muro que se encontraba al fondo del vergel y por el que trepaban unas ramitas cubiertas de hojas en un tono verde muy oscuro. Por todas ellas había unos pequeños capullos blanquecinos que parecían aguardar a la estación de las flores para abrirse. Con un certero movimiento de sus manos, arrancó unos cuantos tallos que parecían secos, los sacudió y me los ofreció.

—¿Qué es esto?

—Silvae. Esta planta viene de mi país, no es muy conocida en Grecia. Mi madre la trajo con ella y la cultivamos aquí. Cuando murió, yo seguí haciéndolo. No trates de reproducirla tú, es muy delicada y necesita muchos cuidados para crecer en climas como este. Es mejor que esperes a que yo te la dé cuando la necesites. Guárdala entre papiros, en un lugar seco, y espera a que sus hojas crujan. Debes hervirla y beber su agua justo después del coito. Es algo amarga, pero no aromática, así que nadie sabrá que la tomas, al menos por su olor. Con esto evitarás la concepción.

—Y ¿esto funciona?, quiero decir, ¿es seguro?

—¿Ves algún mocosito correteando por aquí?

—¡Oh, claro! —respondí azorada—. Te lo agradezco, y te pagaré por las

plantas también.

—No, no es necesario; tómallo como un pequeño obsequio.

Las jornadas transcurrían con lentitud cuando esperaba a que llegase el día en que debía regresar a por las nuevas lecciones; sin embargo, una vez en casa de Penélope, las horas pasaban veloces. Así, entre idas y venidas a casa de mi preceptora, pasaron cuatro meses, los más emocionantes y fructíferos de mis dieciséis años de existencia. De este modo, y tras haber conseguido leer con soltura, pasamos a practicar con textos filosóficos de mediana dificultad que Penélope se esmeraba en explicarme con una paciencia digna de admiración. Luego, como había hecho siempre, permitía que llevase los rollos de papiro conmigo. En la intimidad de mi cuarto trataba de asimilarlos, impresionada por la belleza y la sabiduría que emanaba de ellos. Las palabras de Platón, Aristóteles y Sócrates se entremezclaban en mi mente, creando en mí nuevas ideas y planteamientos que, casi sin ser consciente, me ayudaron a entender mejor el mundo que me rodeaba. Más adelante, pasamos a aprender cálculos, subiendo la dificultad a medida que asimilaba lo dado con anterioridad. Gracias a una tablilla encerada que me había hecho Kissa, podía practicar matemáticas y también mi caligrafía, ahora mucho más legible y bonita.

Por su parte, Demócrito se impacientaba cada vez más ante la ausencia de embarazo. Este malestar se vio acrecentado cuando acudimos al acto de presentación en sociedad de la hija de Maia. La pequeña, de nombre Charis, había nacido sana y enérgica, algo que se reflejaba en el rostro enamorado de mi prima ante su delicada criatura. Demócrito se mostró distante e irritable durante toda la ceremonia. En un momento dado se acercó a mi padre y pasó un buen rato hablando con él. Ambos gesticulaban sin parar, con el ceño apretado, en vista de lo cual tuve la casi certeza de que el tema de conversación era yo. Tras esto, los dos hombres se separaron y no volvieron a dirigirse la palabra en el transcurso de la tarde.

Al volver a casa, Demócrito tomó mi cuerpo con más rabia de lo acostumbrado, tal vez creyendo que cuanta más fuerza ejerciera en el proceso, más probabilidades de embarazarme tendría. Había llegado al punto en el que, al despedirse de mí, ya no había besos ni caricias, y el lugar de los halagos lo llenaba ahora con reproches.

Tres días después decidió ausentarse una semana de nuestro hogar. Lo vi partir sin darme ninguna explicación y, sin pesar alguno, lo despedí desde la entrada. Durante el tiempo que estuvo alejado pude descansar de la

repugnante infusión de silvae y de las preocupaciones que tuvieran que ver con evitar la concepción. Por un instante creí que tendría la posibilidad de gobernarme con más libertad en la casa, pero la ingenuidad solo me duraría unas horas, las que tardaría Ágata en entrar allí junto a sus dos criadas personales. De esta manera, la anciana se convirtió en mi sombra durante siete interminables días.

Una tarde, cuando doblaba las telas en una de las cestas que luego llevaría a la plaza, Kissa entró a donde yo estaba, con gesto urgente.

—Agnódice, debes venir: ¡tu suegra esta como loca!!

Cuando llegué al patio, Ágata estaba colocada frente a las once esclavas que trabajaban en la casa. Al ver que Kissa venía detrás de mí, la obligó a colocarse junto a ellas. Hablaba a viva voz, increpando a las mujeres, que, al borde del llanto, no se atrevían a levantar la vista del suelo.

—¡Venga, confesad! Quiero saber quién de vosotras ha estado robando en el telar. Desde hace tiempo las cantidades de hilo que se sacan no tienen nada que ver con las piezas de tela que se producen para la venta. Falta hilo, tintes y de todo un poco... ¡Es como si alguien se lo estuviera llevando! ¿Quién de vosotras es el artífice de esta tropelía?

—¿Se puede saber qué está ocurriendo, Ágata? —interrumpí.

—Ya lo oyes: alguien está robando tela, entre otras cosas.

—Yo no he notado nada raro.

—Ah, ¿no? No me extraña. Llevas meses con la mente perdida entre pensamientos que solo los dioses conocen. Sin embargo, yo llevo notándolo desde hace tiempo. Pensé que era un error, que con el tiempo he perdido las facultades para pesar o contar la tela. Pero esta semana yo misma pedí a dos de mis más fieles criadas que tiñeran de púrpura el hilo de una túnica para el matrimonio de una de mis nietas. Y ¿qué ha pasado? Adivínalo. ¡Ha desaparecido! La he buscado por toda la casa y nada, no está ni esa ni ninguna de las otras sobre las que había puesto el ojo.

De alguna manera se me había ido de las manos el asunto de las telas. Noté como un torrente cálido subía por mi espalda y se detenía en mis mejillas. Estaba claro que había subestimado la inteligencia de aquella mujer y ahora estaba a punto de ser descubierta ante todos debido a sus maquinaciones.

—Tú —dijo, señalando a una de las esclavas más antiguas—, ¿tienes algo que decir?

La mujer bajó la cabeza y negó con ella. La vi tan aterrada que por un

momento pensé que sería capaz de reconocer una mentira con tal de librarse de las airadas acusaciones de Ágata.

—No ha sido ella. Lo he hecho yo.

La anciana se giró en mi dirección, y el resto de las criadas despegaron su mirada del suelo para hacer lo mismo.

—¿Por qué no me extraña? Ha sido tu criada, ¡a que sí! ¡La estás encubriendo!

—He dicho que he sido yo. El otro día perforé uno de los extremos del vestido y quedó inservible, así que me deshice de él.

—Y el resto de la tela, el hilo, el polvo de azafrán con que se tiñe.... ¿También ha sido tú?

—Como te he dicho antes, yo no he notado que falte ningún hilo, ni ausencias de ningún otro tipo. —Ágata trató de hablar de nuevo, pero, con un gesto perentorio de mi mano, lo evité—. Además, debes saber algo, Ágata, yo soy la mujer responsable de esta casa, no tú. Es mi deber y responsabilidad encargarme del tejido y gobernar a estas criadas según mis necesidades y las de tu hijo. Si yo digo que todo está correcto, es que lo está. Por otra parte, quizás te convenga saber que, si deseas tejer para tus nietas, deberás hacerlo en tu propio taller, y no en el de mi casa, al menos, no sin consultármelo antes. Así nos ahorraremos estos malentendidos tan desagradables. Vosotras —dije dirigiéndome a las criadas—, volved a vuestros quehaceres y demos por resuelto este tema.

Las mujeres desaparecieron por las puertas con la velocidad de un rayo, y pronto solo quedamos Ágata y yo en el patio, rodeadas por las tallas de las divinidades. La anciana caminó hacia mí, muy despacio, y con un tono tan siniestro que me puso los vellos de punta, dijo:

—Sé que has sido tú. Lo sé porque todo esto ha pasado justo cuando tú has llegado a la casa de mi hijo. Crees que mi pobre hijo será tu salvoconducto para obrar con total impunidad, pero te equivocas. Ya verás cuando se entere de cómo te has dirigido a su madre delante de la servidumbre. Por si fuera poco, sabes que todavía eres una niña a ojos de la sociedad, ¡no eres dueña y señora de nada! ¡No sin antes haberle dado un heredero a mi hijo! Creo que mi pobre Demócrito ya ha tenido demasiada paciencia contigo. Un año es más que suficiente para aceptar que debes estar seca por dentro, como lo está tu madre, y que jamás le darás un heredero.

Se giró y salió por una de las puertas del patio, dejando tras ella el estruendoso eco de un portazo que retumbó en toda la casa.

Me había excedido con Ágata; sin embargo, no sentía culpabilidad por el modo en el que me había dirigido a ella, aunque sí miedo de las represalias que su hijo podía tomar contra mí. Los últimos meses apenas había acudido a mi lecho y, cuando lo hacía, ya no me cubría de halagos ni me besaba con la pasión a la que acostumbraba. Y no es que lo extrañara, pero notaba como su deseo iba disminuyendo. Sin eso ni un heredero a la vista, sentía que mi presencia en esa casa corría serio peligro y que el día menos pensado podía repudiarme, como tantos hombres habían hecho con mujeres en idéntica situación a la mía.

La noche en que Demócrito regresó no hubo invitación a cenar juntos, ni tan siquiera quiso que le diese la bienvenida. Cuando entró a mi cuarto me encontró sentada sobre el lecho con las piernas cruzadas. Llevaba esperándolo desde hacía horas con la certeza de que su madre le había contado lo ocurrido días atrás. Al entrar, comenzó a sermonearme sin rodeos.

—Agnódice, debes saber que me gustan las mujeres con carácter, sobre todo si no estoy casado con ellas. Mi madre me ha contado que la has agredido en el patio, delante de las demás mujeres. No vuelvas a tratarla así jamás. Ella es tan dueña de mi casa como tú, o, si me apuras, incluso más. Averiguaré personalmente qué es lo que ha estado ocurriendo con las telas. Confío en Ágata, como mi madre que es, y, conociendo tus intrigas, mi confianza en ti es casi nula.

Sorprendentemente, dicho esto, relajó el tono con el que me hablaba. Rebuscó algo entre sus ropas y se acercó a mí. En su mano llevaba un broche con la forma del fruto del opio, que pasó a ponerme enseguida.

—Es un regalo que te he traído, aunque veo que no te lo mereces. Con esto la diosa Deméter por fin te permitirá concebir, ahora estoy más seguro que nunca. —Me miró como esperando a que yo hablara—. ¿No quieres saber por qué? Imagino que te preguntarás a dónde he ido y por qué he tardado tanto. Pues bien, ha llegado el momento de que te de la buena noticia: he ido a consultar el oráculo de Delphos. Los dioses han hablado y me han dado buenas noticias a través de la Pitia: me harás padre de tres hijos, y estos vendrán al mundo sanos y fuertes. Dos varones y una hembra. No está mal, ¿eh? A partir de ahora seré más paciente contigo, siempre y cuando no me des motivos para exaltarme. Ahora, duerme— dijo posando sus labios en los míos—, mañana deberás comenzar a coserle una nueva túnica nupcial a mi sobrina y necesitarás estar descansada. Que Morfeo te visite pronto.

Cerró tras él, y yo, en un acceso de ira, me arranqué el broche de la ropa y lo lancé contra la puerta.

«¡Nunca te daré hijos! —grité para mis adentros—. Aunque el dios Apolo te lo hubiese revelado directamente al oído, ¡eso no ocurrirá jamás!»

LA DOTE

Mi abuela solía decir que los ojos de los que nos aman son como espejos en los que se reflejan aquellos cambios sutiles, no los del cuerpo o el rostro, evidentes a todo el mundo, sino aquellos que suceden en lo más profundo del alma. Decía que solo los que nos conocen bien perciben esos cambios en nosotros; solo ellos pueden ser nuestros espejos.

Dos años después de haber comenzado a recibir las lecciones con Penélope, mi vida apenas había cambiado ante los ojos de los demás: seguía trabajando en el telar, atendiendo a todas las tareas de la casa, acudiendo a los actos religiosos como cualquier mujer ateniense... Era en lo más profundo de mi ser donde había tenido lugar la verdadera transformación. Durante ese tiempo había adquirido muchas nociones en filosofía, álgebra y oratoria; había aprendido a tocar a la perfección los instrumentos más nobles, como el oboe o la cítara; mi vocabulario también se amplió para enriquecer mis conversaciones. Los conocimientos que tenía mi preceptora resultaron ser más amplios y profundos de lo que jamás hubiese imaginado. No me quedaba duda alguna de que su mente prodigiosa había sido bendecida por la diosa de la sabiduría, la misma que había sabido dirigirme hacia ella para hacerme poseedora de las armas más poderosas que cualquier mujer griega pudiese poseer: la educación.

Mientras aprendía, de manera irremediable habíamos ido forjando una amistad, que ahora, a mis dieciocho años, valoraba como un tesoro de incalculable valor. Juntas, Penélope, Kissa y yo, formábamos un terceto armonioso e inquebrantable. Así pues, al terminar las horas de aprendizaje, siempre reservábamos un espacio en el tiempo para dedicarnos a alimentar esa amistad que poco a poco se fue convirtiendo en lo más parecido a la fraternidad que conocíamos. Durante esos dos años había aprendido a conocer a Kissa más de lo que lo había hecho en el tiempo que llevaba a su cuidado.

La influencia que Penélope ejercía sobre las personas era poderosa no solo a la hora de transmitir sus enseñanzas, sino también a la hora de abrir los corazones y sacar de ellos los sentimientos más ocultos, los secretos más arraigados. Al llegar a comprenderla, no me extrañó que fuese una mujer tan admirada por los pocos que la conocían, como temida por aquellos que jamás habían tenido esa oportunidad. Cuando había cumplido un año acudiendo a su casa, decidió que no recibiría más monedas por mi parte. Y a partir de ese día sus lecciones fueron totalmente desinteresadas, pues, según sus propias palabras: «La amistad no tenía precio, y en caso de tenerlo, el de la nuestra sería inestimable».

En casa de Demócrito la situación se había hecho cada día más insostenible para él, que no sabía a cuántos médicos llevarme para que confirmasen una y otra vez que estaba sana. Sabía que el único motivo por el que permanecía conmigo era por la revelación de la pitia en el oráculo de Delphos, dos años atrás, algo que yo me encargaba de recordarle cada vez que veía peligrar mi matrimonio y, por tanto, la libertad para seguir acudiendo a casa de Penélope. Pero si bien su paciencia parecía mantenerse por este motivo, su buen talante había desaparecido hacía mucho tiempo. Su crueldad hacia mí solo se equiparaba al complejo que sentía por ser el único hombre de entre todos sus amigos e importantes conocidos al que todavía los dioses no habían bendecido con un heredero, convirtiéndose, según él, en el hazmerreír de todos los reputados atenienses. Por suerte, las enseñanzas de Penélope no se limitaban solo a las cuestiones académicas; también había aprendido de ella a pensar dos veces antes de actuar, a sortear las provocaciones, y a respirar profundamente antes de dejar escapar mi ira ante sus continuos ataques. Gracias a esa templanza adquirida, las palabras que en otros tiempos resultaban tan hirientes y desataban mis más oscuros instintos, ahora solo eran sonidos que escapaban al aire.

Lo que sí perturbaba mi tranquilidad era el estado de Kissa, que continuaba adelgazando sin explicación. Yo la observaba comer con normalidad, sin embargo, su aspecto terminó por preocuparme tan seriamente que en cada visita de mi tío a la ciudad le pedía encarecidamente que la revisase. Eurípides accedía complaciente, pero, cuando salía de la habitación donde la había explorado, tenía un rostro grave que no coincidía en absoluto con un diagnóstico que siempre era el mismo: «Está sana, solo debe comer más». Así, pues, volvía a sumirme en la frustración y la impotencia de ver cómo mi amada niñera seguía consumiéndose día tras día.

Pero donde Kissa volvía a renacer era en casa de Penélope. Allí la veía liberarse de las preocupaciones que la devoraban y de su natural timidez, y transformarse en una muchacha animada y ocurrente. Muchas veces terminaba las tardes recitando bellas poesías en su lengua nativa; Penélope y yo nos mirábamos sin entender ni una palabra, pero coincidíamos en la expresión de deleite ante la entrega apasionada con la que la bella egipcia entonaba las frases. Otras, ella y Penélope tocaban algún instrumento, mientras yo cantaba las canciones indecorosas que las mujeres solían corear en las Tesmoforias, para luego acabar tiradas por los suelos, entre risas descaradas, ebrias de felicidad.

Durante los últimos meses Penélope me repetía con inagotable constancia que ya estaba preparada para la batalla que me esperaba. Las nociones básicas por las que tanto peleé estaban asimiladas desde hacía tiempo. Pero, como siempre que se acercaba algún momento trascendental en mi vida, me encontraba especialmente nerviosa. Me angustiaba imaginar el día en que ya no tuviese que acudir más a casa de mi preceptora, tan acostumbrada como estaba al agasajo de sus paredes flamígeras, a la protección de su firme carácter y a la alegría que desprendía todo lo que la rodeaba.

Una tarde luminosa de principios de *muniquión*^[9], nos encontrábamos sentadas en el jardín, medio adormiladas, recibiendo los primeros rayos de sol de la primavera. A nuestro alrededor todo era paz, esa paz a la que ya me había acostumbrado y que tanto temía extrañar algún día. Los pajarillos trinaban rebuscando entre las copas de los arbustos mas altos. Nos acompañaba, a su vez, el suave murmullo del agua del estanque y el zumbido de algunos insectos que, al igual que nosotras, se regocijaban en aquel vergel. Entonces, como si acabara de recordar algo importante, Penélope se levantó y entró en la casa. Salió de nuevo con un rollo de papiro que puso en mis manos sin demora. Se trataba de un poema de Safo. Habíamos leído muchos poemas de ella, pero nunca había tenido ese entre mis manos. Me quedé mirándolo con una mueca de extrañeza, y entonces me pidió que me levantase para leerlo frente a ellas.

Igual^[10] parece a los eternos dioses
quien logra verse frente a ti sentado:
¡feliz si goza tu palabra suave,
suave tu risa!

*A mí en el pecho el corazón me oprime
sólo en mirarte: ni la voz acierta
de mi garganta a prorrumpir; y rota
calla la lengua*

*Fuego sutil dentro mi cuerpo todo
presto discurre: los inciertos ojos*

*vagan sin rumbo, los oídos hacen
ronco zumbido.*

*Me cubro toda de sudor helado:
pálida quedo cual marchita hierba
Y ya sin fuerzas, sin aliento, inerte
parezco muerta.*

—Parezco muerta... —repetí en voz queda al terminar—. Pobre Safo...
¿Estaba enferma cuando lo escribió?

Penélope rompió a reír y me pidió de nuevo el rollo de papiro. Entonces comenzó su lectura de aquella manera suya tan arrulladora y, cuando acabó, pasó a explicármelo.

—Desde luego, Agnódice, ¿no tienes alma de poetisa! No, Safo no estaba enferma cuando lo escribió. Muy al contrario, estaba enamorada.

—¿El amor causa todos esos síntomas tan terribles? Más parece un papiro médico de los de mi tío...

—¡Oh, dioses! No seas necia. Es una manera de explicar lo que el amor supone para ella. Claro que, si no has estado enamorada, no lo comprenderás. Dime, Kissa, ¿tú lo entiendes igual que yo?

Mi niñera se encontraba contando, con simulado desinterés, los pétalos de una florecilla azul que tenía en la mano.

—Sí, claro que lo entiendo. El amor duele, es cierto; duele cuando llega, pero más cuando se va.

—Y, por lo que cuentas, has estado enamorada alguna vez. ¿No es cierto?

—preguntó Penélope, con la misma intriga que a mí se me había desatado al escucharla.

Por un momento pareció rechazar la pregunta. Tras unos segundos, dejó la flor a un lado y contestó, olvidando por un instante su reserva natural.

—Hace mucho tiempo. De mi esposo, por supuesto.

—¿Has estado casada? —las palabras de Penélope y las mías formaron un unísono que hizo que mi niñera adoptara la habitual sonrisa triste a la que ya nos tenía acostumbradas.

—Sí, lo estuve. Me parece que hace tanto tiempo de eso que se me hace raro recordarlo... Prácticamente nos criamos a la vez en una diminuta aldea de Menfis, y ya desde pequeños fuimos amigos antes que amantes. Éramos almas gemelas destinadas a estar juntas... o eso creo. Cuando yo tenía dieciséis años nos casamos en la aldea. Pero Alejandría comenzó a llamar la atención de los más jóvenes, que no tardaron en abandonar el lugar en busca de un futuro más próspero.

—¿Y vosotros?

—Nosotros probamos suerte en Alejandría, sí. Pero allí los indígenas éramos considerados ciudadanos de segunda, por lo que mi esposo prefirió venir a Grecia a probar fortuna. Y, en principio, tuvimos suerte. Hicimos negocios con tu padre, el buen Tersipo, que viendo las dotes para el comercio de mi esposo y que manejaba dos lenguas, se convirtió en su protector y lo inscribió en el demo de la ciudad. Al poco tiempo nos arrendó una de sus propiedades en el Pireo, donde vivimos los dos años más felices de mi vida. —Se le apagó la voz y le agarré la mano para que continuara—. ¡Oh, Agnódice!, no quiero que pienses que no he sido dichosa a tu lado, es que... eran otros tiempos, y yo otro tipo de mujer. Solo eso. Pero, tras esos dos años, la dicha llegó a su fin. Una terrible y contagiosa enfermedad se encargó de eso cuando atenazó a la ciudad durante un tiempo, llevándose por delante a muchísimos hombres, mujeres y niños. ¡Fue terrible! Mi esposo fue uno de los que perdió la vida. Osiris decidió reclamar su corazón un día tan luminoso como el de hoy, y yo me quedé sola y en la oscuridad por mucho tiempo. El resto ya os lo podéis imaginar. Por supuesto, no podía hacer frente al impuesto que me exigía el gobierno y, al ser mujer, tampoco podía llevar sola los negocios de mi esposo. La única salida era trabajar en el Pireo como pornai^[11], algo que descarté inmediatamente, o buscar trabajo en alguna casa, y eso hice. Tu padre se ofreció a cubrir los gastos del entierro de mi esposo, en Egipto, favoreciendo la vida eterna de su *Ka*, algo que jamás podré pagarle,

aunque dedique mi vida entera a ello. A cambio, yo me convertí en esclava de la familia y pasé a ocupar el lugar de tu antigua nodriza, que había fallecido en el mismo tiempo y por el mismo mal que mi amado esposo. De eso debes acordarte, Agnódice, porque estuviste apenada muchos días.

—Sí, es cierto. Yo tenía nueve años, si la memoria no me falla, y fue la primera vez que me enfrenté a la muerte de un ser querido, eso sí lo recuerdo bien. Entonces llegaste tú.

—Sí, es posible que por eso nos entendiésemos tan bien tú y yo. Las dos habíamos perdido a un ser amado para nosotras, y creo que las dos supimos ayudarnos, a nuestra manera, a superar el dolor. Con los años he entendido que perdí a mi esposo, pero no al amor que sentía por él, ese seguía en mi interior y, con el paso de los años, se transformó en otro distinto, pero igual de intenso. Agradezco cada día a los dioses míos y a los tuyos, Agnódice, que me hayan dado la oportunidad de volver a sentirme viva por dentro, contigo a mi cargo.

Poseída por el melancólico hechizo de sus palabras, apoyé mi cabeza en su hombro y la abracé con toda la fuerza de la que fui capaz. Su historia, como la de tantas otras mujeres en su misma situación, estaba cargada del dolor que causa la pérdida de quien se ama, pero también de fuerza y de una capacidad de superación que ahora me hacía verla con ojos renovados. Se me hacía extraño imaginar a Kissa como la administradora de su propia casa, siendo ella quien tomase las decisiones con respecto a su hogar, tal vez rodeada de sirvientas, algo que, debido a su humildad, jamás había dado a entender... Su timidez y esa tendencia tan suya de querer pasar desapercibida habían hecho que no la conociese realmente.

Tres días después de esa revelación por parte de mi niñera, recibí la visita de mi prima Maia. Su pequeña Charis entró primero que ella en el gineceo, abriéndose paso con tanteos diestros y elegantes. A sus dos años se había convertido en la versión diminuta de su madre, con una cabeza cubierta de bucles dorados y una sonrisa perpetua en su preciosa cara. La cogí en brazos y la llené de besos, mientras ella jugaba divertida con uno de los tirabuzones que me había hecho Kissa. Como de costumbre, mi prima contemplaba la escena con el semblante mohíno, en lo que trataba de sentarse con dificultad por culpa de su abultado vientre. A pocos meses de dar a luz lo que, según todos, sería un varón, mi prima estaba pletórica. Comimos y bebimos a placer mientras nos poníamos al día acerca de lo acontecido en las tres semanas que no nos habíamos visto. A veces me regañaba por mi falta de atenciones hacia

ella, me decía que no la visitaba como al principio, y luego me perdonaba y me pedía que intentase hacerlo más a menudo. Sabía que no le habían pasado desapercibidos mis cambios en los últimos tiempos, ya que solía alabar muy a menudo mi nuevo léxico o el modo en el que me expresaba. Y, sobre todo, decía verme más sosegada y paciente, y que ese estado de calma era lo mejor para mí si quería concebir un hijo. También me aconsejaba hierbas, posturas y oraciones que consideraba buenas para el embarazo y para llamar la atención de los dioses. Con el tiempo llevaba peor tener que mentirle, tanto a ella como al resto de mis seres queridos; tres años de engaños era demasiado tiempo. Y, aunque muchas veces ardía en deseos de sincerarme y decirle que no me ocurría nada, que simplemente no deseaba convertirme en lo que ella, mi tía o mi madre eran, luego recapacitaba a tiempo, pues entendía que sería más dañina la verdad que la desesperanza que le causaban mis embustes.

Cuando llamé al portalón, Eutalia salió a mi encuentro y me dio indicaciones para ir a casa de una vecina, pues Penélope había solicitado mi presencia allí. Sorprendida por lo que constituía una alteración en nuestra rutina, dejé a Kissa con ella y eché a andar hasta que, solo unas calles más abajo, en otro estrecho callejón, encontré mi destino de esa tarde. Al tocar, una anciana enjuta me abrió la puerta y me pidió toscamente que pasara. Dentro pude ver que Penélope estaba en medio de un minúsculo patio sombrío dándole órdenes a una esclava para que hirviese agua; al verme allí, me hizo un gesto con la mano para que fuese tras ella.

Revolvándose sobre su cama y profiriendo terribles maldiciones, encontramos a la que, según pasó a decirme Penélope, era una de las pornai más reclamadas de aquella zona. Por lo visto había estado intentando que varios médicos la examinasen, pero todos ellos se negaron en rotundo. No era de extrañar que no quisieran relacionarse con las enfermedades propias de las prostitutas, ni siquiera a cambio de unas monedas. Por ello, Penélope me pidió que yo misma la revisara, y yo accedí sin saber muy bien qué iba a encontrarme. Durante los últimos dos años habían llegado a mis manos papiros médicos, era cierto, pero la mayoría describían males comunes y poco o nada acerca de las enfermedades propias de las mujeres. En cuestiones de anatomía femenina tan solo tenía las referencias de mi propio cuerpo y experiencias y aquellas que me había brindado el parto de mi madre, años atrás.

Al colocarme a los pies de la cama de la mujer, le pedí que abriese las

piernas; entonces observé una serie de verrugas externas y unas secreciones verdosas que salían del interior de la vagina. No sentí repugnancia alguna, tan solo curiosidad desmedida por lo que quiera que debía ocurrirle en el interior a esa mujer para tener ese aspecto por fuera, unido al deseo de encontrar un remedio que calmase su evidente sufrimiento. Al preguntarle qué más síntomas tenía, me contestó que escupía sangre. Jamás había leído nada que tuviese que ver con lo que ella me contaba o con lo que mis ojos veían. Miré a Penélope y negué con la cabeza.

—Algo se te ocurrirá...

—No tengo la menor idea de qué hacer —dije en baja voz—, ¡lo juro!

—Penélope, ¿esta es la mujer de Demócrito? ¿La de la dote? ¿La que dices que es tan lista? Pues no se nota, mejor y se hubiese quedado en su casa. ¡Maldito sea este picor que no me deja vivir!

La mujer volvió a revolcarse en la cama, entre quejidos, y Penélope me pidió que regresara a su casa para que la esperase allí.

Cuando ella llegó a su casa, mucho más tarde, nos encontró a Kissa y a mí en los escalones del jardín. Se sentó entre las dos, y dejó escapar un largo suspiro de agotamiento. Por lo visto, solo había podido darle jugo de adormidera, a falta de un remedio más eficaz. Me sentía tonta e inútil, y apoyé la frente sobre las rodillas en señal de abatimiento.

—¿Para qué me has pedido que fuese allí si sabías que no podría hacer nada? Ha sido muy decepcionante... Ni siquiera supe diagnosticarla.

—Tiene gonorrea; es una enfermedad muy común entre las prostitutas del Pireo. La mujer trabaja en las calles, sin higiene, y así es muy fácil enfermar de ese mal.

—¿Y por qué no me lo dijiste? ¿Quisiste avergonzarme, Penélope? Dime, ¿fue esa tu intención?

—¡Claro que no, Agnódice! Solo quería que estuvieras delante de alguien que necesitase una médica, y entendieras lo importante que sería tu ayuda... si tú fueses una. Nada más.

—¿Qué tratas de decirme?

—Soy muy afortunada por tenerte como amiga. No me cabe la menor duda de que conocerte ha sido un regalo de los dioses y de que nuestra amistad durará siempre; pero creo que ya te he enseñado todo cuanto sé. A partir de ahora deberás buscar los conocimientos en otra parte. Hace meses que trato de decírtelo, pero estás tan acomodada que parece que...

—¡Qué! ¿Qué parece? —dije comenzando a impacientarme.

—Parece que ya se te ha olvidado por qué viniste a mí por primera vez: eso parece. Agnódice, tú querías ser médica, ese era tu proyecto. Pues bien, el futuro se ha convertido en presente y creo que ya es hora de que salgas ahí afuera y te enfrentes con ese tipo de situaciones. Involucrarte con el dolor y la enfermedad requerirá de ti otro tipo de preparación que yo ya no puedo ofrecerte.

Se puso de pie y caminó hasta un rosal que apenas podía sujetar sus ramas por el peso de las rosas rojas que cargaba en ellas. Olió una y la arrancó.

—Es curioso como el esplendor de la primavera puede hacernos olvidar que hay invierno, ¿no te parece? —se acercó a mí otra vez y me entregó la flor.

No volvió a hablar en un buen rato. Sabía que cuando ella hacía eso buscaba una reflexión por mi parte. Tenía razón, como siempre, y yo era consciente. Me encontraba ante el final de mi aprendizaje y ahora tenía la sensación de hallarme ante un precipicio aterrador del que debía saltar si quería conseguir aquello por lo que tanto había arriesgado. Recordé de nuevo a la dolorida prostituta revolcándose sobre la cama, e imaginé como hubiera cambiado la situación si, en vez de encontrar a una mujer torpe y asustada ante su enfermedad, hubiese visto a una médica preparada, capaz, expeditiva. El miedo pasó a ser un leve impulso de fortaleza.

Me levanté y me despedí de Penélope, que ya se encontraba de nuevo entre los rosales. Pero, al llegar al portón, recordé algo que había dicho la pornai.

—Penélope, antes la prostituta se ha referido a mi dote. ¿Qué quería decir con eso?

—¡Oh!, nada..., no quería decir nada.

—Para ser una cortesana no sabes mentir. ¿A qué se refería?

Se quedó un buen rato mirando hacia las flores que tenía delante, con aire reflexivo, y luego se decidió a contestarme.

—¡Ah, está bien! Por lo visto, en un simposio celebrado en casa de tu padre a él se le escapó la cantidad de dinero a que ascendía la dote que ofreció por ti. Los efectos del vino en las lenguas de los hombres, ya sabes... Esa información ha ido de boca en boca hasta llegar a oídos de la mujer que has visto antes.

—Sí, sé que ha sido muy alta: joyas y mucho dinero. Pero eso es lo normal, es decir, mi padre es un hombre adinerado...

—No, Agnódice —interrumpió con suavidad—, lo que tú conoces es solo la mitad de lo ofrecido. Esa es la cuestión. Tu padre le doblará esa cantidad a

Demócrito y le otorgará los poderes de una de sus fincas extramuros. Eso es más de lo que ningún hombre ha dotado a su hija, al menos, que yo conozca. Sí, yo también me quedé con esa cara de estupor, así que averigüé por mi cuenta a qué se debía tanto exceso. Por lo que sé, llegaron a un acuerdo prematrimonial en el que tu primer hijo sería adoptado legalmente por tu padre, convirtiéndose en su heredero y no en el de Demócrito. Solo cuando el niño tuviese dos años lo pondría en sus manos, y entonces él le entregaría el resto de la dote a tu esposo.

A través de las lágrimas apenas veía a Penélope, aunque supe que venía andando hacia mí. La dejé a un lado y me dirigí hacia al estanque. El sonido de los pájaros, el perfume de las flores o el arrullo del agua ya no existían en el mundo al que me había trasladado aquella revelación. Aparté los nenúfares y metí la cabeza dentro del agua tibia donde flotaban. No sé cuánto tiempo llevaba así cuando las mujeres halaron de mí hacia atrás. Tardé un buen rato en reaccionar, apoyada en el borde del estanque, mientras el agua se resbalaba por mi cuerpo hasta formar un charco debajo de mí. «Todo este tiempo he sido un instrumento para que mi padre pudiese tener un heredero —dije para mis adentros—. Ni siquiera para mi esposo; era para él. ¡Por los dioses!, ¿qué hubiese pasado si me hubiera convertido en madre hace tres años, cómo esperaban de mí?». Recordé a la pequeña Charis y sus mofletes sonrosados, e imaginé que alguien fuese capaz de arrebatársela a Maia de entre sus brazos. Jamás había conocido un aspecto más cruel y mezquino de mi padre, y comencé a sentir un desprecio irrefrenable hacia la imagen de él que se dibujaba en mi mente. Ahora entendía la paciencia de Demócrito y el deseo de tener tres hijos, y no dos, como la mayoría de los hombres quería; o la insistencia de mi madre para que me quedase embarazada cuanto antes, a sabiendas de que sería para complacer a su esposo y no al mío. Mi mente viajó en el tiempo, tres años atrás, hasta el día en que me enteré de que habían adelantado mi casamiento un año. Ahora lograba encajar las piezas sueltas en la conversación que había oído aquella tarde entre ella y mi abuela: «No accederá, lo cuestionará todo...», dijeron. Y tenían razón. Ese fue el único motivo por el que mi madre accedió a salir de su habitación tras la muerte de mi hermano: la idea de reponerlo tras mi matrimonio, aunque fuese a mí a quién se lo arrebatase para ello. Sentí un intenso mareo que me obligó a asirme al borde del estanque con más fuerza.

—Kissa, ¿tú sabías algo de esto?

—¡Oh no, por supuesto que no! Acabo de enterarme, igual que tú. Me

cuesta creer que tu padre pueda hacer algo así.

—Bueno, no es tan raro si eres una epíclera...

—¡Pero yo no soy una epíclera, Penélope! Para eso mi padre, aparte de no tener descendientes varones, tendría que estar muerto. Entonces mi hijo sería su digno heredero. No es lo mismo. ¡Para nada es lo mismo! Quiere que traiga un hijo al mundo y que se lo ponga en los brazos sin contar con mi aprobación. ¡Es inconcebible! —dije poniéndome en pie.

Impelida por la ira, crucé el portón a toda prisa, dejando a Kissa de pie junto al estanque y una rosa deshecha en el suelo. Temblando de rabia anduve por las callejuelas oscuras, por entre las estoas vacías y las que estaban llenas, como un barco roto a la deriva. Sin darme apenas cuenta, había llegado hasta la puerta Dípilon, la entrada principal de la ciudad. Su imponente presencia me recordó que tras ella se encontraba un camino comercial que podía llevarme hasta el puerto y hasta mis sueños lejanos ocultos tras el horizonte. Acaricié su áspera madera tratando de recordar las palabras que me había dicho Penélope. Tal vez fuese cierto, puede que necesitase este golpe de realidad, de dolorosa certeza, para desear cruzar la puerta que tenía delante y convertirme en médica de una vez por todas. Miré hacia arriba; el sol había comenzado a descender y el cielo estaba teñido de un intenso y premonitorio arrebol. Entonces decidí regresar a casa para poner fin a una paz que ya había durado demasiado tiempo. Al fin y al cabo, ¿para qué eran las armas que me había ofrecido Penélope sino para luchar?

Demócrito me esperaba en la entrada de la casa, con Kissa ya a su lado. Pasé por el medio y crucé la estancia sin mirar a ninguno de los dos a la cara. Sé que él me hablaba, pero no escuché ni una palabra ni de mí salió el intento de ofrecer explicación alguna. Fui directa a mi cuarto y me encerré en él, lo que luego supe por los demás que habían sido tres días y tres noches. No salí a tejer ni a cocinar, ni tan siquiera a comer en ese tiempo. Por alguna razón Demócrito no me pidió explicaciones después de esa noche, como si supiera que había descubierto sus maquiavélicos planes y que todo por lo que había aguantado a mi lado estaba a punto de irse al traste definitivamente.

A la confusión inicial que sentí tras la revelación de Penélope le siguió la total certeza de lo que vendría después: le pediría el divorcio a Demócrito alegando mi incapacidad para ser madre. Sabía que, después de tres años de un matrimonio sin frutos, nadie se atrevería a poner en duda esa cuestión. Luego regresaría a casa de mi padre y desde allí dedicaría mis días y mis noches a averiguar cómo viajar hasta Alejandría sin ser descubierta. La

traición de mi padre y el deseo interesado por parte de mi esposo me habían exonerado de toda culpa. Al menos, eso pensé aquella noche.

Poco sabía yo por aquel entonces que mi vida iba a dar un giro amargo que destruiría mi confianza, y que todo aquello por lo que había trabajado dejaría de tener sentido para mí.

RAZONES PARA SER MÉDICA

Penélope se ausentó un mes de la ciudad. Durante ese tiempo los motivos por los que salir de mi casa desaparecieron, a no ser que fuese para visitar a mis familiares o esperar a ser visitada por ellos. Mi madre vino a verme varias veces, advirtiéndome que algo me ocurría en cada visita. En las escasas conversaciones que mantuvimos fui incapaz de decirle que conocía la verdad, que sabía de sus embelecos para deshacerse de mí y obtener un hijo para su esposo a cambio. Podía entender que se debía a mi padre, por ser su tutor y protector, pero no el por qué había de mentirle a su hija para favorecerlo a él, y de paso, a ella misma. Pero en mis divagaciones resolví ofrecerme un tiempo para recuperar el control sobre mi mente y mis actos, y decidir correctamente el momento más apropiado para solicitar el divorcio ante el arconte. Sabía que si levantaba un revuelo en la familia, no contaría con esa ventaja sobre Demócrito.

La única persona con la que hablar se hacía una tarea sencilla era Maia. Ella siempre parecía saber cuándo me sucedía algo, incluso antes de oírme negar esa evidencia. Durante esas semanas se convirtió en un apoyo muy valioso para mí. Conocía el misterioso remedio con el que apaciguar mis nervios, pese a no conocer qué los provocaba. Se acercaba a donde estaba y me daba largos abrazos con los que reblandecía mis músculos tensos por la ira acumulada tras tantos días de pensamientos amargos. Eso, junto con sus palabras y su cotidianidad, me trasladaban a una infancia donde ninguna de las dos imaginaba aún las consecuencias de la vida que nos esperaba de adultas. Al mirar a la pequeña Charis jugar entre nosotras con sus juguetes, no pude evitar imaginarla entregándolos el día de su casamiento, despidiéndose de su infancia feliz y despreocupada para arrojarse a un futuro, en el mejor de los casos, como el nuestro. Viendo a la dulce criatura entre la paciencia y la aceptación tan propias de su madre, y la rebeldía que a mí me caracterizaba,

noté el aguijón de la angustia cuando entendí que, pareciéndose a cualquiera de las dos, terminaría siendo profundamente desdichada.

La estación de las flores dio paso al verano, mientras lo único en lo que ocupaba mis pensamientos era en averiguar la manera en la que escapar de la prisión en que se había convertido aquella casa a la que nunca consideré como mi hogar. Con el transcurso de los días la decepción fue dando paso al rencor, y poco a poco fui reconociendo en mí a la muchacha rebelde que había desaparecido durante los dos años de educación con Penélope. Cada día aguardaba la ocasión perfecta para contarle a Demócrito mi decisión de divorciarme de él; no podía evitar sentir cierta satisfacción al imaginar su cara o la de su madre al ver que era yo, la mujer que durante tres años había sido incapaz de darle un hijo, quién le pidiese el divorcio, y no al revés. Reconozco que la imagen de su rostro demudado por la noticia era lo único que me otorgaba cierto placer. Pero, antes de divorciarme, tenía que averiguar cuál sería el siguiente paso.

El día en que mi tío llegó a Atenas decidí salir de mi encierro e ir a visitarlo a casa de mi padre. Era la ocasión perfecta para hablar con él y no quería dejar pasar el tiempo para comentarle todo lo que rondaba por mi cabeza. Siempre nos habíamos entendido, conque acudí a su encuentro con la viva certeza de que esta vez no sería diferente. Después de fundirnos en un abrazo, él tomó asiento y yo comencé a pormenorizarle todo lo ocurrido. Le hablé de los remedios que tomaba para evitar ser madre; de lo que había averiguado sobre los planes que mi padre y mi esposo tenían para mi primer hijo; de mi intención de divorciarme cuanto antes; de mis sinceros deseos de convertirme en médica, como él; incluso le hablé de los años que había pasado con Penélope, aprendiendo todo cuanto la hetaira me había podido enseñar. Esto último fue lo único que logró demudar su expresión, como si el resto ya lo imaginase, lo supiese o lo intuyese.

Noté que me ardía la garganta tras el discurso apasionado que acababa de soltar. Tuve que sentarme y beber agua, y él hizo lo mismo.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —dijo casi en un susurro—. Creo que es demasiado para asimilarlo el primer día que piso la ciudad.

—Porque aquí es donde necesito que me facilites las cosas: quiero que me ayudes a salir de Atenas. Cuando me divorcie, iré contigo a Alejandría y estudiaré Medicina, a escondidas, si es necesario... o vestida de hombre. — Notaba en mi voz un nerviosismo incipiente, y traté de serenarme; no me

convenía mostrarle mi inseguridad en ese momento—. Tú puedes interceder por mí ante mi padre y convertirte en mi tutor en Egipto. Incluso podría trabajar contigo, aprender de ti...

Eurípides se levantó y comenzó a deambular por la habitación, frotándose las manos con nerviosismo.

—Me asustas, Agnódice. Hablas de divorcio... ¡por Zeus! ¿Qué te hace pensar que esas que has expuesto son razones suficientes para que te lo concedan en el tribunal? Y, en el caso de que así fuese, ¿pasarías de nuevo a estar custodiada por tu padre! Luego está lo de estudiar Medicina, lo de convertirte en médica... Para salir de aquí necesitas su consentimiento y eso no ocurrirá jamás. Además, aunque te lo permitiese, una vez allí, ¿estudiar a escondidas? ¡Oh, Agnódice!, no sé a dónde te crees que irías, pero la Escuela de Medicina de Herófilo no es como cualquier escuela ateniense. Allí jamás pasarías desapercibida. ¿Vestida de hombre? Por los dioses, ¿te has visto? Nunca lograrías engañar a nadie. —Había comenzar a temblar y tuvo que sujetarse a la pared en este punto—. No, no lo haré. Es demasiado arriesgado para ti y para cualquier implicado en esa idea de la que hablas. Sería como una trampa. Sabes que te amo, que eres como una hija para mí, pero nunca tendrás mi aprobación para eso..., y temo que tampoco la de tu padre.

—En el fondo tienes miedo de que lo logre, de que salga de aquí y te supere, de que consiga ser mejor médica que tú... Eres igual que todos: un necio egoísta que no mira más allá de sus narices y solo desea verme languidecer en esta ciudad cruel, rodeada de la maldad de los hombres como mi padre. Si no es con tu ayuda, lo haré por mi cuenta. ¡No te necesito!

Las lágrimas comenzaron a salir a borbotones y yo traté de quitármelas con fiereza de la cara para no dejar que me viera en ese estado de desesperación. Eurípides estaba lívido. Me observaba como si frente a él tuviese a una extraña enajenada en pleno apogeo de su delirio. No habló ni trató de serenarme, tan solo se mostró tenso y asustado. Me levanté y me acerqué a la puerta, todavía llorando. Me aseguré de que no hubiese nadie en el exterior que pudiera habernos escuchado y entonces me volví de nuevo hacia él.

—Espero que sepas guardar un secreto; si no es así, pregúntame a mí como se hace.

Durante las dos semanas que transcurrieron hasta que mi tío abandonó de nuevo la ciudad, me arrepentí de todas las palabras que le dije a aquel hombre al que amaba tanto como a mi propio padre. No tenía ningún derecho a tratarlo

así y fui consciente de eso poco después de salir de la casa aquel día. Tal vez en un estado de mayor serenidad habría podido explicarle mis deseos y planes desde el corazón, y no desde el oscuro pozo de miedo e inseguridades del que salió mi voz en aquel momento. Por otro lado, sabía que con mi tío se iría la única posibilidad viable para cumplir mis propósitos de estudiar el arte de la Medicina en Alejandría. Al negarse a satisfacer lo que le pedía, me encontraba de nuevo al borde del precipicio aterrador, mientras notaba como el viento rozaba peligrosamente mi espalda.

Una mañana, cuando colocaba las semillas junto a la figura de Atenea, alguien llamó a la puerta. La llamada parecía urgente, así que me adelanté a una de las esclavas y yo misma corrí a abrir. Era Akaikos, quien nada más verme agarró mis manos y tiró de ellas para sacarme de la casa. Por lo que pudo contarme en el trayecto, mi prima solicitaba verme en su casa; llevaba de parto desde la noche anterior y todavía no había dado a luz debido al encajonamiento del niño. Las ruedas del carro giraban a toda la velocidad que las mulas podían producir, pero a mí me parecían demasiado lentas. A medio camino el carro tuvo que detenerse porque había un atasco con los viandantes que se apuraban a acudir a esa hora al ágora. Incapaz de esperar un minuto más, me bajé de un salto y eché a correr a toda prisa.

Al entrar pude ver un numeroso y exaltado grupo de mujeres en el patio y, entre ellas, a mi madre. Al reparar en mí, me apremió para que entrase en el gineceo. Mi tía Galatea y mi abuela, junto a un médico que me dirigió una mirada abyecta nada más verme, estaban dentro con mi prima. Maia estaba totalmente lívida tumbada sobre su cama. No pareció darse cuenta de que yo había entrado y, miraba al techo mientras su madre la abanicaba a su lado. Había sangre, mucha sangre, y el olor que emanaba se extendía por toda la estancia. En el suelo vi que había muchos paños ensangrentados que mi abuela ya se apuraba en recoger. Al acercarme a mi prima pude notar el calor que desprendía su cuerpo sin siquiera tener que tocarla. Me arrodillé a su lado y escuché lo que tenía que decirme. Su voz sonaba muy débil y su aliento tenía un olor desagradable y preocupante.

—No quiero que esté aquí.

Tardé un rato en darme cuenta de que se refería al médico. Me volví hacia él y, cuando pedí que se marchase, él obedeció de malos modos.

—Necesito que me ayudes, Agnódice. Lleva mucho tiempo encajonado, pero está bien, todavía noto sus patadas en el interior. Tú ayudaste a tu madre,

¿recuerdas? Por eso te he llamado. Tienes que sacármelo antes de que...

Su mirada, al igual que el tono de su voz, era suplicante. Acaricié su frente húmeda y casi me vi obligada a retirar la mano al contacto de su ardor.

—Te ayudaré, Maia. Tranquila.

Sonrió débilmente y yo me puse a los pies de su cama. De nuevo me veía en esa situación: una mujer me necesitaba y yo no sabía de qué modo podría auxiliarla. La inseguridad, esa compañera fiel a la que había comenzado a acostumbrarme, comenzó a adueñarse de mí, y decidí deshacerme de ella con preguntas.

—¿Por qué está acostada?

—Ha estado toda la noche en cuclillas, pero está agotada y nos pidió que la tumbásemos. Si crees que es mejor, podemos hacer otro intento —respondió mi madre.

«¿Que si creo que es mejor? ¿Qué sé yo qué es lo mejor para ella, madre?», pensé sin atreverme a decirlo en alto.

Miré a mi prima y supe que no tendría fuerzas para volver a sentarse.

—No. Lo haremos así.

Mi madre agarró mi mano y la apretó con fuerza. Entendí por su manera de mirarme que confiaba plenamente en mí. Galatea se había arrodillado detrás de su hija, lista para presionar la parte superior de su vientre, mientras mi abuela retiraba el sudor de su frente con un paño humedecido. Había llegado el momento de retirar la sábana y ver cuál era el problema. Al menos en cuanto a partos tenía una experiencia que me dotaba de cierta seguridad. Pero lo que vi al levantar la tela me dejó helada. El médico había desgarrado el perineo de mi prima y toda la zona estaba completamente inflamada e infectada. Suponía que ese era el motivo de la sangre que se veía en la sábana, y también de la fiebre. Mi cara debió alarmar a mi tía, que comenzó a llorar. Intenté tranquilizarla cambiando el gesto, pero no funcionó. El temblor se extendió hasta mis manos, que de nuevo me impedían trabajar sin hacerle daño. Las sacudí con fuerza en el aire. Cogí agua, me las lavé con rapidez, y comencé aquel apremiante trabajo.

Al introducir los dedos en la vagina fui consciente de que el niño venía en la posición correcta. Suspiré aliviada. Parecía que la cabeza estaba ladeada, por lo que tal vez esa era la causa del problema. Al introducir más la mano para intentar colocarlo, mi prima comenzó a quejarse con ese sonido tan gutural como aterrador que me recordaba al de mi madre, en idéntica situación a la suya. Me asustó, pero continué. Estaba demasiado presionado y apenas

cabían mis dedos. La muchacha gemía de dolor y tomaba grandes bocanadas de aire que luego expulsaba con esfuerzo.

—De acuerdo, esto haremos: necesito que gires a tu izquierda; tal vez al presionar con el muslo podamos lograr que la cabecita se enderece.

No sé si logró oírme, pero mi tía y mi madre comenzaron a moverla, y al rato estaba tal y como yo había indicado. Efectivamente, la cabeza del niño comenzó a girarse hacia la derecha, momento que aproveché para introducir los dedos y hacer palanca. Esta vez el frágil cuello no tardó en tomar la posición adecuada y, cuando comprobé que no corría peligro, miré a Maia y le indiqué que había llegado el momento de empujar.

Con un esfuerzo sobrehumano por su parte consiguió que la cabeza saliese; el resto del cuerpo lo hizo con dos empujones más. Las mujeres se afanaron en cortar el cordón umbilical y limpiar a la criatura, mientras yo intentaba serenarme y recuperar el control sobre mis extremidades a un lado. Maia comenzó a reír y a llorar mientras reclamaba a su pequeño, que ya había comenzado a berrear mostrando el potencial de sus pulmones. La vi cogerlo en brazos, sin apenas fuerza, y luego darle un beso en la vaporosa frente.

Mi madre llamó al médico de nuevo. Este entró dando grandes zancadas hasta quedarse a los pies de la cama de la joven madre, y no tardó en darnos a conocer su disconformidad con todo aquello.

—Si me hubieseis dejado un poco más, podría haberlo sacado perfectamente. Esto no puede suceder. Las mujeres no deben atender el parto mientras haya un médico cualificado presente. ¡Habrased visto!

«¿Cualificado? —dije para mis adentros—. Si yo no hubiese llegado ya tendrías al pequeño desmembrado..., y a mi prima... ¡Solo los dioses saben que hubiese sido de ella en las manos de un comedor de excrementos tan inepto como tú!». Traté de apaciguar mis pensamientos y salí de la habitación, dejando al hombre en medio de sus propias murmuraciones. Mi tía se quedó junto a su hija y su nieto, y un enjambre de esclavas entraron a adecentar el gineceo. Una vez en el patio, mi abuela y mi madre se abrazaron a mí, deshechas en agradecimientos.

Acudimos al fondo del patio, donde algunos alimentos ya estaban dispuestos sobre una mesa redonda. Junto a ellos, el esposo de Maia daba buena cuenta de las galletas e higos que tenía ante él. Al ver que ya habíamos salido, se limpió las manos en el chitón y nos miró con ojos interrogantes.

— Enhorabuena, ya tienes a tu heredero —resolvió mi abuela.

El hombre comenzó a reír con entusiasmo y a abrazar a cuanta persona tenía cerca. No preguntó por el estado de su esposa, y yo sabía que no entraría a verla hasta que la habitación estuviese purificada. Luego, lo vi coger un cazo, meterlo en la cratera con ahínco y servirse una copa a rebosar de vino, ajeno ya a nosotras.

Nos dirigimos entonces a la cocina, donde aguardaba sobre la mesa una bandeja de alimentos que ninguna de las tres tuvo la menor inclinación de probar. Durante un largo rato estuvimos allí sentadas, sin malgastar las palabras. Supuse que cada una de nosotras trataba de digerir lo ocurrido en silencio: lo visto y oído allí adentro, la fragilidad y la fortaleza de la muchacha, el miedo y la alegría final.

Yo sentía una extraña euforia tras haber experimentado de nuevo la agradable sensación de sentirme útil en una situación como aquella. Había traído un niño sano al mundo, otra vez, y esa sensación había comenzado a despertar la desusada confianza en mis capacidades.

—¿Qué ha pasado? —pregunté a mi madre.

—Por lo visto llevaba dos días de parto, pero se negaba a llamar al médico. Quería ser atendida por una mujer, ya ves tú..., todavía con pudor a estas alturas. Por suerte, Galatea, al ver que cada vez estaba más débil, terminó llamando al hombre que ahora está en la habitación.

—Y su esposo, ¿por qué no lo llamó él? No sería por dinero...

—Él tampoco estaba de acuerdo en que fuese un médico quien la atendiese. Es un hombre celoso y extraño. Cuando se enteró de que estaba de parto, dijo que prefería que nosotras nos ocupásemos de ella, como se había hecho antiguamente. Cuando se dio cuenta de que el parto estaba resultando más complicado de lo normal, terminó accediendo a las súplicas de Galatea y él mismo fue a buscar al médico más cercano —repuso mi abuela.

«Podrías haber muerto, Maia. Podrías haber perdido la vida solo por pudor. ¿Hasta dónde llega tu timidez? ¿Hasta dónde llegaría la vileza de tu esposo, incapaz de traer antes al médico ni aun viendo cómo sufrías?», pensé con tristeza.

—Bueno, ya está hecho. Ahora se repondrá, como lo hizo tu madre en su momento. Será mejor que regresemos, hija —dijo mi abuela, poniéndose en pie con dificultad—; soy demasiado vieja para estos trotes.

Estaba a punto de salir de la casa con ellas cuando las voces de las criadas, que aún celebraban la noticia, se fueron convirtiendo en un murmullo,

lo que llamó mi atención. Me giré a tiempo para ver a mi tía salir del cuarto de Maia y buscar entre las cabezas una en concreto: la mía. Sus ojos evidenciaban todo el cansancio y el dolor que era capaz de sufrir un ser humano. Al llegar a mi altura me pidió que entrase de nuevo porque mi prima deseaba verme. Desde la cabeza a los pies comenzó a recorrerme un frío invernal que apenas me permitió dar un paso. Cuando logré desbloquear mis extremidades, obedecí a Galatea y me apresuré hasta el gineceo.

Maia arrullaba a su pequeño hijo sobre el lecho, ahora perfumado y pulcro. Me miró con la misma dulzura con que siempre lo hacía y, con un gesto delicado de su mano, me pidió que me acercase. Todavía ardía cuando besé su mejilla, pero su cara estaba serena y llena de luz.

—¿Sabes, Agnódice? Si pudiera te entregaría a mi hijo para que fuera tuyo.

—¿Por qué dices eso? Tu hijo ya tiene madre, y es una madre maravillosa.

Apartó de mí su mirada y comenzó a vagar con ella por la habitación, como si allí hubiese más personas aparte de nosotros tres. Luego, regresó a mí de nuevo.

—¿Cuál crees que será mi destino final a través del río Estigia? ¿Crees que llegaré a las islas de los Bienaventurados o que, por el contrario, Caronte decidirá detener su barca a las puertas del Tártaro? ¿Habré sido lo suficientemente virtuosa como para merecer la dicha eterna, o me harán compañía los Titanes? Dime...

Su voz apagada terminó por desatarme el llanto que llevaba aguantando desde hacía un buen rato. Mi querida Maia sabía que se moría, lo tenía asumido desde el momento en que me vio entrar en la habitación ese día, tal vez mucho antes. Sin embargo, yo no había tenido tiempo de hacerme a la idea todavía. No era posible aceptar una pérdida así. No para mí.

—Oh, mi queridísima prima, mi hermana, no llores. No creas que temo el reino de Hades, pues no es así. Algún día volveremos a vernos, espero que tarde, muy tarde; entonces será como siempre ha sido y nos tendremos de nuevo la una a la otra. Toma. —Hizo ademán de entregarme al niño y yo lo tomé en mis brazos. Estaba profundamente dormido y se chupaba el pulgar con fruición—. Dile a mi pequeña Charis que la cuidaré desde la orilla.

—¡Oh, Maia, no hables así, te lo ruego! No puedes decir esas cosas. Estás muy débil, mejor descansa, mañana estarás bien. O ¿acaso te duele algo? ¿Quieres que te traiga jugo de adormidera para que te serenes? —dije, retirando las lágrimas que comenzaban a caer sobre la cara del niño.

Pero no hubo respuesta. Sus ojos se habían cerrado para siempre y en aquel rostro de belleza serena se dibujaba su última sonrisa. Esa sonrisa perpetua de la que siempre hacía gala la acompañaría ahora al lugar reservado para las almas tan nobles y virtuosas como la suya. No podía ser de otra manera.

—Sí, Maia, creo que las islas de los Bienaventurados te esperan con las puertas abiertas. Todo lo que has hecho en este mundo te llevará directamente hasta allí. Por todos los dioses que así será.

Durante el resto de la tarde nos dedicamos a limpiar y ungir su cuerpo joven. El tacto marmóreo de su piel me pareció tan extraño, tan terriblemente frío, acostumbrada como estaba al calor de sus manos en las mías, que se me hacía imposible realizar la tarea. Al verla desnuda, todas fuimos conscientes de los moratones que tenía por todo el cuerpo: el interior de los brazos, la espalda o el vientre reflejaban el abuso físico del que había sido víctima en el silencio.

—Ojalá muera entre terribles sufrimientos, tanto o más dolorosos de los que ha hecho pasar a mi hija.

Tras decir eso, Galatea colocó bajo la lengua de su hija un óbolo de plata y besó su frente pálida. Solo entonces abandoné la habitación.

Todavía no era consciente de lo que acababa de experimentar, del terrible dolor al que me abocaba la pérdida de mi prima. Era como si mis emociones estuvieran ocultas tras una densa niebla que no me dejaba acceder a ellas por más que supiera que estaban ahí.

Una risa traviesa proveniente de la cocina me sacó del ensimismamiento que arrastraba. La pequeña Charis estaba sentada sobre la mesa, con las piernas colgando, mientras su niñera, bañada en lágrimas, intentaba que tragara zumo con un biberón.

—Déjame, yo lo haré.

La mujer se levantó como si llevase todo el tiempo deseando oír aquellas palabras. La niña, nada más verme, y ajena a todo el dolor que inundaba la casa, comenzó a reír, intentando cogerme del pelo, como siempre hacía. Dejé el biberón a un lado y me senté frente a ella en una silla.

—Dime, Charis, ¿sabes dónde tu madre?

Negó con la cabeza, mordiéndose los labios pringosos de zumo.

—A partir de ahora debes buscarla aquí adentro —dije, cogiendo su mano regordeta y llevándola a su pecho—. Cuando la necesites, cuando desees

preguntarle algo, ella estará aquí, en tu corazón.

La pequeña rio de nuevo, sin entender, y volvió a cogerme del pelo.

—Dime ahora, Charis, ¿sabes dónde está tu madre?

Sus ojos se clavaron en los míos, me soltó del pelo y se llevó la manita al corazón. Entonces asentí, la besé y partí rumbo a casa, a sabiendas de que jamás volvería a ser la misma que salió de ella la mañana de ese nefasto día.

El camino que nos llevaría hasta el cementerio del Cerámico resplandecía por las antorchas que portaban algunas de las más de cien personas que habían acudido al entierro. La melodía triste de las liras nos guiaba hasta el sepulcro, que ya aguardaba por el cuerpo de su dueña. Allí, siguiendo al grupo de mujeres, pensé en la última vez que había estado en una situación semejante, tiempo atrás, en el duelo de mi pequeño hermano. La muerte se cebaba otra vez con mi familia, y ahora había atacado a una vida a medio hacer. Pero ese recuerdo angustioso arrastró a otro consigo: el del abrazo cálido que en aquella ocasión la misma persona a la que ahora acompañaba en su último viaje me había brindado. En aquella noche funesta, con un cielo enfurecido del que ninguno podía escapar, su gesto de amor había sido como un claro de luna bajo el que guarecerme. Ella siempre había estado atenta a mi dolor, incluso cuando yo misma trataba de negarlo. En el instante en que su imagen se hizo más fuerte en mi cabeza, una leve brisa acarició mi cuello, y quise creer que era ella, mi dulce Maia, la que, a falta de brazos ni voz, se valía de los elementos para reconfortar mi alma quebrada.

No pude seguir andando; mis pies se detuvieron en medio de la procesión. Por mi lado continuaba pasando el resto la comitiva, como si de una marea negra y siniestra se tratase. A los pocos minutos se convirtió en un lúgubre murmullo en la distancia, y entonces decidí tomar otra dirección.

Giré en redondo y me apuré el paso hacia el ágora, introduciéndome por los callejones aledaños lo más rápido que mis pies me lo permitieron. No había nadie en las calles, solo una mujer de aspecto aciago, vestida con negras túnicas, tan oscuras como el alma que portaba, que resultó ser yo. Corrí hasta llegar al único lugar del mundo donde era capaz de estar en ese momento. Aporree el portón con fuerza, hasta que la propia Penélope me abrió, revisó mi indumentaria de arriba abajo y extendió los brazos para que llorase en ellos.

EN EL LODO

Pasé una semana sumida en la oscuridad de la habitación que Penélope había dispuesto para mí en su casa. Después de ese tiempo, ella empezó a preocuparse seriamente, sobre todo cuando se enteró de que, tras el aviso de Demócrito, los guardias me estaban buscando por toda la ciudad. Pese a ello, yo no quería regresar ni tenía motivos para hacerlo; en realidad, sentía como si no tuviese motivos para nada. Entre las paredes anaranjadas de la casa de Penélope siempre me había sentido a salvo, como si allí nadie pudiese hacerme daño, como si fuese invisible. La única persona que podía saber dónde me hallaba era Kissa, y el hecho de que aún no hubiesen venido a buscarme significaba que no se lo había contado a nadie. Ni lo haría.

Mi casera temporal me cuidaba personalmente, trayendo alimentos y bebidas que el abatimiento me impedía tragar. A veces me pedía que saliese y hablase con ella, pero yo, incapaz de atender a otra cosa que no fuesen mis abrumadores pensamientos, me negaba. En mi interior había un vacío tan profundo que jamás podría llenarse con nada. Sentía como si los dioses se burlasen de mí obligándome a revivir, una y otra vez, todo lo que me había llevado hasta el punto del hilo de la vida en el que me hallaba. En la lobreguez del cuarto, a veces, si me concentraba en escuchar en silencio, podía oír los gritos de dolor de mi prima. Entonces, metía la cabeza debajo de la almohada y la apretaba con fuerza, como si con ello pudiese detener los pensamientos. El olor a sangre y a muerte de la habitación de Maia recorrían el espacio y el tiempo hasta inundar la estancia donde ahora, una semana después, trataba de recomponerme del suceso. Otras veces, mi mente me torturaba recreando una conversación entre mis padres, Demócrito y Ágata en la que brindaban con buen vino mientras planeaban el futuro que me esperaba, cual Moiras, y rápidamente el dolor cedía paso a la ira. Todo eso conseguía que mis noches se alargasen el doble de lo habitual, convirtiendo mis horas de descanso en una tortura lenta y dolorosa de la que me era imposible escapar.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, al octavo día decidí salir de mi encierro voluntario. Al llegar al salón principal comprobé que todo estaba casi en silencio, roto tan solo por el sonido del roce de un objeto metálico que llegaba desde el exterior. Salí y me senté en los escalones del jardín. Acostumbrada como estaba a la oscuridad, tuve que llevarme el brazo a los ojos para protegerlos de aquel sol estival. Penélope se encontraba allí, podando algunas rosas con sus grandes tijeras. Al verme, ensanchó una victoriosa sonrisa; pero luego, tras reparar mejor en mí, cambió aquel gesto por una mueca de inquietud.

—No te preguntaré como estás; puedo verlo en tus ojos. —Dejó las tijeras a un lado y se acercó a mí—. Agnódice, no es mi deseo que te vayas, pero la guardia ha intensificado tu búsqueda. Además, tu familia está muy preocupada y creo que ya es hora de que regreses con ellos.

—¿A dónde?

—Agnódice, ¿debes regresar a tu casa!

—¿Y dónde está mi casa, Penélope? ¿A quién pertenezco ahora?: ¿a mi esposo?, ¿a mi padre, tal vez?, ¿a las Moiras, que tan cruelmente han repartido el papel de mi participación en el Cosmos? Dímelo, por favor, ¿dónde está mi hogar ahora?

—Comprendo tu aflicción. Yo también he pasado por el dolor de la pérdida de un ser amado para mí. Conque debes creerme cuando te digo que el tiempo será tu aliado; él te hará superar el sufrimiento y, tal vez con los meses, puedas volver a ser tú, la misma que hace unos días deseaba ser médica. ¿Acaso lo has olvidado? No debes aferrarte a las vivencias pasadas, sobre las que ya nada puedes hacer, sino al futuro luminoso que te espera y sobre el que aún puedes actuar.

—¿Yo, médica? Toda la vida pendiente de un sueño que los dioses se han encargado de aniquilar. ¿De qué sirve una médica si no puede salvar la vida de una joven mujer en su parto? Salvé a mi hermano de una muerte segura el día de su nacimiento para verlo morir un mes después. Ni siquiera fui capaz de ayudar a tu amiga el otro día... No sé nada de Medicina, soy una inepta, una soñadora, una ilusa que pensó que venir aquí y aprender de ti me ayudaría a avanzar. Sin embargo, estoy en el mismo punto de partida: aprisionada bajo las alas de Demócrito y sin manera alguna de cumplir con mis propósitos. Todo esto me ha ayudado a despertar, Penélope. No insistas más. No puede ser.

Penélope no dijo nada. Se levantó y se dirigió hacia las plantas. De nuevo

solo oía el sonido de las tijeras al chocar sus hojas, al que ahora se le unía el de los pequeños insectos que revoloteaban a mi alrededor, ansiosos por probar el néctar de las flores. Durante un buen rato estuvo trabajando en sus rosales de este modo. La cortesana se movía con agilidad entre ellos, sorteando las espinas de sus tallos y quedándose solo con las flores más bellas. Luego, dejó el ramo en el borde del estanque, y comenzó a hablar de nuevo.

—Todas las plantas de mi jardín son hermosas, ¿a que sí? Mira mis rosas, tan coloridas y perfumadas, ¡ah!, pero necesitan de mi perpetua atención para mostrarme sus flores; los lirios, que recién florecen, son igual de demandantes, ¡tan bellos como altaneros! Para mostrar los tesoros que llevan dentro necesitan que todo sea perfecto a su alrededor: el clima, el agua, la tierra, mis cuidados... Solo así se dignan a mostrarme sus encantos. Pero, de entre todas ellas, aquí están mis preferidas. —Se acercó al estanque, introdujo la mano hasta el fondo y la sacó con un puñado de lodo en su interior. Al abrirla, la tierra mojada se fue escurriendo por su brazo para caer de nuevo dentro del estanque—. El loto no me necesita para abrirse al mundo. Nace de la podredumbre, de la suciedad estancada en las profundidades. Es en la oscuridad donde entiende que debe luchar por salir. Más tarde, como si conociese el camino, se abre paso y emerge ante mis ojos, tan sereno como hermoso, transformándose en la flor más destacada, eclipsando a las demás. Es curioso cómo, a veces, la oscuridad es la única que puede hacernos despertar. Pero claro..., solo estoy hablando de flores.

Me miró con esos ojos gatunos con los que solía convencer de cualquier cosa a quien se propusiera; a veces, decía más con ellos que con sus labios. Buscó en mí una respuesta, una señal de que había captado el mensaje encriptado que acababa de enviarme. Entonces, ya sin voluntad alguna, dejé caer la cabeza hacia atrás, evidenciando que mi negativa de regresar a mi hogar había cedido ante su sortilegio. Caminó hacia los escalones y me ayudó a incorporarme tirando suavemente de mí, hasta que nos quedamos frente a frente.

—Tú siempre sabes qué es lo correcto, ¿no es así, Penélope?

—Así es.

Nada más pisar el suelo de la casa a la que tanto me había costado regresar, fue a mi madre la primera persona a la que encontré.

—¡Por los dioses, menos mal que has aparecido! ¡Nos tenías

desesperados! ¿Dónde has estado, hija?

Su voz estridente retumbaba en toda la casa, agudizando la jaqueca que había empezado a acusarme esa tarde. A su lado, Ágata negaba con la cabeza y las demás esclavas se miraban unas a otras como si, en vez de verme entrar en la casa, me viesan salir de un sepulcro.

—Estaba en casa de una amiga.

—¿En casa de una amiga! Ya hablaremos de dónde has estado después, seguro que tu esposo querrá saberlo todo con detalles. Ahora debes saber que Kissa está muy enferma, lleva así desde el día del entierro de tu prima y no sabemos qué es lo que tiene. No quiere que el médico la observe y no veo nada que podamos hacer. Está en la habitación de las esclavas. Queríamos decírtelo antes, pero no ha habido manera de encontrarte...

Apenas escuché sus últimas palabras eché a correr hasta la habitación de las esclavas, sin saber muy bien qué iba a encontrarme. Mientras buscaba entre las camas de las esclavas la de Kissa, no dejaba de pensar en que aquello debía ser un mal sueño, una de esas pesadillas de las que nos cuesta despertar; pero las pesadillas no causan tanta desazón como la que yo sentí al ver a mi niñera recostada en su cama, con el rostro masacrado por el dolor.

—No, Kissa, tú no, por los dioses, ¡dime que tú no! ¿Qué mal he cometido en la vida para que Álador me persiga allá donde voy últimamente?

Al tocarla noté que no tenía fiebre; sin embargo, parecía muy enferma, y su imagen me inspiró una gran conmiseración.

—Estoy bien, no debes preocuparte.

Solo por el tono de voz pude adivinar algo terrible que iba más allá de lo expresado.

—¿Qué te ha pasado? —Vi que miró para otro lado, como hacia últimamente cuando no quería contestar a ninguna de mis preguntas, y supe que iba a tener que insistirle si quería saber la verdad—. Kissa, no voy a tolerar más silencios. No me moveré de tu lado hasta que averigüe qué te ha postrado en esa cama. Dime, ¿qué te ha pasado?

Cerró los ojos y se giró con mucha dificultad hacia la pared, lo que consiguió dejarme más preocupada aún. La figura de Ptah, su dios predilecto, estaba sobre una pequeña mesilla al lado de su cama. Sobre su altar, me miraba con sus ojos astutos y su cuerpo menudo, y no pude reprimir una leve sonrisa ante la imagen peculiar del dios extranjero al compararlo mentalmente con los míos. De pequeña siempre me había espantado, pero en ese momento, sin duda, temía más a su fiel portadora.

—Bien, si no hablas pondré patas arriba esta casa hasta que averigüe que te ha ocurrido; interrogaré a cada uno de los esclavos y esclavas; hablaré con todo el mundo en el ágora... Terminaré sabiendo qué es lo que te ha dejado en este estado, aunque no sea a través de tus labios, Kissa.

Me puse de pie y me dirigí hacia la salida, pero, antes de traspasar el umbral, su voz queda me detuvo. Ví que intentaba incorporarse con trabajo, así corrí a colocar las almohadas a su espalda, antes de sentarme en su lecho de nuevo. Ella se apartó el cobertor para permitir que viera su corto vestido manchado de sangre entre sus piernas.

—¿Qué es eso, Kissa? ¿La menstruación te ha producido una hemorragia? Negó con la cabeza y se cubrió de nuevo. Entonces até cabos.

—Es un aborto, ¿no es cierto? Has tomado algo para provocarte tú misma la hemorragia.

Kissa asintió mientras se enjugaba, con manos temblorosas, los goterones que le caían por las mejillas.

—Dime quién te ha hecho esto, ¡dímelo ahora mismo, Kissa!

No pude sacarle ni una palabra más. Se recostó de nuevo, entre quejidos, y volvió a sumergirse en su hermetismo habitual. Nada de lo que le dije para tratar de convencerla causó ningún efecto en ella. Salí de allí para comprobar que mi madre y Ágata aguardaban afuera, listas para asediarme con nuevas preguntas. Las dejé atrás. Entré en cada una de las estancias de la casa, llamando uno a uno a los varones que trabajaban en ella. Cuando los hube colocado a todos en el centro del patio, examiné minuciosamente las caras de los esclavos, buscando cualquier gesto que delatara su culpabilidad, la identidad de aquel que hubiese sido capaz de forzar a mi amada niñera. Sin apartar mi vista de ellos, pregunté si alguno sabía qué le había ocurrido a la mujer; pero sus rostros no mostraban culpabilidad, solo sorpresa. Eran hombres sencillos e incapaces de mentir tan bien, eso lo sabía, así que les pedí que regresasen a sus quehaceres y volví a encontrarme envuelta en la misma frustración del principio.

El resto del día lo pasé a su cuidado: la lavé y le ofrecí adormidera para ayudarla a descansar, poco más podía hacer. Por la mañana acudiría al médico en busca de algún remedio para su hemorragia. Tenía mucho miedo por lo que pudiese ocurrirle, ya que había escuchado muchas historias sobre mujeres que se habían desangrado en situaciones idénticas.

Mi madre se fue con la caída del sol; mientras, Ágata decidió aguardar,

con una impaciencia imposible de disimular, a que su hijo llegase a la casa. Conociéndola, sabía que estaría deseando saber qué es lo que diría Demócrito al verme después de tantos días desaparecida. Cuando oí el portón de la entrada cerrarse, supe que había llegado el momento de enfrentarme a él. Como era de esperar, la anciana acudió a recibirlo. Yo fui poco después. Al verme aparecer en el patio, su mirada adusta se clavó en mí.

—Así que ya has vuelto. ¿Lo has pasado bien en casa de tu amiga? Oh, no me lo cuentes aún. Entra en el andrón, hablaremos allí con más intimidad.

Lo seguí dos pasos por detrás, dejando a Ágata y su ya habitual mirada sibilina de puertas para afuera. Él se dirigió al fondo de la habitación y comenzó a servirse vino de una hidria que había sobre una de las mesas.

—Si crees que vas a librarte de esta lo llevas claro. Es inconcebible lo que has hecho y serás castigada por ello. —Me miró como si esperase una réplica por mi parte, pero solo se encontró con mi rostro serio—. A saber con cuántos hombres te habrás estado revolcando estos días... Ahora vuelves a mí, impura y repugnante para...

—Kissa me lo ha contado todo —interrumpí.

Observé sus gestos mientras se llevaba el vaso de vino a los labios: sus ojos no se separaron de los míos, sin embargo, no mostraban sorpresa; su entrecejo no se frunció en ningún momento y no cambió su postura corporal. Sabía a qué me estaba refiriendo.

—¿Y? Espero que haya sido generosa al describirme como amante —dijo en tono jactancioso—. Reconozco que ella, en sus intentos por apartarme de su cuerpo, muestra más vehemencia de la que has mostrado tú durante todos estos años.

Comencé a rodear la habitación a paso lento, y él hizo lo mismo en sentido opuesto. Sabía que me hería profundamente, y no por menospreciarme como amante (algo en lo que yo misma le daba la razón, pues nunca había sentido el menor deseo de entregarme a él), sino por la despiadada mordacidad con la que se refería a un ser tan valioso para mí. Como si adivinara mis pensamientos, me dedicó una sonrisa cínica que terminó reavivar el fuego que ya arde en mi interior.

—Vas a pagar muy caro lo que le has hecho —sentencié.

—Vaya, lo mismo iba a decirte yo, mi pérfida esposa. ¿Crees que alguien va a exonerarte del castigo por lo que has hecho?: nadie lo hará. No voy a sentir lástima por lo que le ha pasado a tu niñera. Ni la más mínima. Ella es quien te ha estado encubriendo todo este tiempo. Verla sufrir es lo que te

mereces.

—¿Le has hecho daño solo para hacerme daño a mí?

—Oh, no lo veas así. Digamos que ha sido una cuestión de necesidad; cuando un hombre no tiene a su esposa en su cama, al menos debe tener otro cuerpo con el que desquitarse, como habrás estado haciendo tú. —Mientras me hablaba se iba acercando más a la puerta por la que habíamos entrado, hasta que de nuevo quedamos en puntos contrapuestos de la habitación. —Ya ves, le debo más a tu criada que a ti, al menos ella ha demostrado que mis simientes no tienen ningún problema y que, como imaginaba, tú eres la única causante de que no tenga ningún hijo a estas alturas.

—Siempre has sido perverso y cruel. Tu corazón es incapaz de amar a nadie más que a ti mismo, si es que lo hace. Pero este es el fin: no volverás a tocar a Kissa jamás, y a mí, tampoco.

Profirió una risa sardónica que quebró con su repugnante resonancia el rescoldo de paciencia que me quedaba. Valiéndome del deseo de liberarme de la pesada carga que me causaban mis emociones turbadoras, cogí la hidria, que ya quedaba a mi lado, y me dirigí hacia él. No fue capaz de preverlo. Le estampé la jarra en la cabeza con todas mis fuerzas, lo que hizo que se rompiese en varios trozos que, al caer contra el suelo, causaron un estruendo insoportable. Demócrito calló de rodillas con la cabeza entre las manos, y de su frente comenzó a manar una sangre muy roja que pronto pasó a mezclarse con el charco de vino que tenía a su alrededor. Se llevó la mano torpemente a la herida y luego la observó temblar ensangrentada. Al ver la escena, comenzó a proferir un chillido agudo, más propio de un niño asustado que de un adulto, mientras yo me mantuve firme, observándolo en la misma posición en la que me había quedado tras golpearlo. Por algún motivo no sentí deseo de huir ni de ocultar lo que acababa de hacer, mucho menos de disculparme.

Aquello alertó a Ágata, pues enseguida entró y, claramente impresionada con la escena que encontró, se abalanzó sobre su hijo. Sólo entonces aproveché para salir y dirigirme a mi cuarto. Abrí los arcones y comencé a meter todas mis pertenencias en ellos. Cuando hube reunido lo necesario, corrí a la habitación de Kissa y traté de ponerla sobre aviso. Tuve que despertarla con pequeños golpecitos en la cara para que me hiciese caso. Por la urgencia de su expresión, supe que había entendido lo que le había dicho, pero la adormidera y la debilidad de la que era víctima desde hacía días la tenían demasiado debilitada como para participar en lo que vino después.

—Hija de Pandora, ¡aquí estás!

Demócrito irrumpió en el cuarto de las esclavas; las mujeres que estaban por allí se levantaron de sus camas y se apartaron contra la pared. Kissa también intentó incorporarse, pero el efecto del sedante se lo impidió. El hombre se acercó hasta donde estaba para sujetarme por la trenza del pelo, y tiró de ella con fuerza. El fuerte dolor que sentía en el cuero cabelludo hizo que me levantara y siguiera el rumbo que marcaban sus pies. Me llevó hasta el portón de la entrada, sin hablar, lo abrió de golpe y de un empujón me obligó a subirme en el carro, que ya estaba preparado en la puerta. Él mismo se puso a las riendas de los animales. Aun bajo la densa capa de oscuridad de la noche podía ver la sangre que le bajaba oscura y brillante por las sienas. No había terminado de subir al carro cuando Ágata llamó mi atención a la derecha. El tibio contacto de un esputo incidió en mi cuello, tras lo cual comenzó a recriminarme sin economizar insultos. No quise prestarle atención, al fin y al cabo, yo era la causante del sobrecogedor aspecto que tenía su hijo. Cuando el carro empezó a moverse, en mi pecho cohabitaban el desasosiego por dejar atrás a Kissa y la satisfacción de haberme librado, por fin, de las garras de Demócrito.

Al llegar a casa de mi padre, Demócrito comenzó a vociferar desde el carro. Sabía que mi padre debía encontrarse ya en la casa, durmiendo o listo para ir a la cama. La calle que pasaba frente a mi casa estaba desierta y completamente a oscuras cuando llegamos, pero las luces de los candiles empezaron a asomar por las puertas y las pequeñas ventanas de los vecinos sin demora. Los gritos alarmantes del hombre terminaron por hacer que se abriese el portón de la entrada principal de mi casa. Mi padre asomó por ella, con el rostro desencajado por la sorpresa. Al verlo, Demócrito se lanzó del carro de un salto, me sujetó del brazo y tiró de él con fuerza. Me llevó así hasta la entrada y luego me arrojó a los pies de mi padre.

—Aquí te la devuelvo. Es una maldita desquiciada que no merece vivir bajo mi techo. Tres años he aguardado para ver un hijo, pero ya es suficiente. No hay dinero que pague tanta vergüenza. Es rebelde y terca, hasta el punto de que se ha atrevido a golpearme con una jarra —dijo señalando su frente—. Puedes agradecer a la amistad que un día hubo entre los dos que sea aquí y no ante los magistrados a donde la traigo. Mañana haré que te envíen la dote; para mí ha sido solo una desgracia.

De tres zancadas llegó hasta el carro. Antes de subir en él, se volvió para decir:

—Maldigo el día en que me hablaste de ella, Tersipo. Te desearía suerte con tus planes, pero, después de esta noche, jamás lograrás un hijo de esta...

Un puñado de insultos se le atascaron a la vez en la garganta. Finalmente, subió al carro y se fue por donde había venido.

Poco a poco fui consciente de la realidad que me rodeaba, aunque no tuve valor para levantar la cabeza y mirar a mi padre, que continuaba de pie, a mi espalda. Los vecinos habían salido a la calle y los esclavos de la casa estaban todos despiertos, observando. Desde esa posición vi cómo los pies descalzos de mi padre se volvían y echaban a andar, abriéndose camino entre la gente que se encontraba apiñada en el patio interior de la casa. Se encerró en el andrón y atrancó la puerta. Hubiese preferido mil veces que comenzara a gritarme, a insultarme, a decirme lo que quiera que estuviese atormentándolo en el interior de su habitación y de su alma: todo antes que aquel gélido recibimiento.

Los esclavos se fueron dispersando y el silencio se restableció en la casa de nuevo. Derramada sobre las frías baldosas del patio, no tenía conciencia de mi cuerpo, a excepción de la cabeza, que me hizo emitir un leve quejido al llevar mi mano a ella. Me mantuve en esa posición durante un buen rato, sin tener muy claro qué debía hacer. Tiempo después, el crujido entrecortado de la madera de los escalones que bajaban hasta allí me indicó que alguien se acercaba. Unos piecillos se detuvieron sobre un charco de luz de luna que se colaba por la claraboya del patio. Mi abuela me tendió su mano y yo la tomé como si fuera la última rama al alcance de quien sabe que se hunde en el lodo. Por su expresión, llevaba esperando este momento desde hacía mucho tiempo, pues no hallé sorpresa ni reproche en sus ojos ancianos.

Y así, en total silencio, me acompañó a mi antigua habitación, me cubrió con las sábanas heladas y comenzó a acariciarme el pelo, permitiéndome liberar sobre la almohada parte del dolor que aún me quedaba atrapado en el alma.

LA VERDAD DE KISSA

Kissa llegó al salir el sol. Un esclavo la dejó a las puertas, junto con los arcones que se me habían quedado atrás. Cuando me asomé al corredor y vi que apenas podía andar por sí misma, bajé en su auxilio a toda prisa. Llevé uno de sus brazos alrededor de mi cuello mientras llamaba a dos esclavos para pedirles que subieran su cama a mi cuarto. Los escalones se hicieron infinitos y, al llegar arriba, mi madre estaba esperando con los brazos en jarras y la frente arrugada.

—Kissa, ¿puedes contarme ahora qué te ha ocurrido?

—Mi niñera bajó la vista y no respondió a su ama.

—Demócrito abusó de ella y este que ves es el resultado, madre. Yo la cuidaré en mi cuarto, si no hay inconveniente.

—Mi madre dejó caer los brazos a los costados, y sus ojos atónitos, por fin, se encontraron con los míos.

—Sí..., por supuesto —respondió finalmente en un hilo de voz.

Dejé a la dolorida mujer tendida sobre mi cama y corrí a llamar a las criadas para que trajesen agua y natrón. Seguía sin fiebre, pero aún estaba muy incómoda, y con cada movimiento que realizaba emitía leves gemidos. Las mujeres, con mi abuela tras ellas, entraron con lo que les había pedido. Entre mi abuela y yo aseamos a Kissa, la curamos y le dimos consuelo. Más tarde fui hacia la entrada de la casa, donde todavía se encontraban los arcones que el esclavo había traído por la mañana. Rebusqué entre los remedios medicinales, tratando de encontrar la adormidera que sedaría las molestias de mi niñera. Cuando iba a incorporarme, una presencia inesperada me sobresaltó.

—No te molestes en subir los arcones: esta noche abandonarás esta casa.

La voz de mi padre sonaba grave no solo por el tono, sino por la severidad con la que pronunciaba su sentencia. Me incorporé y reuní valor para mirarlo a los ojos.

—¿Vas a echarme a la calle, padre?

—Haré lo que crea conveniente. Esta noche, cuando regrese de mis obligaciones, hablaremos de los planes que tengo para ti.

Sin decir nada más, traspuso hasta la calle, donde Akaikos lo esperaba sobre el carro.

A estas alturas toda la ciudad debía estar enterada de lo ocurrido la noche anterior. Los rumores habían ido de boca en boca, desde mi casa hasta el Cerámico, atravesando los límites de la ciudad. Desde las bocas más nobles hasta los humildes campesinos que trabajaban extramuros sabrían que la hija de Tersipo había sido repudiada por su esposo y arrojada a las puertas de la casa de su padre como un desperdicio vulgar. No necesitaba esperar a la noche para saber sobre qué versaría el encuentro que iba a tener con mi padre; ya estaba preparada para la perorata que me aguardaba.

O eso creía yo.

Incapaz de quedarme quieta, no había dejado de andar por el cuarto en todo el día. Mi imaginación bullía febril tratando de averiguar qué sería de mí a partir de aquella noche. Ninguna conjetura parecía beneficiarme: todo era caos y desesperanza. Ocupada en esto mi cabeza, mis manos trenzaban y destrenzaban mi pelo con idéntico frenesí. Detuve mis pasos solo cuando me vi en la necesidad de encender una lámpara de aceite, consciente de que ya llevaba tiempo andando a oscuras. Tras esta pausa forzosa, y mientras la llama cobraba vigor, retomé mis pasos de nuevo. Kissa comenzó a aparecer en la penumbra; la adormidera había logrado sedarla y ahora roncaba levemente en su lecho, de espaldas a mí. Todavía no le había comunicado la decisión que mi padre había tomado; no sabía cómo decirle que me echaría de la casa, y esperaba que fuese él mismo quién nos lo comunicase formalmente a las dos.

Segundos después, el lento chirrido de la puerta puso fin a mi tortura. Caminé hasta la pared contrapuesta para recibir de frente al heraldo de mi destino. La luz de la lámpara corrió a iluminar el contorno de mi padre, quien permaneció en el quicio varios segundos (años, a mi juicio), con sus ojos penetrantes fijos en mí. Cuando por fin entró, se giró para cerrar la puerta. Y entonces lo vi. La reverberación de la llama de la lámpara incidía sobre algo metálico que llevaba en la mano derecha. Al aguzar bien la vista distinguí la hoja curvada de un cuchillo. Me apreté más contra la pared, segura de que, de no haber sido por la dureza de la piedra, mi cuerpo habría podido traspasarla sin problema.

De nuevo se volvió hacia mí, clavando sus ojos claros e insondables en los míos, y comenzó a hablar.

—Lo que has hecho ha superado todas mis expectativas con respecto a ti. Jamás, ni en mis peores pesadillas, hubiese imaginado nada parecido a lo ocurrido a las puertas de mi casa la pasada noche. —Su voz fue aumentando de volumen, y noté que hizo un esfuerzo por controlarla—. Solo puedo hacer una cosa para proteger mi casa de una persona como tú.

Dio dos pasos en mi dirección, muy lentos, haciendo que se me atragantaran las palabras en la garganta al intentar detenerlo con ellas. Entonces supliqué con las manos y los ojos ante lo que en mi mente ya se perfilaba como un acto desesperado por su parte. Al ver que no se detenía, tan solo me quedó volverse cara a la pared.

En esa posición comencé a visualizar la vida que había llevado hasta entonces, y no pude negar que cada uno de mis pasos me habían traído contra aquella pared y el cuchillo que portaba mi padre. Apreté la frente contra la piedra cuando noté su aliento en el cuello. Por el rabillo del ojo vi el filo del cuchillo, a la altura de mi oreja.

—No, padre, por favor, no lo hagas... —fue lo único que acerté a decir, con una voz tan debilitada por el terror que no la reconocí como propia.

Noté como me agarraba del pelo, y lo siguiente que escuché fue el sonido de la hoja metálica al mutilar mi trenza. El cabello comenzó a resbalarse hasta mi cara, y quedó pegado a ella gracias a las lágrimas que caían desbordadas. Temblaba estrepitosamente cuando me llevé las manos a la nuca. Su tacto se me hacía extraño, incluso repulsivo. Entonces me volví, por fin, y vi que mi padre se encontraba sobre una de mis butacas, derrotado, con el cuchillo y la mirada a sus pies, y la trenza en la mano.

—No entiendo por qué lloras —me dijo sin cambiar la postura—. ¿Acaso no era esto lo que deseabas, convertirte en un hombre, actuar como tal?

—¿Por qué dices eso, padre?

—Vamos, no trates de disimular. Eurípides me lo contó todo: tus deseos de estudiar Medicina, el tiempo que llevas aprendiendo con la cortesana... —Negó con la cabeza y se llevó la mano que tenía libre a los ojos—. Zeus es testigo de que he tratado de hacer lo correcto contigo...; sin embargo, ahora veo que esta es la única opción que me queda para rescatar a mi familia y el poco honor que aún nos queda. Pronto empezarán a utilizar mi historia en el teatro. ¡Oh, cómo se reirán de mí los cómicos al saber lo ocurrido! Tersipo será el hazmerreír de toda Atenas, lo veo tan claro como te estoy viendo a ti

ahora, hija.

—Pero... ¿por qué esto? —dije señalando mi cabeza.

—¿Qué más opciones me quedan? Me he esforzado por encontrar la más adecuada, pero ninguna me convence, ninguna es beneficiosa para mí. Después de lo ocurrido, nadie querrá casarse contigo. Ni por la dote mas generosa del mundo otro hombre accedería a pasar por el suplicio que ha sufrido Demócrito. ¡Nadie! Ni siquiera un familiar, lo tengo claro. ¿Qué haré contigo, entonces? ¿Dejar que envejezcas entre estas paredes? Bien saben los dioses que lo tendrías merecido; aun así, ver cómo languidesces bajo mi techo también sería un castigo para mí. Por eso te mandaré con tu tío.

—¿Con Eurípides?

Asintió débilmente.

Me acerqué a él e intenté tomar su mano, pero la apartó.

—No, no te confundas. No es un premio lo que te espera, sino la manera menos dolorosa de recuperar la calma en esta familia. Debes atender lo que te digo y cumplir a rajatabla mis decretos, ya que no habrá más oportunidades de que te lo repita. Esta noche un carro aguardará por ti a las puertas de esta casa. En él irás hasta una de mis fincas extramuros. Allí esperarás hasta que una embarcación con destino a Alejandría te recoja, dentro de tres semanas. Solo Eudoxia y Akaikos conocerán tu verdadera identidad. Para los demás (vecinos, esclavos, familiares...) deberás ser uno de mis sobrinos, un hombre a todos los efectos.

—No lo entiendo... ¿cómo podré hacerme pasar por un hombre, padre? Yo no...

—Vaya, ¿ahora eso representa un problema para ti? No sé cómo te las arreglarás, ¡pero hazlo bien! Tienes tres semanas para parecerte al más masculino de los atenienses; si no lo logras, jamás podrás subir a ese barco. Lo que hagas una vez pises Egipto es cosa tuya. Si te permiten estudiar, hazlo..., a fin de cuentas, allí serás responsabilidad de tu tío.

—¿Estudiar?

—Esta mañana he mandado una misiva dirigida a Eurípides. Ahora está al tanto de todo lo que te digo. Una vez allí, él será tu benefactor y tu responsable y yo me desentenderé de todo cuanto hagas o te ocurra. Por mi parte, ya he cumplido.

—Pero ¿a qué viene ese cambio tan repentino de parecer, padre?

—¿Que a qué viene? ¡Por los dioses! Sé que si te quedas aquí no tardarás en hacer lo posible por escapar de tus obligaciones de nuevo. Veo lo que has

estado dispuesta a hacer por llegar hasta donde estás, a sabiendas del daño que causabas a tu esposo o a tu propio padre. ¿Serías más sensata a partir de ahora? Permíteme que lo dude. Como le dijiste a tu tío, intentarías huir por tu cuenta, exponiéndote, tarde o temprano, a ser descubierta. Eso sería la peor deshorna de esta familia... No puedo ni imaginarlo. Por eso he hecho esto. Me da igual quien digas ser a partir de ahora, con tal de que no seas la hija de Tersipo.

Me senté tratando de unir todos los puntos de aquella insospechada conversación. Mientras lo hacía, el miedo, la decepción y la euforia batallaban en mi interior, entremezclándose, agujoneando mi estómago con furia. Llevé la vista hasta mi padre. Se rascaba la frente, pensativo; su tono había sido airado, pero sus gestos evidenciaban un gran pesar y una angustia tal vez mayor que la mía. No era tan necia como para no entender que aquello iba en contra de sus principios e incluso de sus deseos, y que no debía ser fácil para él. Aun así, era todo lo que yo había deseado: cruzar el mar, marcharme de Atenas y de todos cuantos pudiesen reconocerme, y estudiar Medicina junto al mejor médico del mundo conocido. Con todo, la sensación de clandestinidad, de grave ilegalidad en lo que hacía, unido a la expresión taciturna de mi padre consiguieron que por primera vez sintiese que con mi decisión causaba más daño que provecho a mi alrededor.

Mi padre recogió el cuchillo del suelo, se puso de pie y se acercó a la salida, con la trenza aún fuertemente sujeta en su mano.

—¿Y qué será de mí, de Agnódice? ¿Cómo explicarás mi desaparición? — pregunté, adivinando su intención de dar por finalizada una conversación sobre la que aún me quedaban muchas cuestiones por resolver.

—No creo que nadie que no conozca los planes que te acabo de contar te eche de menos; en cualquier caso, diré que te he mandado a Creta, con mi hermana. A nadie le extrañará esa decisión después de lo sucedido.

«Glorioso destino para Agnódice, padre: vivir con mi tía viuda y madre de siete hijos. Sea cual sea el futuro que me espera, no puede ser peor que ese», pensé.

—Tu madre y tu abuela ya saben todo cuanto acabo de plantearte; no las tortures con llantos ni lamentaciones. Y ahora, prepárate. Akaikos no tardará en traer el carro que te sacará de aquí.

Cerró la puerta con el mismo sigilo con el que la había abierto, y me dejó allí sentada, más insegura de lo que ya estaba cuando lo vi entrar por ella. Me miré las manos y vi que seguían temblando.

—Entonces, ¿te irás esta noche?

Solo al escuchar su voz fui consciente de que Kissa se encontraba despierta. Me miraba sentada en el lecho, con una mueca de estupor. Si me hubiese formulado aquella pregunta meses atrás, la emoción no me hubiera permitido responderle. Pero ahora me encontraba en una situación tan distinta...

—No lo sé, Kissa.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿No era lo que te acaba de proponer tu padre lo que querías, lo que ansiabas más que nada en la vida?

—Quería..., tú lo has dicho. Ahora, ¿para qué? Ya nada tiene sentido. ¿Quién dice que deba seguir luchando por convertirme en médica? Puede que solo haya sido un capricho, y no mi destino, como yo creía.

Elevé la vista hacia ella y vi que parecía no dar crédito a lo que me escuchaba decir.

—Kissa —proseguí—, estas últimas semanas han sido muy duras para mí. Estuve allí... Y ella... No pude hacer nada para evitar su muerte. ¡No pude hacer nada!

—¡Pero también has salvado a otros! Como el hijo de Maia, al que gracias a ti pudo conocer..., o a tu propia madre de una muerte cruel en aquel camino recóndito. ¡Por los dioses, Agnódice! ¿Qué te está pasando? ¿Es que ya no te acuerdas? Me cuesta reconocerte.

Intenté hablar de nuevo, pero Kissa, como si acabase de recobrar la energía perdida, me interrumpió con un vehemente movimiento de su mano.

—No digas nada más; ya he escuchado lo suficiente como para verme en la necesidad de hablar yo ahora.

Decía esto mientras arrastraba sus pies hasta el borde de la cama. Una vez así sentada, continuó:

—Puede que las penurias por las que has pasado estas últimas semanas hayan mermado tu confianza en ti. Es normal que estés asustada. Pero ¿acaso no sabes que el miedo borra de la memoria nuestros logros y exalta los más pesarosos recuerdos? No es momento de echarse atrás. Esa no eres tú. Tú ignoras los peligros, aborreces echar por el sendero marcado... conoces la pasión, ¡la pasión verdadera! Agnódice, tienes algo poderoso, una sustancia que debe estar unida de algún modo al extremo donde se encuentra tu aversión a las normas impuestas. Eres como uno de esos animalillos que, nada más nacer, y sin apenas sostenerse en pie, saben dónde están las ubres repletas de leche de su madre. Ellos tienen... ¿Cómo dijo Penélope que se decía...?

—Instinto.

—Sí, eso. Tal vez haya muchas cosas del arte de la Medicina que aún ignores, pero sabes qué hacer y no dudas en llevarlo a cabo. Tienes instinto, sí.

Kissa detuvo su discurso al ver que me secaba las lágrimas. Sentía miedo, claro que sí, también un profundo desconsuelo y la sensación de no servir para aquello que poco antes consideraba el único destino que perseguir. Con todo, sabía que su confianza en mí no estaba sujeta solo al amor que sentía por mí. Hablaba con una vehemencia que me recordó que, tal vez, mi niñera no estaba del todo equivocada en su alegato.

—Te necesitamos, Agnódice.

—¿Quiénes me necesitáis?

—Pues... todas. La mayoría de nosotras, ricas o pobres; metecas o esclavas somos incapaces de pedir ayuda a un médico ni aun sabiendo que rechazar su ayuda pone en peligro nuestras vidas. Créeme, preferí morir antes que dejar que uno de ellos me viese en ese estado, desnuda, vulnerable... No puedes echarme para atrás ahora ¡no puedes!

—¿Por qué te pones así, Kissa? ¿Por qué esa vehemencia? Pensaba que no querías nada de esto porque te resultaba muy peligroso y arriesgado para mí.

—Ya te lo dije una vez: pensaba que era un capricho, otra manera de retar a tu esposo, a tus padres... Pero has aprendido tanto y eres tan lista ¡y tan valiente!... Si ahora renuncias, nada de lo que has hecho hasta ahora habrá servido para nada. Nada de lo que he aguantado yo...

Su voz se quebró en ese momento y yo corrí y me arrodillé frente a ella.

—Ese hombre, tu esposo, estuvo abusando de mí desde el primer día y nunca dije nada. ¿Sabes por qué? Porque, si lo hubiese hecho, tú habrías actuado exactamente igual que anoche. ¿Me equivoco?

Negué con la cabeza, no porque no tuviese razón en lo que decía, sino porque no podía creer lo que acababa de confesar.

—Sí, es así. ¿Pensabas que solo había sido en una ocasión? Pues te equivocabas. Ese hombre comenzó a abusar de mi cuerpo casi desde el primer mes que llegamos a la casa. Con el tiempo quise decírtelo, pero, cuando vi que lo de estudiar iba en serio, que realmente estabas dispuesta a jugártelo todo para acudir a casa de una hetera, e incluso a cruzar el mar en busca de nuevos conocimientos, decidí seguir callada. Y lo hice solo por ti, para que pudieses cumplir tu sueño de convertirte en médica. Dime, Agnódice, ¿de qué sirve eso ahora si, con todo a tu favor, renuncias a ello?

—¿Me estás diciendo que Demócrito ha estado abusando de ti casi desde el primer día y yo no supe verlo? ¿Qué ese hombre despreciable ha sido capaz de hacer algo tan vil a mis espaldas? —Comencé a llorar sin darme cuenta—. Oh, Kissa, mi fiel niñera, mi hermana, ¿cómo ha sido posible eso?

—No se trata de mí, sino de ti, Agnódice, ¡deja de llorar! No quiero sacar tus lágrimas ni apelar a tu compasión. Cuando entré en la casa lo vi en sus ojos: vi su manera de mirarme, de relamerse cuando pasaba por mi lado, de rozarme sin razón cuando me cogía distraída. Pronto comprendí que el odio de Ágata hacia mí era debido a la atracción que su hijo sentía por las esclavas extranjeras, concretamente por las egipcias. Las demás esclavas no tardaron en contarme las malas experiencias que la anciana había vivido con su esposo por tener las mismas debilidades que su hijo. Entonces comencé a tomar purgante, consciente de que si perdía peso le iba a resultar menos atractiva. Y funcionó... durante un tiempo. Pero después, de manera esporádica, me buscaba. Viendo que no había manera de liberarme de él, comencé a tomar preparados, remedios, los mismos que tú, para evitar el embarazo.

—Entonces, ¿el aceite de cedro que Ágata encontró en tu habitación...?

—Sí, era mío. Y me resultó muy duro tener que negarlo, tener que mentirte. Luego Penélope se ausentó de la ciudad y no pude acceder a las hojas de silvae de su jardín. Fue entonces cuando me dejó embarazada. Pero quiero que entiendas que pude haber regresado a casa de tu padre tan solo confesando la verdad, y no quise hacerlo. No me mires así. No soy tu víctima, sino la de ese hombre vil y repugnante.

—¡Tenías que habérmelo dicho, Kissa! Aunque quieras exonerarme, yo soy en parte culpable...

—Ya te he dicho que mi silencio tenía un por qué. Y no, no solo no te vi como culpable, sino que, con el paso del tiempo, viendo tu pasión por la Medicina, supe que serías mi salvación...; la mía y la de todas las mujeres que nos rodean. Así y todo, si no te conviertes en médica, harás que mi penuria haya sido inútil. Dime, ¿cuántas esclavas estarán pasando lo mismo que yo? —dijo, señalando entre sus piernas—. Hoy, esta noche o mañana tal vez, ¿cuántas morirán desangradas por la vergüenza de acudir a su amo o a un médico a explicarles lo ocurrido. Muchos médicos ni siquiera se molestan en atender a mujeres de mala vida, como ocurrió con la amiga de Penélope, como si fuesen morralla cuyo sufrimiento careciera de importancia. Si tan solo una médica lograra atenderlas... ¡Oh! ¿No te das cuenta? ¡Salvarías muchas vidas, más de las que te imaginas!

La escuché hablar mientras gesticulaba con una firmeza que hacía tiempo no veía en ella. Ya no lloraba, ni siquiera escuché temblar su voz; sin embargo, cada vez que pronunciaba una nueva palabra rompía mi alma en diminutos pedazos. Los cambios que había sufrido eran por culpa de haberme acompañado hasta allí el día de mi boda. A los abusos por parte de Ágata, además, se le unían los de su propio hijo. Por mi parte, había estado tan ensimismada con el modo de lograr mis propósitos, que no había prestado atención a nada que no fuese yo misma, dejando a un lado las necesidades de mi niñera... o las de mi prima... Ese pensamiento casi aniquila el último adarme de fortaleza que me quedaba. No obstante, tras oírla hablar, mis emociones dieron un giro inesperado.

Desde siempre había querido convertirme en médica para ser como mi tío, el hombre al que más admiraba en el mundo; quería ser médica para librarme del matrimonio y de las responsabilidades de la vida que habían planeado para mí; quería ser médica para ser independiente, libre, y no otra araña diseñada para languidecer en su telar. Había llegado el momento de admitirlo: más que por los demás, quería ser médica, sobre todo, por mí. Ahora Kissa giraba el espejo hacia donde estaban las verdaderas beneficiarias de mi labor: las personas que más difícil tenían el acceso a la Medicina: las mujeres. Ese enfoque lo cambiaba todo y lo dotaba de un nuevo sentido que iba más allá de mis aspiraciones personales. Ella tenía razón. Por muy diferentes que fuesen sus estratos, todas las personas a las que había atendido precisaban la ayuda de una médica, y todas habían sido mujeres. noté como se mis labios se curvaban en una sonrisa.

Sí, estudiaría por Maia, por Kissa, por las pornai del puerto y por todas las que estaban padeciendo o padecerían por la vergüenza y la sin razón de su pudor extremo. Pero, ante todo, lo haría por Charis y por todas las niñas que, como ella, se verían expuestas a un futuro no más prometedor que el de sus madres.

Como no podía ser de otro modo, Kissa supo descifrar mis pensamientos. Acarició mi nuca desnuda varias veces antes de sujetar mi cara entre sus manos con ademán maternal. Mirándome fijamente a los ojos, me dijo:

—Ahora, Agnódice, ve a despedirte de todos: el carro debe estar esperando por ti desde hace un buen rato.

LA TENSA ESPERA

Era noche cerrada cuando Akaikos cargó el único baúl que me llevaría extramuros. Mi madre y mi abuela salieron a despedirme con los rostros compungidos. Las miré con la total certeza de que pasaría mucho tiempo antes de que volviese a verlas de nuevo. Mi abuela lloraba, mi madre no; no obstante, en sus ojos traslucía la tristeza apresada por el orgullo, ese orgullo que tanto la caracterizaba y que solía salir a relucir en ocasiones semejantes. Me abrazó con fuerza y me deseó un buen viaje. No hubo más palabras por su parte. A su vez, mi abuela cubrió mi cabeza con un manto, me dio una ristra de sabios consejos acerca de cómo disimular ante los esclavos del campo y besó mis mejillas más de tres veces cada una. Cuando perdimos el barrio de vista me fue imposible reprimir el llanto. Dejaba atrás a mi familia y seres queridos, entre ellos a Kissa. No podía imaginar una nueva vida en la que ella no estuviera, y sabía que a mi niñera le estaba sucediendo lo mismo. El muchacho volteaba de vez en cuando la cabeza para mirar de reojo, pero no se atrevió a decir nada. Fue a la altura del Altar de los Doce Dioses cuando por fin comenzó a aflojarse mi inquietud. Ayudó a esto la cálida noche estival, el silencio de las calles y el traqueteo del carro. Sobre nosotros, un cielo sin luna salpicado de infinidad de chispas plateadas resultó ser el único testigo de nuestro viaje. Contemplando aquella oscura y distante bóveda, sequé mis últimas lágrimas y me obligué a dejar de pensar.

La luz se fue haciendo poco a poco a medida que nos íbamos acercando a la puerta Dípilon. Cuando llegamos a su altura, uno de los centinelas se nos acercó, releyó el papiro que Akaikos puso en sus manos y nos abrió la puerta de la ciudad, permitiéndonos abandonar la fortaleza. El muchacho aprovechó el fuego de una de las antorchas que había junto a la majestuosa entrada.

—Toma —dijo ofreciéndomela—. Por aquí afuera está todo muy oscuro. ¿Has estado más allá de estos muros alguna vez?

Le respondí que sí, pero solo en la parte del cementerio más cercana a la Dípilon, que es donde mi familia enterraba a sus muertos. Sonrió como si le divirtiera estar a las riendas de aquel novedoso viaje, y después, como si quisiera paliar mi nerviosismo, comenzó a hablarme de todo lo que le había sucedido aquel día.

Mas yo apenas podía prestar atención a nada que no fuese lo que tenía ante mí. Adaptándose a la penumbra, todo lo que veían mis ojos era un vasto espacio tenebroso sin rastro de vida, a excepción de nosotros mismos. Por encima de nuestras cabezas había multitud de figuras inmóviles que se extendían a lo largo de la avenida por la que nos íbamos adentrando. Sabría que eran túmulos, altares y lápidas del cementerio, aunque apenas podía distinguir sus formas debido a la creciente oscuridad. La curiosidad me llevó a acercar la antorcha a la que tenía mas cerca, y la luz reveló el rostro ceniciento de una mujer. Estaba sentada, y en su regazo sujetaba a su pequeño hijo, mientras sus ojos de mármol parecían seguir mi recorrido con interés. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza durante los escasos segundos que duró aquella visión. Aparté la mano y volví a iluminar el camino que teníamos por delante. Durante un buen rato la muerte siguió siendo nuestra fiel compañera, hasta que la dejamos atrás y empezaron a aparecer sencillas viviendas de adobe rebosantes de vida.

Como a unos ocho estadios, las mulas se detuvieron a una orden de Akaikos. A nuestra derecha, como a unos tres estadios de distancia, se distinguía un edificio de mayor envergadura que ninguna construcción de las afueras. Me quedé mirándolo un buen rato, hasta que mi acompañante, con un leve silbido, atrajo mi atención.

—Es aquí, a la izquierda —dijo, bajándose del carro y sujetando las bestias.

La casa a la que se refería estaba como a unos quince pasos a nuestra izquierda; era pequeña y estaba totalmente a oscuras, excepto por una oscilante lucecilla que se veía tras la única ventana que daba al camino de entrada. Para llegar hasta la puerta tuvimos que andar por un estrecho y pedregoso sendero, a cuyos bordes se elevaban hasta el lóbrego cielo las copas de al menos una docena de olivos.

—Mi madre teme que los escarbamuros se adentren en la casa para robar, por eso siempre tiene una vela detrás del ventanuco —dijo Akaikos, tomando la antorcha y colocándola justo al lado de la entrada.

Por un resquicio de la puerta apareció una pequeña llama, tras la que

emergió la figura de Eudoxia, que ya se apresuraba a abrir del todo para recibirnos.

—¿Agnódice?, ¡por Zeus que no te hubiese reconocido si no es porque te esperaba!

Su extrañeza ante mi imagen me agradó pues, no ser reconocida era mi objetivo final.

Por allí se entraba directamente a la cocina, donde nos aguardaba unas bandejas sobre la mesa con pan de trigo, lentejas y carne que Eudoxia nos había reservado para cenar. Hasta que no probé el primer bocado no fui consciente del hambre que traía. Tragué con ferocidad, incluso la leche caliente que la mujer se apresuró a servirme. Cuando hube terminado, Eudoxia me acompañó hasta la diminuta habitación que ya tenía dispuesta para mí. No quedaba mucho tiempo para el alba, así que, al reposar la cabeza sobre la almohada, agotada por el trayecto y por mis turbadores pensamientos, cerré los ojos y dormí la poca noche que quedaba de un tirón.

Un sonido agudo y estruendoso me despertó de sopetón. Me senté en la cama con el corazón acelerado y eché un vistazo alrededor; era evidente que alguien había entrado en mi habitación esa mañana. La luz fulgurante del recién estrenado día se colaba a chorros por la ventana e incidía a los pies de mi cama. La sombra del causante de mi alarma parecía derramarse en ella: un gallo de plumas brillantes batía sus alas sobre la rama de un joven olivo que se encontraba cerca de la ventana, a la que alguien le había abierto es postigo.

—Será el almuerzo de mañana, por eso está tan enfadado —sentenció Eudoxia desde el marco de la puerta—. Ven a la cocina; el desayuno está listo.

Según paso a decirme, Akaikos ya había desayunado y se encontraba en las tierras aprovisionando las últimas aceitunas para llevar al Pireo y al ágora, así que me senté a desayunar sola. Al delicioso aroma de la fruta y yogur frescos que había sobre la mesa, se le unía un aroma mucho más intenso y floral. Al asomarme a la ventana vi que la procedencia de este último era un montón de plantas de lavanda distribuidas a los bordes del camino que llevaba a las tierras. ¡Allí era todo tan diferente a la vida intramuros! Aquella contemplación terminó de avivarme el apetito.

Mientras desayunaba, veía como Eudoxia me dirigía fugaces y escrutadoras miradas. Parecía estar deseando preguntarme algo, así que favorecí la ocasión.

—Y tú ¿qué opinas de todo esto?

Me miró con fingida indiferencia y se encogió de hombros.

—Yo no opino nada. Tu padre me ha dado instrucciones y yo las cumplo...; aunque no te negaré que se cuentan historias acerca de algunas jovencitas que se han vestido de muchachos para acceder a las escuelas de la ciudad, hijas de grandes hombres como tu padre... Una de ellas incluso llegó a ser tan instruida como una hetera... o eso dicen.

—¿Y?

—Oh, cuando se enteraron, pues la verdad es que era muy fácil darse cuenta de su embuste (dicen que se le notaban...) —señaló la zona del busto con la mano abierta—, bueno, pues eso, no se esforzaron demasiado por disimular su apariencia femenina y se expusieron a una buena reprimenda por parte su progenitor. Recluidas de por vida: así es como pasaron el resto de su existencia.

Se me secó la boca al oír eso. Eudoxia pareció darse cuenta, y prosiguió, diciendo:

—Oh, pero tú no tienes de qué preocuparte. Cuentas con el consentimiento de tu padre..., lo cual me ha sorprendido tanto como si viese hablar a ese gallo —señaló con la punta del cuchillo el ave curiosa que ahora picoteaba unas semillas en el escalón de la entrada—. No te preocupes, joven Agnódice, esta noche, cuando Akaikos no tenga más quehaceres, te ofrecerá algunos consejos acerca de cómo parecerte más a un hombre. Con esos andares no lograrías salir del puerto sin llamar la atención —rio.

Asentí movida por el ínfimo consuelo de aquellas palabras, y traté de comer la mitad de lo que había servido para mí. A través de la ventana podía ver las vastas extensiones de tierra.

—¿Hay mucho trabajo por aquí? —pregunté, absorta en aquella contemplación tan sugerente.

—Oh, sí, ¡muchísimo! Agradezco a tu padre que me haya dejado seguir trabajando aquí, no vayas a creer lo contrario, pero las labores del campo son mucho más fatigosas. Aquí nunca paro, siempre hay algo que hacer. ¡Mira mis manos! Son callos, ¿qué te parece?... Que extraño trabajar para tu madre en la ciudad sobra decirlo. Pero, en fin, esto es lo que hay, ¿no?

Sus quejas acerca del trabajo del campo cobraron sentido cuando salí al enorme patio lateral. Frente a este se extendía una planicie repleta de viñedos, alrededor de los cuales un centenar de esclavos ya trabajaban afanosamente. A la luz del día el paisaje parecía totalmente diferente, mucho menos escalofriante que la noche anterior. Los rayos del sol de *esciroforión*^[12] se

abalanzaban con fuerza sobre la tierra, y sus refracciones simulaban un pequeño lago a lo lejos, a través del cual ya comenzaba a acercarse Akaikos. Solo vestía un himatión que se había bajado hasta la cintura, dejando al aire su torso tostado por el sol del verano. Llevaba el pelo corto y muy rizado, y de su frente escurrían goterones de sudor que él corría a secarse con el dorso de la mano. A la luz del sol sus ojos se veían verdosos, como los de su amo, al que cada vez se parecía más. A sus veinte años lucía una lozanía y una masculinidad muy propias de su edad. Si tenía que parecerme a un joven como él, lo llevaba claro.

Miré mis piernecillas pálidas y mis brazos que no daban muestra de tener musculatura alguna bajo la piel. ¿A quién pretendía engañar? Pese a lo intentos de Eudoxia por atenuar mi preocupación, o tenía muy complicado para hacerme pasar por un hombre que, a mi edad, ya debía haberse curtido bien en los gimnasios de la ciudad. Me senté frustrada sobre un banco de madera que había bajo uno de los olivos, cuando la sombra de Akaikos se proyectó sobre mí.

—¿Qué te parece? —dijo, señalando a nuestro alrededor.

—Una inmensidad.

—Sí, y muy diferente a la ciudad, ¿a que sí? Aquí hay trabajo, trabajo de verdad. Esto es lo que hago por la mañana; ahora debo acudir al ágora con la mercancía y luego a los baños y al gimnasio. Por la noche te ayudaré a parecer un hombre. —Flexionó el brazo mostrando el bíceps prominente que con tanto trabajo había logrado, y consiguió arrancarme una sonrisa, la primera en mucho tiempo.

—De acuerdo. Aquí estaré. Oh, Akaikos, trata de averiguar cómo está Kissa, por favor. Estoy muy preocupada por ella.

—Claro, lo intentaré. Por cierto —dijo con la cara que pondría quien señala una sardina a un gato famélico—, ¿has visto eso?

Al girarme en la dirección que me indicaba pude ver que había un largo y arbolado camino y luego unas inmensas extensiones de lo que me parecieron olivos; inmerso en estos últimos, se erigía una edificación de gran envergadura.

—Son los jardines de Academo y, el edificio, la Academia de Platón, la que con tanto interés mirabas anoche —dijo, recogiendo el himatión y sujetándose sobre un hombro—. ¡Hasta esta noche, Agnódice!

Había oído hablar de la Academia a mi padre, aunque no la mencionaba con agrado. Decía que los hombres que salían de entre sus muros eran

pedantes y amotinadores. Pero al verla ahí, tan imponente, tan cercana, la tentación de salir corriendo en su dirección me fue poseyendo poco a poco. Alentada por el convencimiento de mi anonimato extramuros, me puse en pie decidida a visitar sus alrededores de inmediato. No obstante, mis lucubraciones duraron solo el tiempo que Eudoxia tardó en darse cuenta de que algo planeaba mirando en aquella dirección.

—Ni se te ocurra —me dijo, negando con la cabeza desde la puesta—. Tu padre nos ha dado órdenes expresas de que no te dejemos salir. Aunque no lo creas, corres peligro si uno de los esclavos o alguno de los dueños de las tierras vecinas te reconoce. Debes permanecer en el interior de la casa estas tres semanas por tu bien. Anda, entra, que hace mucho calor. Voy a preparar la comida y me gustaría que hablásemos.

Dejé escapar un suspiro de resignación y obedecí a la mujer, que ya se afanaba rebuscando entre los utensilios de la cocina un cuchillo bien afilado. Mientras lo hacía, una joven menuda, a la que no había visto nunca, sacaba las coles y patatas de una cesta y las ponía al alcance de la mujer.

—Se llama Bahiti, bueno, en realidad no tenía nombre, ese es el que le ha puesto Akaikos.

La escruté sin disimular mi recelo, y ella pareció hacer lo mismo conmigo.

—Aquí donde la ves es más buena que el pan, la pobre —continuó Eudoxia, dispuesta a amistarme con la muchacha—. Llegó a esta casa el año pasado, pero no sabemos dónde nació. Su antiguo amo fue denunciado por maltratar a los esclavos que tenía a su cargo, entre los que estaba ella. Akaikos se enteró y se lo dijo a tu padre, y él se hizo cargo de recogerla, junto a algunos más que quedaron sin amo cuando el suyo fue condenado al exilio por sus perversos abusos. Solo ha pronunciado unas pocas palabras desde que está aquí.

—Y ¿es de fiar?

—¡Y tanto! Apenas entiende la lengua griega. Por el color de su piel no parece egipcia, y como hablar no habla, pues no tenemos manera de saber de qué lugar del mundo ha venido. Como ves por su cara, no sabe qué es lo que está pasando, y aunque lo supiera no sería capaz de pronunciar una palabra. Me sigue como un perrillo por toda la casa y aprende rápido, por gestos, claro. Pero con quien más tiempo le gusta pasar es con Akaikos, eso sí lo tengo que reconocer: con él se entiende muy bien.

Las palabras de Eudoxia sonaban convincentes, sin embargo, no sé por qué, en la mirada de la muchacha no se revelaba una inocencia tan extrema

como la que la esclava acababa de asegurarme.

Mientras pelábamos las verduras, Eudoxia no dejó escapar la oportunidad para hacerme preguntas acerca de todo lo que ansiaba saber de la vida que había dejado en la ciudad. No conforme con la media hora que había dedicado a saciar su curiosidad, continuó con sus pesquisas mientras la ayudaba a traer el agua del pozo. Pude deshacerme de la situación cuando uno de los esclavos entró a la cocina a beber agua e inició con ella una acalorada conversación. Aproveché entonces para introducirme en mi habitación, con la excusa de ordenar mi baúl, y, una vez allí, me escabullí con sigilo a través de la ventana trasera.

Allí había multitud de frutales variados, y, mas allá de ellos, una pequeña cuadra en la que al menos diez mulas, seis caballos y decenas de cabras convivían sin demasiado alboroto. Un almacén servía para guardar la mercancía y otro para los carros que la trasladaban al mercado del centro y a los puertos. La casa donde vivían los esclavos estaba algo más alejada, pero se veía desde allí. Rodeé la vivienda y llegué al camino principal sin ser vista por nadie. No me costó demasiado, pues el sol, que estaba en su cénit, había apartado del exterior a cualquier persona que estuviera en sus cabales. Una vez en el camino principal eché a andar por uno de los ramales perpendiculares a este y, antes de lo imaginado, estaba en un lateral cercano a las gruesas escaleras de mármol que ascendían hasta el pórtico de la Academia.

En el jardín que quedaba a sus pies un grupo de hombres, la mayoría muchachos, hablaba acaloradamente de las lecciones recibidas ese día. Me oculté como pude detrás de uno de los olivos y observé los movimientos y gestos con los que se comunicaban en medio de la algarabía que tenían formada aquellos afortunados. Me imaginé la misma escena dentro de pocas semanas, conmigo en medio de una conversación de parecida naturaleza, y me asaltó la indecisión. Sus voces y risas roncas no tenían nada que ver con la de ninguna mujer que conociera. Claramente había una diferencia en sus ademanes y en su manera de proceder que debía estudiar muy bien.

Estuve tanto tiempo concentrada en ellos que no pude evitar un sobresalto cuando alguien presionó con su dedo sobre uno de mis omóplatos. Al volverme, vi que era un anciano con una espesa barba amarillenta quien, valiéndose de un extraño acento, quería saber:

—¿Qué haces aquí, muchacha? ¿Esperas a tu amo?

Negué rápidamente con la cabeza y deshice mis pasos, presurosa, de vuelta a las propiedades de mi padre. Mientras caminaba pensaba en la respuesta del anciano al toparse conmigo. Me había llamado «muchacha». Mi cabello trasquilado tan solo me asemejaba a una esclava, no a un hombre. Necesitaba algo más que un sencillo corte de pelo para convencer de que no era una mujer: de ello dependería subir a bordo del buque que me llevaría hasta Alejandría. Tuve que darme prisa para llegar antes de que Eudoxia o Bahiti percibieran mi ausencia. Volví a entrar por la misma ventana por la que había salido y, justo al poner los pies en el suelo, Eudoxia abrió la puerta de la habitación para indicar que la comida estaba lista.

El resto de la jornada la pasé aguardando impacientemente el regreso de Akaikos. Necesitaba su ayuda y su ejemplo si quería convencer a alguien de mi masculinidad. Cuando al fin regresó, yo acudí antes que nadie a abrirle la puerta. El calor que hacía en el interior de la casa nos obligó a salir al patio trasero en busca de la brisa nocturna. Akaikos se tomó muy en serio mi aprendizaje y llevó a cabo todas sus valiosas instrucciones con total seriedad. Observé con interés cada uno de los movimientos del muchacho, que me corregía la posición de las piernas cuando yo tendía a moverlas afeminadamente al andar; me prohibía ladear la cabeza o mis ademanes remilgados con las manos al hablar. Me aleccionó también en la forma de pasear, de un modo reposado, como lo harían aquellos estudiantes cuya mayor causa de premura fuera llegar pronto a la escuela; y, para finalizar esa noche, me enseñó a colocarme el chitón del modo en que un hombre dotado de cierta distinción lo haría.

En los escalones de la cocina, casi oculta en la penumbra, Bahiti nos miraba con los ojos brillantes y entornados. Cada vez que Akaikos posaba sus manos sobre mí para corregirme, ella carraspeaba a lo lejos; cuando no hacía eso, prorrumpía en sonoras expectoraciones, e incluso una vez se atrevió a lanzar una piedrecilla que calló a los pies del muchacho.

—¡Vaya, creo que alguien está celoso! —exclamé divertida.

—Sí, puede ser —dijo, agachándose para recoger la piedra—. Es una fierecilla salvaje. Está celosa porque normalmente es ella la que recibe mis atenciones. Le estoy enseñando a hablar, ¿sabes? Todavía nos queda mucho camino y por eso parece tan bruta.

—No, no creo que sea eso lo que le moleste, Akaikos.

Me miró y sonrió, dándose por enterado.

—Pues no tiene nada que temer. Tú y yo somos como... hermanos: así es como yo te veo.

No supe si estaba confesando que sabía la verdad o exaltando nuestra amistad, pero asentí satisfecha, pues ambos sentíamos por el otro el mismo afecto fraternal.

Durante los días siguientes me enseñó a agravar la voz al hablar, ya que el tono y la cadencia que tanto esfuerzo me habían costado adquirir a través de Penélope denotaban mi feminidad al instante. De este modo, y a partir de entonces, si debía sentarme, lo hacía con las piernas ligeramente entreabiertas; si debía hablar, era una voz mucho más bronca la que salía de mi garganta; mis poses, gestos e incluso el modo de expresarme también sufrieron el influjo masculino de mi nuevo preceptor... Y en todo esto fui ocupando mis horas de vigilia, hasta que, por fin, llegó la tercera y última semana.

TRANSFORMACIÓN

En ninguna ocasión mi padre vino a la casa, y lo único que llegaba de intramuros era la información que traía Akaikos acerca del estado de salud de Kissa (mucho mejor en la última semana).

Pero el alba me trajo una grata sorpresa ese día al desvelarme con el sonido de la voz de mi padre. Apenas había luz cuando entré en la cocina, envuelta en el fino cobertor, y lo vi allí, hablando con dos de los esclavos de sus tierras mientras desayunaba. Al verme, pidió a los hombres que salieran y él terminó de beberse un gran vaso de leche, antes de pedirme que me sentara a su lado. Desayunamos juntos mientras se interesaba por mis avances. Y, antes de que se marchase al puerto, le pedí que me permitiera ver a Kissa. En esos momentos sentía que necesitaba su presencia familiar y su apoyo por encima de cualquier otro, y se lo hice saber. No me dio ninguna respuesta, pero tampoco me pareció que le sorprendiera mi petición. Guardé esa esperanza durante los días y las noches siguientes, hasta que, la penúltima noche, al regresar Akaikos, la figura elegante y conocida de mi fiel niñera apareció tras él. Al verla, acudí a su encuentro, como el sediento al pozo, y ella me recibió en sus cálidos brazos como de costumbre. No sé cuánto tiempo estuvimos abrazadas, pero nadie se atrevió a separarnos. Luego, me apartó con suavidad y me observó de pies a cabeza.

—Menos mal que he venido; pareces una muchacha desaliñada en vez de un hombre. Mañana tendremos mucho trabajo, por lo que puedo ver.

Esa noche la pasamos hablando de todo cuanto nos había ocurrido en aquel tiempo. Yo traté de mostrarle todo mi repertorio de movimientos y expresiones masculinas, esperando su visto bueno, pero ella estallaba en risotadas con cada gesto que me veía hacer. Intenté recordar el tiempo que hacía que no la veía reír de esa manera, pero a mi mente le fue imposible viajar tan atrás. Le hice saber cuánto deseaba que me acompañase en mi viaje, algo que ella no

pareció reprobarme; al fin y al cabo, Egipto era su país de origen, y yo sabía que, como ella había dicho en alguna ocasión, su lugar estaba donde estuviera yo. Antes de que el sueño nos venciera comenzó a relatarme anécdotas vividas en su infancia y juventud, allá en el árido desierto: me describió las formidables pirámides que protegían los restos de sus dioses, el verdor de las tierras bañadas por el Nilo, la bondad y fortaleza de sus gentes, y poco a poco me fui sumiendo en un sueño profundo del que me costó despertar.

Descansábamos bajo los frutales del patio cuando Kissa, poniéndose de pie de un salto, me pidió que esperase allí mientras ella entraba en busca de algo. Apareció con un cofre mediano en el que guardaba algunos ungüentos, tijeras, un espejo de bronce y un saquito de tela en el que había un polvo negro que resultó ser carbón. Sobre este último derramó un poco de un líquido que tenía aparte, y untó la oscura mezcla resultante sobre mis cejas. Para mi asombro, cortó un pequeño mechón de detrás de mi oreja y lo deshizo en diminutos fragmentos. De un frasco tomó una especie de resina pringosa (que según ella serviría como adhesivo), y fue poniéndola sobre mi mentón, bigote y patillas. Colocó poco a poco el pelo cortado sobre esa mezcla y esperó a que se secase. Para finalizar, cogió las tijeras y cortó mejor mi pelo, dejando un corte mucho más masculino y depurado, al menos al tacto. La vi escudriñarme con los ojos muy abiertos, sin decir nada, y, solo cuando pareció satisfecha, me cedió el espejo.

Jamás me había observado en él con tanta curiosidad como en esa ocasión. El reflejo que me devolvía mostraba claramente la imagen de un hombre o, más bien, la de un joven muchacho de delicadas facciones. Me había engrosado las cejas con el carbón, y la barba postiza se asemejaba mucho a una real, como la que veía lucir a los jóvenes de la ciudad. Al tocar mi cara pude apreciar su aspereza, y vi como mi reflejo sonrió con optimismo.

—Parece... real. ¡Soy un hombre Kissa, lo has logrado!

—Bueno; la emoción en tu voz te traiciona, pero con la boca cerrada y desde lejos puedes parecer un chico como cualquier otro. No dejes que tus emociones te delaten si quieres convencer a alguien de tu masculinidad, Agnódice.

Me incorporé y comencé a andar con la solemnidad con que lo hacían los magistrados del tribunal del Areópago. Di dos giros teatrales para que las que me observaban pudieran apreciar mejor el prometedor cambio. Las mujeres, incluyendo a Bahiti, me aplaudieron entre risas, dándome el primer visto

bueno que recibía tras mi transformación.

—Acompáñame, Kissa: debo asegurarme de algo.

No le di opción a contestar; la agarré de la mano y echamos a correr hasta tomar el camino arbolado que llevaba a la Academia, y no nos detuvimos hasta que quedamos bajo los escalones de su entrada. Nos llevó unos minutos recobrar el aliento, justo el tiempo que tardaron los alumnos y maestros en salir por el pórtico en dirección a nosotras. Los jóvenes muchachos hablaban distraídos, sin que ninguno reparara en mí. Mi corazón comenzó a acelerarse de júbilo debido a eso. En uno de los escalones pude distinguir la figura del mismo hombre de barba amarillenta que se había dirigido a mí en aquel mismo lugar semanas antes. Ahora se encontraba sentado bajo la sombra que arrojaba el edificio. Al acercarme a él, vi que se trataba de un mendigo. Me pareció la persona indicada para poner a prueba la fiabilidad de mi disfraz y, tras pedirle a Kissa que me siguiera el juego, comencé a gesticular teatralmente sin hablar de nada en concreto.

El hombre, como cabía esperar, pareció reparar en mí en ese momento.

—Oye, muchacho, ¿te conozco? Porque... me recuerdas a alguien...

Me giré hacia él y traté de hablarle con el tono más grave que era capaz de emitir.

—No que yo sepa. ¿Cómo te llamas?

—Me llaman Vespasiano desde que mi padre pronunció mi nombre por primera vez.

El hombre chapurreaba penosamente nuestra lengua, y tuvimos que hacer un esfuerzo por entenderlo.

—Encantado de conocerte, Vespasiano. Yo me llamo... —Entonces caí en la cuenta de que no tenía un nombre masculino con el que presentarme.

—¿No te acuerdas de tu nombre? —preguntó, admirado por lo insólito de la escena.

—Trata de adivinarlo —improvisé—. Si aciertas, te daré unas monedas.

El hombre, que parecía divertirse con el reto, se puso la mano en la barbilla y entornó sus ojos sabios.

—Jano, estoy seguro de que te llamas Jano. Te pareces a mi sobrino y él se llama así. ¿He acertado?

—¿Cómo puede ser posible? ¿Acaso los dioses te hablan, anciano? ¡Sí, has acertado! Me llamo Jano, Jano de Atenas.

—¡Qué buena noticia! Lo supe en cuanto te vi: este hombrecillo se llama Jano, me dije. —Comenzó a reír y se levantó valiéndose de su bastón—. ¿Y

mis monedas?

—Te doy mi palabra de que mañana las tendrás.

Me miró muy serio, pero luego relajó el rictus, como si diera por buena mi promesa.

De regreso a la casa iba con la seguridad de que, al menos de primeras, ya podía hacerme pasar por un muchacho sin levantar sospechas, y esa satisfacción bien valía unas monedas.

—¿Eres consciente de que ese nombre es romano? ¿Cómo justificarás eso, Agnódice? No es común que un griego lleve un nombre extranjero...

—Es cierto, no es común, pero tampoco imposible. Además, Kissa, no creo que mi nombre sea lo más extraño que encuentren en mí.

—El dios romano de las dos caras —dijo ella, cayendo en la cuenta de por qué había aceptado ese nombre a la primera—. ¡Sin duda los dioses han movido la lengua de ese anciano!

Las dos reímos, consientes de esa casualidad, y seguimos andando rumbo a nuestra rústica y provisional morada.

Mi último día en la ciudad estaba especialmente nerviosa. Todavía no había recibido noticias de mi padre y esa mañana tampoco había aparecido por la finca. Al terminar de comer sentí un extraño desasosiego. Era consciente de que partiría esa madrugada, y aún no le había pedido a mi padre permiso para poder llevar a Kissa conmigo. Pero, aparte de eso, sabía que me quedaba algo por hacer.

Cuando Eudoxia estaba entretenida moliendo el trigo con Bahiti, aproveché para salir al camino principal. Sabía que a esa hora todavía había algunos hombres que acudían a la ciudad con mercancías para vender. Esperé pacientemente (con mi indumentaria masculina al completo), dando patadas a las piedras para escapar del aburrimiento. Tras un buen rato de espera, pude vislumbrar a lo lejos un bulto en movimiento. Para mi satisfacción, resultó ser un mercader. El artesano, que se dirigía al ágora, tenía el carro casi lleno de objetos cerámicos, por lo que tuve que buscar un hueco donde colocarme cuando por fin aceptó mi petición de llevarme al interior de la muralla. Poco después de cruzar la puerta Dípilon me bajé del carro, agradeciendo al hombre el favor de llevarme hasta allí, y me encaminé hacia los estrechos callejones colindantes. Hacía más de tres semanas que no andaba por aquel lugar y la nostalgia me invadió al recordar tantas tardes de bonanza tras los límites de aquel portalón que ahora tenía ante mí. Después de tocar en él, me

recibió Eutalia, quien acudió a llamar a Penélope cuando así lo solicité.

Cuando la vi asomarse por el ventanal que daba al jardín, la saludé con la mano. Ella me miró con el mismo gesto desconcertado de la primera vez. No me reconoció en absoluto, o eso me pareció.

—Que no sepas quién soy es una buena señal, mi querida amiga —dije, pasando al jardín.

La diosa pelirroja, que no podía arrugar más el ceño, comenzó a descender por los escalones. Se acercó con la suficiente prudencia, y me miró a los ojos.

—¿Agnódice? —dijo, llevándose las manos a la boca—. ¿De verdad eres tú?

Comencé a reír ante el efecto que había causado en una de las mujeres que mejor me conocía; si ella no había sido capaz de reconocerme a la primera, otros lo tendrían difícil.

—Mañana partiré rumbo a Alejandría. He venido a despedirme.

Todavía mantenía el gesto de asombro y tardó varios segundos más en reaccionar.

—Por los dioses, ¡si hasta pareces un muchacho! ¿Cómo ha sido posible un cambio tan... tan radical?

—Son las artes de Kissa; ya ves, ella ha sabido cómo transformarme en lo que tienes ante ti.

—¡Y ha hecho un trabajo magnífico! Pensé que ya no volvería a verte. Me alegro de que hayas venido. Vamos, pasemos adentro, tenemos que ponernos al día.

En el interior de su hogar se interesó por mi situación actual y, sobre todo, por cómo me las ingeniaría para llevar a cabo mis planes en Alejandría. También se preocupó por el estado de Kissa, de la que tenía conocimiento por las criadas de la casa de Demócrito. Mientras hablábamos, intenté impregnarme de todo cuanto veía: llenar mi mente y mis sentidos de los colores cálidos de aquella estancia tan familiar para mí, del tono cadencioso de la voz de mi preceptora, del sonido del agua al caer en el pequeño estanque o del aroma a flores estivales que se colaba por la ventana... Todo eso lo utilizaría para llenar el baúl invisible de recuerdos que harían más soportables los días venideros.

Cuando salimos al jardín las dos sabíamos que había llegado el momento de la despedida. No tenía manera de saber cuánto tiempo estaría fuera, lejos de todo lo que conocía, de mi hogar, pero, al igual que en lo más profundo de mi ser sabía que era el lugar hacia donde debía dirigirme, también tenía la

certeza de que algún día regresaría a Atenas convertida en médica. Conocerla a ella había hecho que ese trayecto que iba a iniciar se señalara con más claridad y me resultase menos tenebroso de transitar. Nos abrazamos durante un largo rato, sin hablar: todo estaba dicho entre nosotras. La criada apareció por la puerta y miró a Penélope con una expresión urgente.

—¡Oh, sí!, se me olvidaba. Tráelo, Eutalia, por favor.

Poco después, Eutalia se puso a nuestro lado con una bolsa de tela anudada. Penélope la cogió y la puso en mis manos. Al sopesarla noté que eran monedas. La miré sin entender.

—Es el dinero que me diste durante el primer año. Te lo pedí porque necesitaba estar segura de que esto no era un juego para ti, algo que me iba hacer perder el tiempo. Y ya ves, al final ha servido para que puedas cumplir con tus arriesgados propósitos. Esa es la mejor recompensa por mis lecciones. Llévatelo. Es una suma decente que permitirá que te mantengas como un hombre lo haría en aquellas tierras. Yo nunca lo he necesitado, es tuyo.

Traté de ponerlo en sus manos de nuevo, abrumada por el honorable gesto, pero ella lo empujó hacia mí, cerrándome las manos con las suyas.

—Te voy a extrañar, Penélope; solo los dioses saben cuánto.

—Y yo a ti, mi impetuosa alumna —dijo, abrazándome otra vez—. Mi madre me enseñó a no llorar con los ojos; ojalá y también me hubiese enseñado a no hacerlo con el corazón. Ahora ve y conviértete en médica. Aquí te esperaremos.

Sentada en otra carreta, ya fuera de la muralla, repasaba aquella despedida una y otra vez: «Aquí te esperaremos». Sabía que se refería a ella, pero también a todas las mujeres que en algún momento habían necesitado la atención de un médico y no la habían tenido o la habían rechazado. «No voy a decepcionarte, Penélope. Tú siempre serás el fuego que iluminará mi camino de regreso a Atenas», pensé mientras apretaba la bolsa de monedas contra el pecho, sabiendo bien qué hacer con ella.

Esa noche cené frugalmente. Todavía me sentía ansiosa por la falta de noticias de mi padre. Aunque Eudoxia trataba de tranquilizarme diciendo que seguramente vendría con Akaikos esa noche, yo no podía dejar de moverme con impaciencia por toda la casa. Debía traer un permiso escrito que me dejase salir de Atenas y, por un momento, sentí pavor al imaginar que se hubiese arrepentido de todo. Pero, un rato después, como si fuese un canto de sirena, la voz de Akaikos se escuchó a través de la ventana y yo corrí a abrirla

de inmediato. Mi padre venía tras él. Todavía no me había retirado el maquillaje ni el atuendo con los que viajaría a Egipto, aguardando ver la reacción de mi progenitor al verme. Me saludó muy serio, como si se dirigiera un extraño, y luego volvió a mirarme cayendo en la cuenta de quién era.

—Dioses... —dijo en voz queda—. ¿Cómo has conseguido...?

Se acercó a mí y me repasó de cerca, soltando alguna interjección cada vez que se percataba de algún detalle interesante en mi maquillaje; tras eso, asintió con rotundidad y me pidió que me sentase a la mesa, junto a él.

—Aquí tienes el documento que debes entregarle al revisor al subir a la embarcación mañana —dijo, poniendo un par de rollos sobre la mesa—. Este es para tu tío; dáselo en cuanto llegues. Como imagino que deseas llevar a Kissa contigo, también le he concedido a ella permiso para viajar. —Me miró y no pudo disimular un gesto de satisfacción al ver mi expresión jubilosa—. Tu madre y tu abuela te mandan recuerdos y te desean un buen viaje.

—Y tú, padre, ¿me deseas un buen viaje?

—Ya sabes lo que opino. No deseo tu desgracia, pero tampoco me alegro de tu marcha. Pese a todo, sí, deseo que tengas un buen trayecto y que no pases penurias en tu estancia en la ciudad a la que te diriges.

Se puso en pie y caminó hacia la salida, dando por terminada la despedida.

—Padre, deseo hacerte una última petición... en privado —dije mirando de soslayo a Eudoxia, que se ocupaba de la cena de su hijo.

Mi padre asintió con aire desconfiado; después, con un movimiento de cabeza, me indicó que saliese con él al patio delantero. Se quedó mirándome con fijeza mientras yo rebuscaba en mi cabeza las palabras adecuadas para pedirle mi último y trascendental favor. Tomé aire y valor y, con un aplomo que hasta a mí me sorprendió, dejé escapar las frases elegidas.

Después de oírme hablar, claramente sorprendido, mi padre me contestó:

—Lo que me pides supera lo permitido para una hija que ya ha agotado el límite de demandas hacia su padre, ¿no crees?

—Padre, si no creyera que es lo justo, y si no pensara que tú también lo crees como yo, no te lo pediría. Al menos, dime que lo pensarás.

—Es lo máximo que puedo hacer, pensarlo. Aún no creo que hayas madurado lo suficiente como para tomar este tipo de decisiones. El tiempo sabrá si tengo razón.

—Y ¿cuándo sabré si has decidido acceder a mis súplicas, padre?

Se subió al carro y cogió las riendas de los animales. Dio un suspiro profundo, con el que pareció recoger todo el aire del mundo, y me respondió:

—Te mandaré un papiro a casa de mi hermano con mi respuesta. Pero, como te he dicho, solo si me demuestras haber madurado lo suficiente.

Con un chasquido de su lengua inició el movimiento de las mulas. Yo permanecí de pie al borde del camino, viendo como tomaba distancia sin despedirse. Había desaparecido del alcance de mi vista cuando oí que hizo detener el carro. También escuché el sonido de sus pies al golpear contra el suelo, y luego lo vi aparecer iluminado por la escasa luz vespertina que quedaba. Venía en mi dirección, a paso lento, y con el rostro demudado por lo que me pareció una tristeza incontenible. Entonces yo también comencé a andar hacia él. Al encontrarnos, me rodeó con sus brazos fuertes, apretando sus labios contra mi frente.

—Ten mucho cuidado, ¡mucho! Te deseo suerte, hija. Infórmanos de tu llegada en cuanto pises la ciudad; tu madre y tu abuela lo agradecerán... y yo también. Que los dioses guíen tus pasos, ya que no he sabido hacerlo.

Se despojó de su habitual severidad para demostrarme que, por encima de todo, era un padre que amaba y se preocupaba por su hija como cualquier otro lo haría. Y yo, que nada necesitaba en el mundo más que eso, lo agradecí profundamente. Con el corazón repleto de afecto, contemplé como era devorado por las sombras al alejarse de nuevo.

Al entrar en mi habitación, Kissa ya había terminado de aprovisionar todas nuestras pertenencias en el baúl. Sobre la cama se encontraban varias túnicas de corte masculino que Akaikos había traído por orden de mi madre. Al ver en ellos el excelente trabajo de las manos de mi madre y mi abuela, no pude reprimir un suspiro de nostalgia: las echaría muchísimo de menos.

Todavía era noche cerrada cuando nos dispusimos a cargar en el carro todo lo necesario para el viaje. Tras despedirme de Eudoxia (que estaba envuelta en el llanto más inconsolable), y de la joven Bahiti (que no pudo disimular una aliviada exhalación al verme subir al vehículo), marchamos hacia el Cerámico. Desde allí tomaríamos una ruta comercial hasta el puerto, por lo que no necesitábamos cruzar los muros de nuevo. Al llegar a la altura de la puerta Dípilon, pedí a Akaikos que se detuviese allí un momento.

—Esperadme, no tardaré mucho —dije, cogiendo la antorcha—. Necesito hacer una última cosa.

Sabía que debía darme prisa si quería regresar antes de que Akaikos perdiese la paciencia. Anduve guiada por el murmullo de las aguas del río

Erídano, y seguí a lo largo de las tumbas del camino hasta alcanzar un pequeño bosque de coníferas cuyas copas me guiaban en la penumbra. Recordaba que allí habíamos enterrado al pequeño Príamo, y supuse que muy cerca de él estaría mi amada Maia. Todavía no había encontrado el valor para visitar el lugar donde había sido enterrada, pero no podía irme de la Atenas sin hacerlo. La tumba de mi hermano aún conservaba sus juguetes sobre el sepulcro, y, tras él, como imaginaba, el lugar que andaba buscando. La piel de mis brazos se erizó al ver el sepulcro de mi prima. En la lápida había un relieve, todavía sin terminar, donde se identificaba perfectamente su imagen tallada en el pálido mármol. Estaba de perfil y, frente a ella, una niña pequeña jugaba con una pelota. Pensé que era Charis, sin embargo, al mirar con más detenimiento pude comprobar que la imagen se refería a mi prima de pequeña, y no a su hija. Posé mis manos sobre la roca fría y repasé los bordes de su cara, sus hombros y sus manos aún sin acabar. Cuánto deseaba que fuese ella realmente la que estuviese allí, y no esa representación gélida de la hermosa persona que fue.

—Solo me quedaba despedirme de ti. Me marchó lejos, Maia, a cumplir un sueño que se ha convertido en necesidad. Sé que nunca te hablé de él, pero siempre estuvo en mi mente y en mi corazón convertirme en médica. Ahora, con más fuerza que nunca, lo haré por ti y por tantas mujeres que murieron en tus mismas circunstancias y que acompañan tu cuerpo en este lugar. Lo haré por vosotras: seréis la fuerza que necesito para lograr esta empresa.

Apoyé la frente sobre el sepulcro y comencé a orar. No llevaba mucho tiempo así cuando mis rezos se vieron interrumpidos por unas pisadas.

—Sabía que estabas aquí —dijo Kissa en la penumbra, extendiendo su mano hacia mí—. Vamos, el carro está aquí al lado, debemos marcharnos ya.

Recorrimos el trayecto que nos llevaba hacia el Pireo en dirección a Cátaros, el puerto mercante. No éramos los únicos en transitar por allí a esas horas, y Akaikos ya refunfuñaba al verse obligado a esquivar a los mercaderes que iban y venían interrumpiendo nuestro paso.

Cerca de donde las embarcaciones esperaban atracadas, el muchacho descendió del carro en el que llevaba el baúl con nuestros efectos personales y lo depositó en el suelo. Se aproximó hacia donde se encontraba un hombre dando órdenes a unos esclavos que cargaban cajas en uno de los barcos, y comenzó a hablar con él. Parecían conocerse bien. Kissa y yo los observamos desde el carro, sin atrevernos casi ni a pestañear con tal de no llamar la atención. Los mismos hombres se acercaron a un par de enormes cajas de madera de roble que portaban las mercancías de mi padre, la excusa con la

que viajaríamos. Tras asentir varias veces, Akaikos se despidió del hombre; después, se acercó a nuestro carro de nuevo y nos ayudó a descender de él.

—Bien, aquí acaba mi labor. Ese será el barco donde viajaréis. Ahora tendrás que arreglártelas tú sola... perdón —dijo, bajando la voz y mirando alrededor con cautela—, tú solo, Jano. Adiós Kissa, buen reencuentro con nuestros dioses egipcios, salúdalos de mi parte.

—Espera —dije mientras ponía unas monedas en sus manos—. Quiero que se las des al vagabundo que está a las puertas de la Academia: dile que es Jano de Atenas quien se las da.

Akaikos puso cara de extrañeza, pero no me cuestionó.

—Te echaré de menos, Akaikos.

Sonrió a modo de respuesta, se subió en el carro y, moviendo vigorosamente la mano en el aire, desapareció entre el gentío.

Kissa y yo, pese a estar rodeadas de centenares de hombres y algunas mujeres, comenzábamos a sentir el desamparo de la soledad. Ante nosotras estaba la hazaña de subir al barco y cruzar el mar sin llamar la atención de nuestros compañeros de viaje. Todo era nuevo y extraño para nosotras, en especial para mí, que jamás había viajado antes. Cogí aire y miré a mi niñera, que ya se cubría la cabeza con su himación.

—Bien, Kissa, he aquí el resultado de mis actuaciones. Ahora no va a echarme atrás un manojo de nervios, ¿verdad? Venga, pongámonos a la cola: ¡Alejandría nos espera!

* * *

A ti, lector:

Si te ha gustado *El sueño de Agnódice*, me gustaría pedirte que escribieras una breve reseña en la librería de Amazon. Apenas te llevará dos minutos y con ello ayudarás a otros potenciales lectores a saber qué esperar de esta novela, y a mí a seguir escribiendo más obras así.

¡Muchas gracias!

[1]. Tercer mes del calendario ático. Corresponde al mes de septiembre en el calendario gregoriano.

[2]. Juego de mesa de la antigua Grecia.

[3]. Corresponde al mes de mayo en el calendario gregoriano.

[4]. Sacerdotes itinerantes que se dedicaban a la Medicina.

[5] Cortesana griega.

[6]. Quinto mes en el calendario ático. Corresponde al mes de noviembre en el calendario gregoriano.

[7] Cuarto mes del calendario griego. Corresponde al mes de octubre en el calendario gregoriano.

[8] Escuela de Filosofía de Epicuro. Situada cerca de la Academia de Platón, extramuros de Atenas. En ella se permitía el acceso de mujeres y esclavos.

[9]. Décimo mes en el calendario griego. Corresponde con el mes de abril en el calendario gregoriano.

[10]. Poema traducido por Marcelino Menéndez Pelayo.

[11]. Prostituta de baja condición social.

[12]. Último mes del calendario ático. Corresponde con el mes de junio en el calendario gregoriano.